



3 1761 04409 1288

# Documentos Históricos sobre Colón y América











FUENTES HISTÓRICAS  
SOBRE  
COLON Y AMÉRICA



PEDRO MARTIR ANGLERIA







Firma de Cristobal Colón.

.S.  
 .S. A .S.  
 X M Y  
 Xp O FERENS

Significa: *Servus Supplex Altissimi Salvatoris. Jesus, Maria, Joseph. Christo Ferens*, ó sea: *Siervo humilde del Altísimo Salvador. Jesús, María, José. El que lleva á Cristo*, es decir, CRISTOBAL, porque tal es la significación de *Christophorus*.

## FISONOMIA

DE

# CRISTOBAL COLÓN

*según los que le conocieron.*

«Fué hombre de bien formada y más que mediana estatura, de cara larga y de mejillas un poco altas, sin declinar á grueso ni á macilento. Tenía la nariz aguileña y los ojos blancos; el color blanco y encendido. De joven tuvo blondo el cabello, pero así que llegó á treinta años se le puso todo blanco.»

Su hijo D. Fernando. — *Historie..... della vita é dei fatti dell'Almiraglio*, cap. III.

«De buena estatura é aspecto; más alto que mediano é de rezios miembros: los ojos vivos, é las otras partes del rostro de buena proporción: el cabello muy bermejo, é la cara algo encendida é pecosa.» Gonzalo Hernández de Oviedo, *La Hist. Nat. y General de las Indias*, lib. II, cap. II.

«Era de alta estatura, color inclinado á rubio y cara larga.» Cadamusto, *Navigatio Christf. Columbi*, cap. I.

«Fué de alto cuerpo más que mediano; el rostro luengo y autorizado, la nariz aguileña, los ojos garzos; la color blanca, que tiraba á rojo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos... representaba en su persona y aspecto venerable, persona de gran estado y autoridad y digna de toda reverencia.» Las Casas: *Historia de las Indias*, lib. I, cap. II.

El adjunto retrato es tomado del que Capiolo grabó en 1596, según el del obispo Giovio, que parece lo hizo sacar de dos originales.





A5878f

# FUENTES HISTÓRICAS

SOBRE

# COLÓN Y AMÉRICA

*Pietro Martire d'Anghiera*

**PEDRO MARTIR ANGLERIA**

del Real Consejo de Indias,  
agregado constantemente á la Corte de  
los Reyes Católicos, y primer historiador del  
descubrimiento del Nuevo Mundo que, á instancias  
de los Papas de su tiempo, escribió en latin dándoles cuenta  
de todo, según lo sabía por cartas y explicaciones  
verbales del mismo Colón, de casi todos los  
capitanes y conquistadores y de cuantos  
volvian de América.

## LIBROS RARÍSIMOS QUE SACÓ DEL OLVIDO

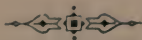
traduciéndolos y dándolos á luz en 1892, el

**DR. D. JOAQUÍN TORRES ASENSIO**

PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD,  
TEÓLOGO CONSULTOR QUE FUÉ EN EL CONCILIO ECUMÉNICO  
DEL VATICANO  
Y ACTUALMENTE CANÓNIGO LECTORAL DE MADRID

## TOMO PRIMERO

(Lo que hay tocante á estos asuntos en cuarenta y tres  
cartas y la primera Década historial.)



211698  
27 4 27

MADRID

IMP. DE LA S. E. DE SAN FRANCISCO DE SALES  
Calle de la Flor Baja, núm. 22

1892

*Quedan reservados dentro y fuera  
de España todos los derechos que las  
leyes y convenios internacionales con-  
ceden á la propiedad intelectual.*

PRECIO DE ESTE TOMO : **4** pesetas encuader-  
nado en rústica, **5** en elegante encuadernación de  
tela con plancha dorada.

Los pedidos hechos directamente al Sr. Torres  
Asensio *y acompañados del importe*, si llegan á 50  
pesetas efectivas obtendrán aumento de ejemplares  
por valor de un 15 por 100, de un 20 los de 200 pe-  
setas, y del 25 los de 400 ó más.



## PRÓLOGO

---

SUMARIO: 1. El centenario.—2. Sus frutos de concordia.—3. Ejemplo de los obispos hispano-americanos.—4. Cuestiones inoportunas.—5. Acusaciones contra España.—6. Los compañeros de Colón.—7. Dificultades interiores.

**E**s ciertamente plausible este movimiento actual de aproximación del antiguo y del nuevo mundo para celebrar los descubrimientos del magnánimo navegante Cristóbal Colón, que, impulsado por las vigorosísimas energías de la fe, logró llevar á cabo el hecho de más trascendencia por ventura que, aparte de la Redención, puede registrar la humanidad en sus anales.

2. Ocasión es ésta de que ambos mundos, como padre é hijo que son, reanuden francamente las relaciones amorosas que estos dos nombres expresan, conviniendo

el padre en no disputar sobre si había llegado el tiempo de que su hijo se fuera de la casa paterna tomando estado, y olvidando por completo las desatenciones é irreverencias en que aquél acaso incurriera como en ocasiones análogas suele acontecer en el seno de las familias, y desagraviando el hijo por su parte al que le dió luz con sinceras manifestaciones de consideración y gratitud.

Esta última significación tiene, á mi entender, el hecho de celebrarse sólo en España, en este año 1892, el cuarto centenario del descubrimiento de América por Colón, con asistencia de numerosa y lucidísima representación del Nuevo Mundo, reservándose éste celebrar el año que viene grandiosa conmemoración del venturosísimo acontecimiento.

Particularmente la nación española, que, derrochando tesoros de valor, de sangre y de sufrimientos legendarios, tuvo la gloria inmortal de abrir los caminos de la espléndida civilización á las inmensas regiones ultramarinas, de esperar es que desde esta fecha reanude los apretados vínculos del más estrecho parentesco con todas las Américas sin duda ; pero más especialmente con las regiones y pueblos que hablan nuestra hermosa lengua, habitan las ciudades á que nosotros pusimos nombre, ostentan con legítimo orgullo los monumentos que nosotros levanta-



mos , fueron organizados por nuestra magistral legislación de Indias y educados por nuestros misioneros y nuestros obispos, profesan nuestra fe, y, por fin, la sangre que llevan en las venas no es otra que la sangre de nuestros padres. Aunque frecuentemente acontece que el padre, agobiado por los años y las desgracias, se debilita y viene á menos, mientras sus hijos con el vigor de la juventud prosperan y pueden más, la razón dice que entonces son más obligatorios los deberes de los hijos y más dignas de aplauso sus atenciones.

3. Y como el vínculo más suave, y á la vez el más eficaz y duradero, es el de la religión, nombre que viene de *religare*, es oportuno citar el ejemplo que yo mismo vi en Roma durante el santo Concilio del Vaticano: que los señores Obispos americanos de lengua española se reunían todos con los nuestros en la morada del Primado de las Españas, el Eminentísimo señor Cardenal Moreno, para tratar asuntos importantísimos, y se vió entre ellos maravillosa unidad de miras, y reinó fraternal concordia y estrecharon relaciones de amistad amorosa. Estas mismas disposiciones y tendencias he observado y comprobado yo en algunos egregios representantes del Episcopado hispano-americano que he tenido ocasión de tratar acá, en España.

4. Gran lástima sería que cierta anarquía de pensar que reina hoy, rebasando cien millas las legítimas investigaciones de la verdad, y, como consecuencia, el prurito de singularizarse y llamar la atención aunque sea con ideas paradójicas, imposibilitaran el armonioso concierto de agradecidos parabienes que merecen los héroes que consumieron su vida sacando del ignoto seno de los *mares tenebrosos* un mundo lleno de riquezas, de vida exuberante y de inauditas maravillas. Ocasión es ésta, no de concitar resentimientos, sino de renovar amistades; no de dividir, sino de aproximar, no solamente á la América española con la madre patria, sino también, y muy principalmente, á los hijos de España entre sí.

Por esto no alcanzo la razón, ni mucho menos la oportunidad, de promover apasionadas cuestiones, ya por una parte en menoscabo de la gloria del inmortal descubridor del Nuevo Mundo, ya por otra en ofensa de la honra preclarísima de España, y particularmente del Rey Católico, D. Fernando V; y voy á decir rapidísimamente dos palabras pacificadoras sobre tales puntos.

5. Es manía harto frecuente de algunos extranjeros acriminar á España de que no supo establecer orden ni gobierno en los inmensos territorios que cada día se agregaban á su corona, y á los capi-

tanés que se veían de improviso Gobernadores ó Virreyes se les acusa de no haber pensado sino en buscar y acumular oro, abandonando el cultivo y el fomento de la producción, y en esclavizar y matar indios en vez de granjearse su voluntad y acostumbrarlos al trabajo.

Los que así hablan, aparte de que falsifican algunos hechos y exageran otros, cometen la mayor falta que puede cometerse en la crítica, como lo es sacar los sucesos del conjunto de circunstancias en medio de las cuales se producen. No hay en la Historia ningún héroe que no salga condenado en juicio si se le arranca de su tiempo y se le traslada como por ensalmo para juzgarle con arreglo á las máximas y circunstancias de otros tiempos muy diferentes.

Los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo se encontraban con hombres desnudos que, ni tenían necesidades, ni jamás habían trabajado, ni sabían ni querían trabajar. Los españoles no podían tampoco por las atenciones militares de la defensa, por el continuo movimiento en que su situación les ponía, por las enfermedades que les ocasionaba la diferencia del clima, los trabajos increíbles que pasaban, y el paludismo de un país tan cálido y húmedo, donde nadie había guiado jamás las aguas ni pensado en desecar pantanos.

Los historiadores extranjeros suelen tomar de las antiguas fuentes históricas españolas la afición al oro, de que nadie allí se hubiera visto inmune, y las demás, yerros y abusos que siempre acompañan á las cosas de los hombres ; pero callan los tesoros de sangre, de sufrimientos y de heroísmo que allá se consumieron.

Todos aquellos españoles tienen derecho para repetir ante el tribunal de la historia estas palabras de Colón: “Yo debo ser juzgado como Capitán que fuí de España á conquistar fasta las Indias á gente belicosa y mucha y de costumbres y seta á nos muy contraria: los cuales viven por sierras y montes, sin pueblo asentado, ni nosotros... Yo debo ser juzgado como Capitán que de tanto tiempo fasta hoy trae las armas áuestas sin las dejar una hora, y de caballeros de conquistas y del uso, y no de letras... ca de otra guisa rescibo grande agravio porque en las Indias no hay pueblo ni asiento <sup>1</sup>.”

7. Tampoco debe olvidarse que por la índole de aquella empresa, considerada como entonces se presentaba, la mayor parte de los que se embarcaron en el primer viaje del Almirante, y algunos de otras expediciones, distaban mucho de

---

<sup>1</sup> Carta al ama del Príncipe D. Juan, año 1500.

ser la flor y nata del pueblo español, como de ello se queja Colón y lo confirma Pedro Mártir Angleria; y, aunque no hubiera otras pruebas, constaría por la real providencia de 30 de Abril de 1492, mandando suspender las causas criminales que tuviesen los que marchaban con Colón <sup>1</sup>.

8. Ni se deben echar en olvido las vicisitudes porque atravesó España en la época de los descubrimientos de América. Desde que el gran descubridor se presentó á los Reyes en Barcelona coronado de espléndida aureola hasta el 1504, en que murió Doña Isabel, ni el mismo Colón comprendía bien toda la importan-

---

<sup>1</sup> "Sepades que Nos mandamos ir á la parte del mar Océano á Cristóbal Colon á faser algunas cosas complidas á nuestro servicio, é para llevar la gente que ha menester en tres carabelas que lleva, diz que es necesario dar seguro á las personas que con él fuesen, porque de otra manera no querrian ir con él al dicho viaje; é por su parte nos fué suplicado que ge lo mandásemos dar, ó como la nuestra merced fuese: é Nos tovímoslo por bien. E por la presente damos seguro á todas é cualesquier personas que fueren en las dichas carabelas con el dicho Cristóbal Colon, en el dicho viaje que hace por nuestro mandado á la parte del dicho mar Océano, como dicho es, para que no les sea fecho mal ni daño, ni desaguizado alguno en sus personas, ni bienes: ni en cosa alguna de lo suyo por razon de ningun delito que hayan fecho ni cometido fasta el dia de la fecha desta nuestra Carta, é durante el tiempo que fueren é estovieren allá con la venida á sus casas, é dos meses despues. Porque vos mandamos á todos, é á cada uno de vos en vuestros logares, é juridiciones, que no conoscais de ninguna cabsa criminal tocante á las personas que fueren con el dicho Cristóbal Colon en las dichas tres carabelas, durante el tiempo susodicho; porque nuestra merced é voluntad es que todo ello esté así suspendido.,"



cia del descubrimiento. En esos años España no hizo sino gastar la sangre de sus hijos ganando, sí, gloria imperecedera por los trabajos que arrostraron, superiores á todas las invenciones de los poetas antiguos ; pero no enriqueciéndose, como se la acrimina, á costa de los indios, sino antes consumiendo en las heroicas empresas sus recursos. “ Los gastos eran muy muchos, los provechos eran pocos hasta entonces ; la sospecha que no había oro era muy grande ansí allá como acá en Castilla... Ovo quien fizo entender al Rey y á la Reina que siempre sería más el gasto que el provecho ”, dice con su honrada palabra el *Cura de los Palacios* <sup>1</sup>, y eso mismo confirma repetidas veces este Pedro Mártir Angleria, que conocía como el que más todo lo público y lo secreto.

Los obstáculos que, muerta la Reina, se opusieron á D. Fernando para gobernar ; la actitud inconsiderada de su yerno Felipe ; el prudentísimo viaje del Rey Católico á Nápoles ; el gobierno de Castilla ejercido entretanto á nombre de una pobre loca ; las dificultades propias de una regencia trina, aunque había en ella dos Cardenales como Cisneros y el que después fué Adriano VI ; el gobierno del adolescente Carlos, nacido y educado en

---

<sup>1</sup> *Historia de los Reyes Católicos*, cap. cxxxI.

extranjera tierra y rodeado de extranjeros, todo esto, ciertamente, no era nada favorable para el más reposado estudio de los en todo sentido nuevos Estados ultramarinos, ni para la dirección uniforme y acertada de su gobierno en aquella primera época.

## II

SUMARIO : 1. Nuestras leyes de Indias.—2. ¿Fueron esclavos los indios?—3. ¿Hay ingratitud contra Colón?

**S**IN embargo de todo eso, las acusaciones apasionadas contra España se estrellarán siempre ante la realidad, comprobada en ese incomparable monumento de civilización que se llama *Legislación de Indias*. Al pasar la vista por sus *títulos*, al leer los epígrafes de sus leyes, al saborear la lectura de su texto, se queda uno maravillado de cómo la calumnia antiespañola ha podido cundir y prosperar. Por seguro debemos tener que, cuando se hayan extinguido las pasiones excitadas con motivo de la emancipación, el fallo definitivo de la Historia será favorable á nuestra patria.

Ninguna nación del mundo ha tratado así á sus colonias. Los mismos Gobiernos de la civilizada Europa que con su política desatentada, hija de la revolución

francesa, han hecho retrogradar á las masas populares á los tiempos de Cincinato, y no saben remediar el daño sino por el medio menos civilizado que hay, cual es la fuerza, el día que quieran gobernar bien adelantarán mucho si acuden á nuestras *Leyes de Indias* á tomar lecciones para gobernar á sus pueblos como España organizaba, protegía y civilizaba á los indios.

¿Por qué no se escribe un libro en que, con los documentos á la vista, se responda á las infundadas y gratuítas acusaciones que la pasión dicta y la ignorancia propala? Sólo las Ordenanzas del cardenal Cisneros son un monumento, sin segundo, de previsión, de espíritu paternal y de prudencia gubernativa.

2. Se repite que hicimos esclavos á los indios. Nada más injusto. Colón no había comprendido en este punto toda la delicadeza española: envió algunos esclavos prometiendo muchos, y, no obstante las consideraciones, muy merecidas por cierto, que los Reyes Católicos guardaban al Almirante, no pasaron por ello. En el *Memorial* que envió con Antonio Torres recayeron reales resoluciones de conformidad con todos los capítulos; pero en el que toca á la esclavitud de los indios, aun de los caribes, los Reyes escribieron con prudencia y suavidad: "En esto se ha suspendido por agora, hasta que ven-

ga otro camino de allá, y escriba el Almirante lo que en esto le pareciere.” Y cuando hubieron tomado consejo de lo que correspondía hacer según la doctrina católica, con fecha 20 de Junio de 1500 dieron esta hermosa providencia: “El Rey é la Reina: Pedro de Torres, Contino de nuestra Casa: Ya sabeis cómo por nuestro mandado tenedes en vuestro poder en secustacion é depósito algunos Indios de los que fueron traídos de las Indias é vendidos en esa ciudad é su Arzobispado y en otras partes de esta Andalucía por mandado de nuestro Almirante de las Indias; los cuales agora Nos mandamos poner en libertad, é habemos mandado al Comendador Frey Francisco de Bobadilla que los llevase en su poder á las dichas Indias, é faga dellos lo que le tenemos mandado....”

Si se les obligó á trabajar, como era conveniente, justo y necesario, dado que lo rehusaban como acostumbrados á completa ociosidad tradicional, se hizo con todos los miramientos debidos á la dignidad humana, como puede verse en las hermosas disposiciones que por dicha se conservan, como la real Provisión de 20 de Diciembre de 1503 “mandando al Comendador Ovando que compela á los indios á tratar con los cristianos y á trabajar, pagándoseles su jornal y mantenimiento, juntándose para ser doctrinados

como personas libres que lo son, y no como siervos.”

Y por cuanto la rutina ignorante, inspirándose en escritores extranjeros, se ensaña principalmente contra D. Fernando, léase lo que escribió el bien informado Angleria en su *Década* primera, lib. x, cap. iii: “El Rey no consiente que sean tenidos por esclavos.” El espíritu de la legislación española tocante al trabajo de los indios, está perfectamente sintetizado en esta ley de Felipe II: “Declaramos que á los indios se les puede mandar que vayan á las minas, como no sea mudando temple, de que resulte daño á su salud, teniendo doctrina y justicia que los ampare, bastimentos de que poderse sustentar, buena paga de sus jornales, y hospital donde sean curados, asistidos y regalados los que enfermaren, y que el trabajo sea templado y haya veedor que cuide de los susodichos; y en cuanto á los salarios de doctrina y justicia, sean á costa de los mineros, pues resulta en su beneficio el repartimiento de indios; y tambien paguen lo que pareciere necesario para la cura de los enfermos <sup>1</sup>.” La necesidad y la propia conveniencia de los indios obligó á que se autorizaran sus asendereados *repartimientos*; pero es honroso monumento de civilización colonial y de pro-

---

<sup>1</sup> Leyes de Indias, ley 1.<sup>a</sup>, tít. xv, lib. vi.



tección al débil la legislación española, previniendo todos los abusos y hasta omisiones de los *encomenderos*.

3. Tampoco hay justicia en acusar á España cual si fuera rea de la más fea ingratitud que hayan visto los siglos respecto del inmortal descubridor del Nuevo Mundo. Por fortuna, se conservan los documentos con que se prueba que, antes y después del descubrimiento, fué por acá muy atendido y considerado, y favorecidos con larguezas reales. Se le hicieron las mayores mercedes y honras á que pudiera aspirar ningún español, y se le confirmaron sus grandes privilegios. En repetidas reales órdenes ' se mandó que se le entregara religiosamente todo el oro y demás que le pertenecía por sus privilegios. Apenas murió, se puso en posesión de ellos á su hijo D. Diego Colón, nombrado y confirmado en el Almirantazgo y gobierno de la Española, con todos los derechos consiguientes.

Pero ¿y los grillos de Colón? Los grillos de Colón, con que tantas veces se ha querido herir el rostro de su patria adoptiva, fueron (sin que se sepa de cierto con qué motivo, ó á falta de motivo con qué ocasión) el medio venturoso para él de que se aquilatara su lealtad y su gran-

---

' Véanse entre los documentos diplomáticos publicados por Fernández Navarrete en su *Colección*, tomo II.

deza; pues, como blanco rostro no luce toda su hermosura si el pintor no lo rodea de fondo obscuro, así la aureola de los héroes nunca brilla tanto como en el interesante cuadro de la desgracia.

Además, los grillos de Colón sirvieron para que se pusiera de manifiesto que D. Fernando y Doña Isabel no eran capaces de tratar indignamente al que les había adquirido un mundo. "Tan pronto como los Reyes supieron que habían llegado presos á Cádiz (*los dos hermanos Colón*), al punto mandaron por postas aceleradas que los soltaran, y les dieron permiso para que fueran libremente (*á la Corte*), manifestando que han llevado muy á mal la injuria que se les ha hecho (*á los Colones*)<sup>1</sup>." Así lo afirma terminantemente nuestro Angleria, tan perfectamente enterado, ya por la Corte, ya por el mismo Almirante.

La responsabilidad, pues, que haya en haber encadenado á Colón, es toda de Bobadilla. Pero á este hombre, de quien los autores contemporáneos dan buenos informes; á este Gobernador, que se ahogó en el mar cuando venía á dar cuenta de sus actos, no debemos condenarle sin oír-

---

<sup>1</sup> "Cum primum tamen reges Gades vinctos adductos esse didicerunt, utrumque statim per celeres tabellarios solvi jubent, utque liberi adeant permittunt, moleste se tulisse eam ipsorum injuriam ostendentes." (*Decadis I, lib. VII ad finem.*)

le. En este caso, aun deplorando como deploramos el hecho, podemos y debemos suponer rectitud en la intención; que para explicar esta desgracia y otras mayores bastan y sobran las dificultades de investigar, las pasiones de los denunciadores y las inevitables equivocaciones de los hombres.


Esta prudente reserva guardaba nuestro autor cuando escribió en el lugar citado: "Qué se haya investigado respecto del Almirante y de su hermano, ó de los que estuvieron en contra de ellos, no lo veo bien." La conducta de los Reyes Católicos se explica igualmente por estas juiciosas palabras del propio historiador: "Estos, entretanto, combatidos con tantas quejas de todos lados, y principalmente al ver que, de tanta abundancia de oro y de otras cosas, se traía poco por causa de las discordias y sediciones, han instituído un nuevo Gobernador que averigüe diligentemente todas estas cosas, y corrija á los que resulten delincuentes ó los envíe á su real presencia."

Al cabo, para estimar á Colón como uno de los héroes más simpáticos del mundo, para declararle digno de eterno agradecimiento, no es necesario suponerle infalible ni impecable. No lo eran los mismos santos, y de héroe á santo hay todavía muy largo trecho que andar. No ignoro que hay quien desca y espera su bea-

tificación; pero nadie tiene derecho á hablar de eso sino la Iglesia, la cual no ha dicho una palabra, y parece probable que no la diga nunca.

### III

SUMARIO: 1. Preocupaciones contra el Rey Católico.—2. La gloria de Colón es gloria de España.—3. No se le debe mermar el mérito del descubrimiento.

quel se me viene á la memoria el libro estimable escrito por Roselly de Lorgues, que parece empeñado en canonizar á Cristóbal Colón; pero causa extrañeza que al desahogar su entusiasmo, de ordinario bien fundado, la emprenda sin consideración contra un soldado de Cristo, cuyos méritos personales en favor de la Fe galardonó la Santa Sede concediendo á los Reyes de España el gloriosísimo título de *Católicos*. En verdad, no es nada edificante que un escritor católico se permita, con menoscabo de la verdad histórica, presentar á un Fernando V de Aragón como una alma ruín, corroída por la pasión vilísima de la envidia. Como parece increíble, se hace preciso copiar sus propias palabras: “No era un misterio la mala voluntad del rey Fernando contra Colón. El monarca envidiaba la celebridad del grande hombre; tenía celos de la alta opinión y del respeto afectuoso que

la Reina le había tomado. La constante confianza de Isabel irritaba la egoísta susceptibilidad del monarca.„ Advierto al lector que si pongo con letra mayúscula la palabra *Reina* y con minúscula *rey* y *monarca*, es porque así lo tiene el *desapasionado* escritor francés <sup>1</sup>.

Estas ideas salen varias veces, con otras fábulas que, al ofender al Rey Católico, ofenden más á la verdad histórica, como aquello de contar (cuento es) que D. Fernando pretendía, luego que casó con Doña Isabel, gobernar él solo en Castilla con exclusión de la Reina; que ésta resistía toda intervención de D. Fernando, y que los árbitros por Mr. Lorgues inventados resolvieron que ella gobernara en Castilla y él en Aragón. ¡Á esto llaman historia!

Y el sandio error cunde tanto, particularmente más allá de los Pirineos, que el ilustre P. Raulica tuvo la desgracia de escribir: “Fernando no tenía más que la ejecución, é Isabel era quien daba la idea; Fernando era la mano derecha, espada del reino; pero Isabel era la cabeza, el alma y el consejo de él. Hubiérase dicho que Fernando era la mujer, la reina de aquella gloriosa monarquía, y que Isabel era el hombre, el rey de ella; y no hace

---

<sup>1</sup> *Christophe Colomb, histoire de sa vie et de ses voyages*. Paris, Didier et Compagnie, 1859. Tomo II, pág. 81.

mucho que se ha visto en Madrid un juguete escénico en que el Rey Católico se presenta cual un bobo, y le confiesa á Colón haber sido injusto con él, y á la incomparable Reina, modelo de esposas cristianas, se la hace hablar con desdén de su marido, allí presente. ¡Á esto conduce el guiarse por fábulas francesas, ignorando las fuentes históricas españolas <sup>1</sup>.

El lector pensaría que yo omito las pruebas que de sus injurias al Rey Católico ponga Mr. Roselly de Lorgues si yo no le advirtiera que no presenta ninguna, ni una cita, ni un hecho, ni una alusión siquiera á testimonio alguno; para acusaciones tan graves y temerarias bástale con su palabra. Escribir así es dar permiso á los lectores para que en eso no hagan caso del escritor. En todos los escritos de Angleria se echa de ver la verdad, contraria á las precedentes suposiciones.

2. Al modo que para ensalzar á Colón no es necesario, ni justo, ni conforme á la verdad histórica, deprimir la honra de España, del mismo modo la gloria del Almirante jamás puede empañar el lustre de la nación que tuvo la dicha de adoptar-

---

<sup>1</sup> Puede verse acerca del Rey Católico el § ix del largo artículo que, con el título *Expulsión de los Moriscos*, escribí hace poco en el *Diccionario apologético de la Fe católica*, columnas 2388-2470. Tan pronto como las ocupaciones me lo permitan lo habré de ampliar algo y publicarlo en libro aparte.



le entre sus hijos. A las intemperancias extranjeras contra España, aunque vengan envueltas en exagerados entusiasmos colombinos, los españoles no deben responder mermando poco ni mucho la gloria preclarísima del gran descubridor de las Indias occidentales. Colón es nuestro, su gloria es gloria de nuestra patria; ni á la envidia ni á la ignorancia ni á la ligereza se les debe permitir que siembren la cizaña en nuestro campo.

Así, por ejemplo, regatearle á Cristóbal Colón el mérito de *inventor* ó descubridor de América, es regateárselo á nuestra patria; porque la gloria de Colón y la de España están unidas con indisolubles lazos de toda clase de flores, desde las violetas, pasionarias y siempre-vivas, que indican los sufrimientos arrosados, hasta las más alegres rosas y jazmines, magnolias y tulipanes que pueden expresar glorias triunfales y positivas ventajas.

3. Y á fe que sería vano empeño negar á Colón todo el mérito de su trascendental descubrimiento. ¿Qué se alega en contra? Que se tenían noticias de que había tierras al otro lado del Atlántico. ¡Oh, sin duda! Censuras acerbadas merecería el impávido descubridor, aun afortunado, si se hubiera lanzado allá sin más fundamento que el deseo de gloria vana ó la vil codicia de riquezas. Si Colón no hu-

biese tenido noticias y razones que dieran probabilidad de buen resultado, no sería más que un aventurero, un calavera, un suicida, un homicida de sus compañeros. A veces un general ha ganado la batalla, y merecería ser castigado por un consejo de guerra; que la bravura, si no va dirigida por la razón y regulada por la prudencia, no puede llamarse fortaleza ni es virtud: es propia del toro, pero no merece alabanzas en el tribunal sereno de la razón.

Tuvo, pues, Cristóbal Colón probabilidades de tierras ultramarinas, y debió tenerlas, y sin ellas jamás le fuera lícito exponer su vida y la de los hombres que le entregaban las suyas. ¿Pero pueden acaso llamarse descubridores de América, ni lo son, cuantos columbraron la existencia de aquellos continentes, ó los que se admita ó algún día llegue á probarse que de hecho aportaron á las playas americanas, ora queriendo, ó bien llevados allá por no poder resistir al empuje de los vientos ó á las corrientes del océano? ¿Será el mérito del descubrimiento de las Américas para la tribu de negros etíopes que Vasco Núñez de Balboa encontró al cruzar, á fuerza de hambres y sufrimientos heroicos, las montañas del istmo de Darién y descubrir el mar Pacífico, según nos lo refiere, por carta del propio Vasco, este Pedro Már-



tir Angleria en el libro primero de su Década segunda?

Se dice que algunos habían visto la tierra ultramarina; Raimundo Lulio conjeturó su existencia; Santo Tomás afirmó como cierta la redondez de la tierra; Eusebio de Cesarea la consignó con igual firmeza en tiempo de Constantino; el pitagórico Icetas escribió "que hay dos tierras: esta nuestra, y la de los antípodas,"<sup>1</sup>; Platón, en su mal ridiculizada afirmación de la Atlántida sumergida, pone más allá islas y continentes. ¿Pero cuál de ellos plantó la insignia bendita de nuestra redención en las playas americanas? ¿Quién dejó abiertos los caminos del mundo desconocido? ¿Quién puso á aquellos desventurados hermanos nuestros en relación con los que les pudieran enseñar que eran hombres nacidos para más altos fines que para holgar y pacer desnudos entre las selvas? Cristóbal Colón fué el que recibió de Dios la misión gloriosísima de sacrificar su vida en empresa tan sublime, y quedar en las galerías de la Historia al frente de los bienhechores de la humanidad.

Ya que de noticias hemos hablado, es muy satisfactorio hacer que todos sepan cómo en el seno de la Iglesia, en el mismo faro inextinguible que Cristo encendió

---

<sup>1</sup> Apud Euseb., *Præp. Evang.*, lib. xv, cap. liv

para alumbrar al mundo mientras éste dure, se conservaba la noticia cierta ó la afirmación resuelta de que había un mundo al otro lado de ese mar impenetrable.

Antonio de Herrera comienza su preciosísima *Historia* escribiendo estas palabras: "San Gregorio, sobre la Epístola de San Clemente, dice que pasado el océano hay otro mundo, y aun mundos". Como no pone la cita, ni aun dice á qué San Gregorio alude, no he podido compulsarla; pero sí puedo ofrecer al lector el luminoso texto de San Clemente, Papa. ¿De dónde sacaría esta noticia para afirmarla rotundamente, como la cosa más sencilla, el discípulo de San Pablo? ¿Estaría relacionada con explicaciones que los Apóstoles oyeran de Cristo cuando les mandó ir á predicar la buena nueva *in mundum universum*? ¿Llevarán acaso razón los que han querido probar que el Evangelio fué predicado á los americanos en los primeros días de la Iglesia, y que se extinguiría la luz cristiana por la persecución, y que de ella se han encontrado vestigios manifiestos?

Sea de ello lo que fuere, San Clemente, Papa, el mismo Clemente á quien San Pablo nombra con la recomendación más envidiable que se pueda escribir jamás, diciendo que su nombre está en el libro

de la vida <sup>1</sup>; en la carta que siendo Papa escribió á los corintios, de la cual dice Eusebio de Cesarea que es de indubitable autenticidad, á la vez que pone en duda ó niega otros escritos que se le atribuyen <sup>2</sup>; en esa carta preciosísima, hablando (capítulo XX) de que todo está sometido al poder y la providencia de Dios, dejó escritas estas palabras de oro: “La mole del inmenso mar, que bajo su ordenación se hincha formando montañas, no traspasa los muros de que ha sido rodeado, sino que hace lo que Él le mandó. Pues dijo el Señor: “Hasta aquí llegarás, y en ti mismo se romperán tus olas. EL OCÉANO QUE LOS HOMBRES NO PUEDEN CRUZAR Y LOS MUNDOS QUE HAY AL OTRO LADO DE ÉL, son gobernados por disposición del mismo Señor.—*Oceanus impermeabilis hominibus et qui trans ipsum sunt mundi ejusdem Domini dispositionibus gubernantur* <sup>3</sup>.”

---

<sup>1</sup> Philipp., iv, 3.

<sup>2</sup> *Hist. Eccles.*, lib. III, cap. XXXII.

<sup>3</sup> Puede verse el texto latino en la *Vet. Patr. Bibliot. Galand.* Venet., 1765.

---

## IV

SUMARIO: 1. Patria y primeros años del autor. — 2. De Milán á Roma, y de Roma á España. — 3. Prefiere la milicia. — 4. Sacerdote y maestro en la Corte. — 5. Embajador. — 6. Otros cargos. — 7. Su muerte.

**H**ORA es ya de que digamos algo acerca de D. Pedro Mártir y de sus escritos. Este ilustre escritor nació en Arona, á orilla del Lago Mayor, aunque su familia tenía la residencia fija en Milán, por lo que él firmaba *Mediolanensis*. En su carta xvii, fecha en 1488, dice á Fray Hernando de Talavera, entonces obispo de Ávila, que tiene veintinueve años; por consiguiente nacería en 1459, si bien de otros datos resulta alguna divergencia y parece que nació el 2 de Febrero de 1457, ó mucho más probablemente de 1455.

Es un error suponerle nacido en Enguera, pues Angleria no es apellido tomado de la patria, sino gentilicio, de linaje, como él lo explica en su carta ccxlviii, donde habla de su antiquísima y nobilísima prosapia, y de cómo el casi regio linaje Angleria vino á menos. Angleria se llama él también en el testamento escrito en castellano, sin que obste á la certidumbre de este apellido el que allí mismo nombre á sus dos hermanos Jorge y Juan Bau-

tista de *Anguera*. En el tiempo de nuestro escritor su familia contaba con pocos recursos, como se ve por sus cartas, en que se muestra muy agradecido á la casa condal de los Borromeos, protectora de sus parientes.

Corriendo los años de su juventud en aquella época en que el Renacimiento imprimía en Italia maravillosa actividad á los espíritus, aunque no siempre sana dirección, y dotado Pedro Mártir de una de esas almas que no caben en el cuerpo, se formó rápidamente en las letras clásicas y dió gallarda muestra de su ingenio y de su numen poético.

2. Hacia el año 1477 pasó á Roma, y ya mereció trabar relaciones de amistad con altos personajes, en particular con el cardenal Ascanio Sforzia. Mucho debía de llamar la atención en la Ciudad Eterna cuando, no obstante sus pocos años y lo escaso de sus recursos, se pudo ganar igualmente la estimación de D. Íñigo de Mendoza, embajador de los Reyes Católicos, con el cual se vino á España en 1487. Aunque el diplomático español se gozaría en traerse consigo al insigne literato, en cuya juventud fundaría patrióticas esperanzas, consta que el célebre conde de Tendilla, como hombre experimentado, le disuadía, y Pedro Mártir le escribía más tarde, acá en España, casi palabra por palabra, el discurso con que

en Roma puso á prueba la decisión del ardiente joven italiano.

También le disuadía de venir á España el cardenal Sforzia, y otros se lo afeaban; lo que le dió ocasión de explicar las razones que le movieron á cambiar de patria. Dice él que le daban pena las divisiones que devoraban á Italia y esterilizaban toda propensión generosa; que España le llamaba la atención por la unidad, engrandecimiento, fecunda actividad y grandes hazañas que llevaba á cabo bajo los Reyes Católicos, y que muy particularmente le seducía la idea de tomar parte en la campaña contra los moros, cuyo anuncio escribe él que sonaba en sus oídos cual trompeta. Á algunos amigos importunos respondía que no merecía compasión, sino envidia.

3. El conde de Tendilla lo presentó á la Corte en Zaragoza. Doña Isabel concibió deseo de que el ilustrado joven italiano se encargara de enseñar á los caballeros de su Corte: se lo indicó por medio de Fray Hernando de Talavera; pero Angleria respondió que por entonces prefería ser soldado contra los moros. Acaso le engañaba el juvenil ardor, y tenía más aptitud para el reposado culto de Minerva que no para el de Marte. No se sabe que se distinguiera como soldado: en el campamento de Baza se excusa de escribir cartas porque le gusta más manejar la lanza que no



la pluma; otra vez escribe que ha estado en una expedición para impedir que se sublevaran los moros sojuzgados de Baza, Guadix y Almería; pero, á pesar de estos alardes marciales, no le ganó el nombre al Gran Capitán.

Y fué mejor así, que en el otro caso probablemente no tendríamos los preciosos libros que nos ha dejado. Siguió, pues, toda la campaña de la reconquista de Granada hasta su feliz terminación. La colección de las cartas suyas que se conservan es casi un diario de operaciones, ya que, por desgracia, no se sepa que llegara á escribir el que prometía con el título de *Diales Castrenses*.

4. Cuando terminó la gran epopeya de la reconquista con la toma de Granada, Pedro Mártir Angleria fué nombrado canónigo de la restablecida Iglesia metropolitana, y bajo la dirección del arzobispo Talavera, cuya santidad pondera en esa ocasión y en otras varias, se preparó á ordenarse de sacerdote. Pronto su espíritu, acostumbrado al movimiento de la Corte, sintió la nostalgia de una vida tan diferente de la pasada, y pronto también fué llamado á tomar parte en los más graves negocios públicos y encargado de educar á los hijos de los cortesanos, formando una escuela ambulante de donde salieron no pocos de los grandes hombres de nuestro gran siglo XVI.

5. En 1501, el Gran Sultán Bayaceto, hijo del conquistador de Constantinopla, soliviantado por los judíos, herejes, moros y moriscos que fueron de acá, amenazaba acabar con los cristianos de sus vastísimos estados y con los monumentos sagrados de la Tierra Santa, en venganza de la toma de Granada y de la felonía que los fugitivos conspiradores le hicieron creer habían cometido los Reyes Católicos contra ellos. Entonces D. Fernando llamó á Pedro Mártir Angleria y le envió embajador al Sultán : lo que dió ocasión al canónigo de Granada de mostrar excepcionales condiciones de diplomático, y probablemente de prestar á la civilización europea uno de los servicios de más valor que se puedan pensar. El felicísimo resultado de la embajada aquilató el mérito de Pedro Mártir, que después fué designado varias veces para otras comisiones análogas, como en 1497 á Hungría sobre asuntos delicados; en 1506 á verse con D. Felipe para arreglar las diferencias que tenía con su suegro, Don Fernando el Católico; y en 1518 lo quisieron enviar otra vez al sultán Selím, pero por su avanzada edad y sus achaques no fué.

En 1523 Adriano VI le dió el arciprestazgo de Ocaña, y en 1524 Carlos V le propuso á la Santa Sede para la Abadía episcopal de Sevilla de Jamaica ; pero



aunque habla con fruición de su esposa Jamaica, y envió allá á su familiar Aguiniga, y formó generosos planes, y sobre la puerta de la iglesia de Sevilla de Jamaica se leía una inscripción de que el templo había sido restaurado á expensas del *Abad* Pedro Mártir de Angleria, que lo construyó de piedra labrada y ladrillo cuando se quemó el antiguo, que era de madera; pero es lo cierto que él no fué á Jamaica ni llegó á ponerse la mitra.

6. Por su parte, la Corte de España no se olvidó de conceder á Pedro Mártir Angleria honores y provechos. Ya en 1488 escribe él que la Reina le ha señalado renta y agregádole á su Corte. Con fecha 2 de Octubre de 1492 le expidieron este formal nombramiento de *Contino*. “Nos el Rey é la Reina facemos saber á vos los nuestros Contadores que es nuestra merced é voluntad de tomar por Contino de nuestra casa á Pedro Mártir, orador, é que haya é tenga de nos de ración é quitación, en cada un año porque nos sirva continuamente, 30.000 maravedís.” En términos casi iguales le nombró Doña Isabel “maestro de los caballeros de mi Corte en las artes liberales”, con renta de 30.000 maravedís, y en este documento ya le llama “mi capellán” (15 Dic. de 1502); y el 5 de Marzo de 1520 fué nombrado cronista de Su Majestad con renta anual de 80.000 marave-

dís, llamándole “ el protonotario Pedro Mártir, del nuestro Consejo, ” <sup>1</sup>.

7. Por cédula real dada en Granada á 7 de Diciembre de 1526 se mandó que se le pagara al testamentario de Pedro Mártir su renta anual completa, “no embargante que falleció el mes de Octubre deste año... porque “los bienes que dejó no bastan para cumplir los cargos de su ánima, ” y “acatando lo que el dicho Pedro Mártir nos sirvió, ”.

No se infiera de aquí que el ilustre historiador corriera la suerte de muchos sabios y grandes hombres. Él mismo dice que solía gastar con largueza ; su amigo Lucio Marineo nos describe los ricos objetos que tenía en su habitación, y el testamento que otorgó en Granada á 23 de Septiembre de 1526 es prueba manifiesta de su situación desahogada.

Por fortuna se conserva tan curioso documento en el Archivo de Simancas, y se ha publicado en la citada *Colección*. El testamento de D. Pedro Mártir Anglería acredita que era hombre de recta y delicada conciencia, piadoso y agradecido. Con razón dice Pedraza <sup>2</sup> que “murió con gran opinión de virtud y letras, y el

---

1 Estos documentos se conservan en el Archivo de Simancas, y han sido publicados en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo xxxix, pág. 399.

2 Pedraza, *Historia eclesiástica de Granada*, parte cuarta, cap. xlv.

Cabildo le construyó decorosa sepultura en el sagrario de su iglesia donde entonces estaba la catedral, honrando su memoria con honorífico epitafio latino <sup>1</sup>.

Para muestra de su habla castellana y de la buena índole del testador, pongo al pie alguna cláusula de su largo testamento <sup>2</sup>.

1 *Rerum aetate nostra gestarum, et novi Orbis ignoti hactenus illustratori, Petro Martyri Mediolanensi, Caesareo Senatori: qui, patria relictæ, bello Granatensi miles interfuit: mox urbe capta, primum Canónico, deinde Priori Sanctæ huius Ecclesiæ. Decanus, et capitulum charissimo Collegæ, possuere sepulcrum. Anno M.D.XXVI.*

2 "... Sea con nos la Santísima Trinidad, Padre, Hijo é Espíritu Santo. Sea también la bendita Virgen María con todos los Santos. Yo, el protonotario Pedro Mártir de Angleria, del Consejo de Su Majestad, natural de Milán, nacido en la villa de Arona, que es en la ribera de Lago Verbano, el cual por su grandeza se dice Lago Mayor, conociendo cuán flaca sea la vida humana, cuándo peligroso el descuido si alguno muriese sin ordenar su testamento, de donde suele nacer escándalos que agravan las ánimas de los defuntos, lo cual es contra la voluntad de Dios, conforme á su sentencia, *Ay del hombre por cuya causa viene escándalo*, determiné ordenar este mi testamento en lengua castellana, porque si Dios Nuestro Señor fuese servido de me llamar en estas partes, pueda ser mejor entendida mi última voluntad de todos. Estando en mi seso entero, cual Dios me lo dió, y estando sano de mi cuerpo conforme al tenor de mi edad, quiero manifestar mi voluntad sobre aquellas cosas que sean de mayor momento, determino comenzar.

„Lo primero, desde agora ante todas cosas ofrezco y doy la mi ánima á su Criador, al cual suplico que, al tiempo que le plega sacarla desta cárcel corporal, la quiera llevar mezclada con sus santos á la silla de su eterna gloria, siendo intercesora la Virgen Santa María con todos los otros santos.

„Item doy y ofrezco mi cuerpo á la tierra de donde fué criado, y mando que sea sepultado en la iglesia mayor desta cibdad de Granada, en el lugar que está señalado

## V

SUMARIO : 1. Era remiso para escribir. — 2. Poeta. — 3. En Salamanca. — 4. Sus obras.



**A**HORA, para hablar de Angleria como escritor se necesitaría más espacio del que permite este prólogo ; pero ya lo verá el lector por sí mismo. Hombre de gran talento, viva imaginación poética y vasta erudición, era, sin embargo, muy poco amigo de escribir, y menos aún de publicar los escritos, como él lo declara muchas veces, y lo confirma Elio Antonio de Nebrija en el prólogo que escribió al frente de las ocho Décadas impresas en Alcalá el año 1530, y lo acredita más que todo la broma que le jugó su amigo Lucio

---

por los señores Deán y Cabildo della, segund que entre sus mercedes é mí está asentado.....

„Item mando á la sacristanía de la dicha iglesia mayor desta cibdad, donde mi cuerpo ha de ser sepultado, los ornamentos con que yo celebro. Y porque yo hice este dicho ornamento de una ropa que me dió el grand Soldán de Babilonia, quando yo fuí por embajador á él enviado por los Católicos Reyes de gloriosa memoria D. Fernando y Doña Isabel, y querría que durase lo más que fuese posible á causa de la memoria de tan santa obra como se hizo en mi embajada, que fué redemir que el gran Soldán no tornase moros por fuerza ó ficiese morir con tormentos á los cristianos que estaban dentro de sus señoríos, y á los flayres de Iherusalem, por tanto quiero que este mi ornamento no se use más de las once fiestas de Nuestra Señora que hay en el año, en las cuales dichas fiestas se ha de decir misa en el altar que se hiciere sobre mi sepoltura, segund adelante se dirá.,

Marineo Sículo hurtándole de su habitación la primera Década y mandándola imprimir en Alcalá el año 1511 con la complicidad del marqués de Vélez, Don Pedro Fajardo, discípulo de Angleria, según el mismo hurtador lo declara sin recato ni temor ante el tribunal de la Historia <sup>1</sup>. Acaso desestimaba lo que escribía por la misma facilidad que tenía para escribir, así en prosa como en verso.

2. La no escasa colección de sus *Poemata* basta y sobra para hacernos presumir que, con una vida más reposada, sería capaz de escribir una *Eneida*, ó digamos una *Colombiada*, ya que este asunto era incomparablemente más rico en su realidad que los inmortalizados por Homero y por Virgilio con sus fantasías. Verdaderamente era maravillosa la facilidad con que hacía versos, pues en alguna carta comenzada en prosa, *calamo currente*, dejó largo párrafo de versos latinos de alta entonación clásica. La ciudad de Santafé debe de conservar en cierta lápida de mármol rojo cuatro versillos que con razón llama medianos, escritos allí á vuela pluma cuando acabaron de edificar aquel cristiano campamento <sup>2</sup>, y en *La Semana Católica* he pu-

1 Lucii Marinei. *Epist. Familiar.*, lib. v.

2 Rex Ferdinandus, Reginaque Elisabeth, urbem  
Quam cernis, minima constituere die,  
Adversos Fides erecta est, ut conterat hostes,  
Hinc censent dici, nomine SANCTA FIDES.

blicado este año unas estrofas de buenos sáficos en que cantó piadosamente la pasión del Señor por encargo de la reina Doña Isabel. Aunque no disfrutaba del retiro que las musas reclaman, según aquello :

*Carmina secessum et otia scribentis querunt,*

podía, sin embargo, decir con Ovidio:

*Et quod tentabam dicere versus erat.*

Aun cuando escribía en prosa, solían las musas asomar la cara entre rasgos de ingenio agudo y epigramático. Sus libros sobre los descubrimientos marítimos son para él Nereidas ceñidas con guirnaldas de oro y de perlas. Hablando de los caníbales, dice una vez: "En aquellas islas todos los animales son mansos, menos los hombres.," Contando la venida del preso, Francisco I, desde Valencia á esta corte, juega con el equívoco de la palabra latina *gallus* y con las águilas imperiales de Carlos V, y escribe con aguda y cáustica facilidad: "El Águila ha encerrado al Gallo en la jaula de Madrid.,"

3. Su fecundo ingenio y su vasta erudición palpitan en cada página de sus obras, y brillaron un día con el fulgor rápido del relámpago en la Universidad de Salamanca. En su hermosa y festiva carta LVII le cuenta al conde de Tendilla cómo á fines de Septiembre de 1488 fué á Salamanca, escribió diez versos en ala-



banza de la Universidad, y, á escondidas, los fijó en las puertas de ella y del templo inmediato. Esto bastó para promover todo un alboroto literario ; investigaron quién era el autor , y le hicieron disertar un día, desde las dos hasta las tres de la tarde, acerca de la sátira segunda de Juvenal ante un público tan apiñado que hubo muchos estrujones y sacaron desmayados á dos ó tres, y el bueno del bedel consultó á sus superiores si le pasaría al revoltoso extranjero, sin duda como primer causante del daño, la cuenta de su capota de grana que pereció en la batalla. Es muy grato leer los detalles del triunfo literario y la consiguiente ovación que obtuvo el orador Angleria. ¡Felices tiempos cuando los apretones, sofocaciones y desmayos eran en los salones universitarios de Salamanca!

4. Las obras que nos ha dejado, son: 1.º *Opus Epistolarum*. 2.º *De Orbe novo Decades octo*. 3.º *Legationis Babylonicae libri tres*. 4.º *Poemata*. Parece seguro que no llegó á escribir el Diario de la guerra de Granada, que prometía con el nombre de *Diales Castrenses*, ni hay tampoco noticia de los *Anales*, que parece había escrito. En un libro viejo<sup>1</sup> he leído que escribió el viaje de Magallanes, lo mandó á Roma para que se imprimiera,

---

1 *Navigacioni et viagii...* Venetia, 1550, pág. 373.



y que pereció el manuscrito en el saco de la ciudad papal. Verdad será; mas por lo visto, el autor se quedó con otra copia ó borrador, y podemos leerlo en la Década quinta, cuyo largo capítulo séptimo se titula : *De orbe ambito*, que es : *De la vuelta al mundo*, y no trata de otra cosa.

El *Opus Epistolarum* es una colección de ochocientas trece cartas suyas, escritas á los más distinguidos personajes de su tiempo, incluso los Papas León X y Adriano VI. Son la mayor parte históricas de los importantísimos acontecimientos de su tiempo, y algunas filosóficas, morales, de pésame, de parabién, etcétera, etc. Por ellas se echa de ver cuanto se sabía, se hacía y se pensaba en la Corte prepotente de nuestros Reyes, y los grandes acontecimientos exteriores en que tanta intervención tenía España; constituyen un arsenal, un verdadero tesoro histórico de aquel interesantísimo período, que abarca desde 1487 hasta 1526.

Dotado de admirable actividad para investigar; atento observador y conocedor de sucesos y personas; colocado en la mejor posición para saber lo público y lo secreto; relacionado con los principales personajes de Europa y de América, y tomando parte activa en los negocios más importantes de su tiempo, sus cartas, sin constituir una historia seguida, ordenada y completa, son una fuente

histórica fresca, abundosa y sana, tal vez la más rica que se conoce.

Y claro es que en esa colección que ha conservado para la Historia ochocientas trece cartas, no están todas las que escribió; yo mismo tengo copia literal de dos dirigidas al Cabildo de Granada que posee los originales, y no son de las publicadas. De ellas he tomado este fac-símil de su firma :

*pe. Martyz*  
*p2p02*

Me propongo publicar en un tomo todo lo que trae sobre las germanías de Valencia y los comuneros de Castilla; como que anduvo entre ellos y tomó parte muy activa en todos aquellos ruidosos, mal conocidos y peor juzgados acontecimientos. En otro tomo, si el público no me niega la necesaria ayuda, irá lo que dejó escrito acerca de la reconquista de Granada, á que asistió como soldado.

Las ocho Décadas del Nuevo Mundo son una historia más ordenada de las expediciones, descubrimientos y conquistas de América. Á instancias del cardenal Ascanio Sforzia, vicecanciller de la Corte pontificia, comenzó á escribir los primeros libros, refiriendo los acontecimien-

tos á medida que se iban sabiendo en la Corte ; de modo que el libro primero lo acabó el día 13 de Noviembre de 1493, y el segundo á 29 de Abril de 1494. Á estos dos libros, dedicados al cardenal Ascanio, llama él ascanianos. Cuando uno de los vaivenes políticos dió con el Cardenal en una prisión de su enemigo Luis XII de Francia, Pedro Mártir cesó de escribir. Gracias al cardenal de Aragón y á su tío el rey de Nápoles, continuó escribiendo los siete libros siguientes, comprensivos hasta el año 1500, y en 1510 añadió el libro décimo por complacer á su gran amigo el conde de Tendilla, á quien lo dedicó. El Papa León X le hizo escribir la Década segunda, que terminó el 4 de Diciembre de 1514, y fué menester que nuevas cartas de Roma le estimularan á tomar la abandonada pluma para que compusiera la Década tercera, á que dió fin en Octubre de 1516.

Lo que se publicó aparte con el título *De Insulis nuper inventis et de moribus incolarum earundem*, no es sino la Década cuarta, dedicada á León X, y terminada en 1518. A su sucesor Adriano VI, dedicó la quinta, concluída á 30 de Octubre de 1520. La sexta va dirigida *al Arzobispo de Cosenza, para que se la entregue al Pontífice*: es ya del año 1524. La séptima, que alguna vez llama Ducal, se la dedicó al *gran vizconde de Milán*,

hermano del cardenal Ascanio Sforzia; la terminó entre Febrero y Junio de 1525, como se ve por sus cartas dcccvi y dcccxi. La octava está dedicada al Papa Clemente VII, que con un Breve le estimuló á que le escribiera. El capítulo nono lo terminó en Toledo á 20 de Octubre de 1525; el último capítulo pertenece á los postreros once meses de su bien aprovechada y bien terminada vida.

Los tres libros de su Embajada babilónica dan cuenta de aquel arriesgado y felicísimo viaje; y según él era diligente y profundo observador, á más del objeto principal de que ya he dado cuenta en el citado tratado sobre la *Expulsión de los Moriscos*, abunda en noticias muy curiosas é interesantes sobre todo lo que vió, y particularmente acerca de Venecia, las pirámides de Egipto, el Nilo, las inscripciones antiquísimas que copió, etc., etc. A la Historia y á la Geografía les importa que se dé á conocer tan rico monumento, que podrá hacer un tomo como el presente. Su autor consintió en publicarlo, cediendo á las instancias del Cardenal Cisneros, á quien lo dedicó.

De los Poemas latinos, baste con lo arriba dicho.

## VI

SUMARIO : 1. Autoridad historial de Angleria.—2. Plagio de Cadamusto.—3. Advertencias sobre esta versión.



ON Pedro Mártir Angleria reúne las mejores condiciones que pueden concurrir en un historiador para que resulte autorizado su testimonio. Escribe en España sobre asuntos españoles y es extranjero, y así no está influído sino por la fuerza de la verdad: ni es castellano ni aragonés, ninguno de los dos partidos puede arrastrarle para que no refiera con honrada sinceridad las peripecias y dificultades que en la Corte y fuera de ella pudiera tener la unión entonces verificada de los dos grandes reinos. Ni es comunero ni cesarista, y podrá mejor que nadie juzgar las demasías y turbulencias de los amotinados, á la vez que fustigue acerbamente los abusos de los flamencos, que, so capa de un adolescente que, ó no había pisado el suelo español ó apenas había llegado á él, dieron ocasión, y acaso motivo, para las famosas revueltas populares.

En la mayor parte de las cosas que refiere, particularmente en el rico tesoro de sus *Epístolas*, es testigo presencial, ó algo más, porque interviene en ellas ó en las deliberaciones que las preparan ó

dirigen , y en el semblante de los Reyes, consejeros y ministros lee las impresiones de lo que pasa , y las intenciones respecto á lo que se prepara. Cuando no es testigo presencial, es investigador diligentísimo, como en esta obra se le ve en todo lo tocante á los descubrimientos y gobierno de las regiones americanas, que recibe paquetes de cartas de los mismos capitanes y descubridores, del propio Colón cuyos originales tiene á la vista, y las mismas relaciones tiene con Vasco Núñez, Americo Vespucio, Magallanes, Pedro Arias, Pinzón, Alfonso Niño, Anciso, Zamudio, Cortés, etc., etc., y de otros muchísimos, *escritas en su estilo militar*, como dice, y á cuantos vienen de allá les busca , les llama, les convida, les hospeda en su casa, y los somete á largo y astuto interrogatorio, sin que se exceptúe el inglés Cabot, que vuelve de navegar entre los témpanos del mar glacial, hasta poder él decir que de allá no viene uno que deje de llegar á su casa, ni de darle cuenta de cuanto sabe.

Con la discreción de un hombre sabio y experimentado escoge lo que merece un lugar en la historia, y deja á un lado la multitud de menudencias á que los actores que se las cuentan dan excesiva importancia : distingue lo cierto de lo dudoso, y comunica al lector las dudas que á él le quedan sobre cosas no comproba-



das, ó que parecen increíbles, ó que no han podido ser allá bien apreciadas. La diligencia y exactitud llega hasta advertir en qué sílaba carga el acento de las palabras indias, como *baío*, *Muctezumá*, *Matininó*. Es también garantía de sus relaciones el altísimo destino que llevan sus escritos, como que son la mayor parte para los Papas que le obligan á escribir, por el natural deseo de saber tan maravillosos acontecimientos, y todos para los más egregios personajes de su tiempo.

Así no es maravilla que los autores antiguos más concienzudos citen á Angleria como la más segura autoridad, según se echa de ver hojeando los libros sobre asuntos americanos.

D. Nicolás Antonio dice también que para no dar fe á este autor, que estuvo presente é intervino en las cosas que refiere, se necesita despojarse antes de la racionalidad<sup>1</sup>. Y en apoyo de su parecer cita el testimonio del muy grave y no menos docto Juan de Vergara, que escribió á Florián Docampo : “Sepa Vm. que de todas las cosas de aquellos tiempos de casi el Imperio de los Reyes Católicos, y después hasta pasadas las Comunidades, yo no pienso que puede haber más ciertos y claros memoriales que son las Epístolas de Pedro Mártir ; y porque demás

---

<sup>1</sup> *Bibliotheca Hispano Nova*. Matriti, 1788, tomo II, pág. 372.



de lo que por ellas cualquiera podrá ver, yo soy testigo de vista de la diligencia que este hombre ponía en escribir luego á la hora todo lo que pasaba. Y como no gastaba mucho tiempo en pulir y limar el estilo, sino que mientras le ponían la mesa, como yo lo vi, le acontecía escribir un par de cartas, dellas no recibía trabajo, ni pesadumbre, y así no cesaba en el oficio, ni tenía otro cuidado.,,

Fray Bartolomé de las Casas escribió en el prólogo de su famosa *Historia de las Indias*: “Cerca de estas primeras cosas á ninguno se debe dar más fe que á Pedro Mártir, que escribió en latín sus Décadas, estando aquellos tiempos en Castilla, porque lo que en ellas dejó tocante á los principios, fué con diligencia del mismo Almirante, descubridor primero, á quien habló muchas veces, y de los que fueron en su compañía, inquirido, y de los demás que aquellos viajes á los principios hicieron; en las otras que pertenecen al discurso y progreso destas Indias, algunas falsedades sus Décadas contienen.,” Y en otro lugar añade: “A Pedro Mártir se le debe más crédito que á otro ninguno de los que escribieron en latín, porque se halló en Castilla por aquellos tiempos, y hablaba con todos, y todos se holgaban de le dar cuenta de lo que vían y hallaban, como á hombre de auto-ridad y el que tenía cuidado de preguntar-

lo.„ Herrera, al frente de sus *Décadas ó Historia general de las Indias Occidentales*, pone una lista de los treinta y tres primeros autores que escribieron de las Indias, y la encabeza precisamente con el nombre de Pedro Mártir Angleria, quien por su parte no se olvida de reclamar el primer lugar entre los historiadores de América.

No por eso se pretenda que no haya equivocaciones y errores en nuestro ilustre escritor. Escribiendo las primeras noticias en medio de la impresión de asombro que la grandeza inaudita de aquellos descubrimientos debían de producir, sólo un hombre tan discreto como Angleria podría merecer el nombre de historiador y librarse del apodo de fabulista; sus altas prendas hicieron ese gran servicio á la ciencia histórica: pero no se pretenda lo imposible de que en nada se equivoque cuando refiere, ni yerre cuando discurre, particularmente en puntos de Cosmología, Física y Meteorología.

2. Por ser tanta su autoridad no faltó desde entonces quien le quisiera hurtar la capa y ponérsela, como lo hizo el veneciano Luis Cadamusto, quien dándose por compañero de Colón en el primer viaje, como el médico Chanca lo fué en el segundo, plagió los tres primeros libros de la primera *Década* de Pedro Mártir, quien fustiga á su plagiario en los si-

guientes términos: “También se dispuso que, sin permiso del Rey, ningún extranjero se mezclara con los españoles. Por eso me ha causado maravilla que un tal Luis Cadamusto, veneciano, escritor de las cosas de Portugal, haya escrito de las españolas tan sin vergüenza: *Hicimos, vimos, fuimos*, siendo así que ni él ni veneciano alguno hizo ni vió maldita la cosa. Eso lo entresacó y lo tomó á hurtadillas de los tres primeros libros de mi Década á los cardenales Ascanio y Arcimboldo, de los cuales era conterráneo, y pensaba él que mis escritos no habían de publicarse nunca. Acaso pudo dar con esos libros en casa de algún embajador de Venecia; pues aquel ilustrísimo Senado envió á los Reyes Católicos hombres insignes, á quien yo mismo con gusto les enseñaba mis escritos y les permitía sin dificultad que sacaran copias. Como quiera que sea, el bueno de Luis Cadamusto ha tratado de apropiarse el fruto del trabajo ajeno <sup>1</sup>. „

Y por cierto que el pobre Cadamusto, al cometer el hurtillo literario, no lo supo ocultar; no son menester ojos de lince para que cualquier juez crítico descubra el cuerpo del delito; como que no sabía cómo se llamaban las personas con quien finge haber hecho tan largo viaje

---

1 Década segunda, lib. vii, cap. ii.

y tenido tan íntimas relaciones. Hasta se conoce que tomó los nombres de un manuscrito mal leído, y que éste tenía ortografía italiana. Con efecto : el célebre Roldán se ha vuelto *Orlandus* ; á Hojeda le llama *Horeda*, á Pedro Arias *Petrus Aliaris* ; Melchor Maldonado sale ganando hecho Marqués, pues en vez de Melchior es siempre *Marchiön* ; Vicente Yáñez (Pinzón) es un *Vicentianus* á quien nunca llamó así la madre que lo parió; y Alonso Niño, que con ortografía italiana se escribe Nigno, se volvió fácilmente *Nigro*, ó *Niger* en latín, y Negro en español. Hasta se sabe ya cómo se hizo el entuerto ; cabalmente como Angleria se lo maliciaba. Ángel Trevisano, secretario del embajador de Venecia, Domingo Pisani, envió el manuscrito al historiógrafo Malipieri en 1501, y poco después pudo aprovecharse de él Cadamusto, dándose tono de compañero de Colón en el primer viaje <sup>1</sup>.

No eran menester tantas pruebas para que se conociera el plagio, una vez publicados los libros de Pedro M. Angleria, contra lo que se figuraba Cadamusto; pues con leerlos á la vez, se ve por vista de ojos que es una copia apenas modificada en las palabras, no en las ideas, fuera de las dos líneas sobre la fisonomía

---

1 Esta última noticia debo á la bondad del distinguido americanista D. Juan Pérez de Guzmán.

de Colón, que las puso para encabezar su plagio. Antes de leer las arriba copiadas quejas de Angleria, había yo topado con la *Navigatio Christophori Columbi* de Cadamusto, y me gozaba del hallazgo y me lisonjeaba de poder hacer un buen servicio á las letras; pero luego cayó mi gozo en un pozo así que me puse á compulsar.

En tiempos más próximos á nosotros no diré que hayan plagiado, pero sí que se han aprovechado al por mayor de estos libros de Angleria algunos señores extranjeros que han tenido la dignación de explicarnos á su modo nuestra historia, empedrando su hermoso campo de ofensas á nuestra patria, á su política y á sus héroes. Basta citar, por ejemplo, al caballero Wáshington Irving, cuyas obras, que tanto han circulado, acerca de los Reyes Católicos, la reconquista de Granada y los descubrimientos de América, apenas son más que una paráfrasis de los olvidados libros de Angleria, como lo echará de ver quien se tome el trabajo de hacer la comparación. Y pluguiera á Dios que no cometieran más graves abusos.

Ejemplo: Wáshington Irving (*Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*.—*Vasco Núñez de Balboa*, capítulo III) ha osado escribir: “Conociendo, dice Pedro Mártir, que los españoles eran

*hombres vagabundos, que vivían del pillaje y del engaño, pensó (el indio Comogro) que el medio mejor de ganar su amistad era satisfacer su codicia.* „ Hasta aquí el *verídico y agradecido* Irving.

Pero lo que dice Pedro Mártir (Dec. II, libro III, cap. II) es exactamente esto: “Comprendió (*Comogro*) que se debía tratar con agrado á estos hombres errantes, y tener cuidado de no darles motivo para que se ensañaran contra ellos y su casa, como lo hicieron contra los demás comarcanos. Envió de regalo á los principales, Vasco y Colmenares, cuatro mil dracmas de oro. „

¿Aprenderán con esto los españoles á no estudiar la historia de su patria en tales autores extranjeros?

Mucho antes que los ingleses, los italianos habían publicado, en 1534, una *Historia dell' Indie occidentali cavata delli scritti di Pietro Martire*. En otras lenguas hay versiones totales ó parciales, y los diccionarios bibliográficos llaman la atención sobre el mérito y la importancia de estos libros, como la *Bibliographie Ancien et Moderne* (París, 1811), verb. *Anghiera*, que dice ser muy rebuscados y sus noticias muy estimadas, y que no se encuentran en otra parte.

La lengua castellana no tenía hasta hoy estas obras. Solamente los dos primeros libros de la *Década* primera guar-



da en un manuscrito la Biblioteca de la Academia de la Historia, traducidos en el siglo XVI, y anotado en sus márgenes el primero, é impreso no posee más que un ejemplar del *Opus Epistolarum*.

A mí me ha pasado lo contrario que al inglés Irving, que he citado más arriba. Aquél pensó en traducir los documentos publicados en 1825 por D. Martín Fernández Navarrete, y luego prefirió escribir libros en su propio nombre. Yo fui estimulado á escribir algo tocante al centenario americano-colombino, y apenas probé á poner las manos en la masa formé juicio de que si podía hacer algún pequeño servicio era publicando en español los libros colombino-americanos de Pedro Mártir Angleria, dado que de sus obras apenas quedan ejemplares, y los pocos que hay alcanzan un precio exorbitante en el mercado de libros raros.

Creo que convenía presentarlos como *fuentes históricas*, es decir, que debía yo traducirlos con escrupulosa exactitud, sacrificando, siempre que fuera menester, el gusto literario á la verdad y propiedad de la versión. Así lo he verificado, y muy particularmente cuando la frase podía tocar, aunque de lejos, á cualquier punto controvertido. Por ejemplo, como anda por ahí la preocupación errónea de que todo lo tocante al descubrimiento de América y á la dirección de sus asuntos

se debe única y exclusivamente á la incomparable reina Doña Isabel, he tenido cuidado de no cambiar nada en las frases á esto referentes, y donde decía Rey ó Reina ó Reyes, así ha quedado; y si el autor empleaba el adjetivo *regio*, con esa indeterminación lo he traducido, como no hubiera ya muerto la egregia Reina.

Con esto queda dicho que yo no me hago solidario de cualquier concepto menos exacto; mi deber era presentarlo en castellano como se encuentra en latín; soy aquí traductor, no historiador ni crítico. Algunas equivocaciones echo de ver yo: más verán los que tienen mejor vista. Con estos libros de Angleria se corregirán muchas ideas descaminadas; las que aquí vayan fuera de camino, á la ciencia crítica toca rectificarlas.

Yo estoy persuadido de que estos libros son una gran *fuentes*, y de que á ella vendrán á beber el historiador, el cosmógrafo, el astrónomo, el marino, el botánico y el zoólogo, y en particular los estudiosos de la filología comparada, que tan hermosos descubrimientos llevan á cabo, y agradecerán á este hombre su diligencia en conservar los vocablos antiguos de los indígenas, especialmente en la Década tercera, libro séptimo.

Al hablar de las desnudeces de los indios, Angleria pone en latín algunos detalles que no me ha parecido conveniente

traducir al castellano ; pero como esos datos y otros semejantes sirven de base á los sabios para hacer consideraciones útiles, no he suprimido el texto, sino que lo he dejado intacto en latín.

Tocante á los tratamientos debidos, el autor habla al Papa como ahora hablamos, y así no hay nada que advertir. Pero á los Cardenales y á otros personajes les habla de tú en latín, según la índole de esta lengua, y he creído que era mejor dejarlo así, que no pegar al lenguaje moderno las fórmulas de antaño, como *vuestra merced*, ó aplicarles á aquellos personajes los tratamientos de ahora y llamarles eminentísimos señores á unos, ó aplicarles á otros un *excelentísimo señor*, que llama mucho la atención en cierta lápida dedicada á Guzmán el Bueno.

En las fechas que expresa por kalendas (no en las de nonas ó idus) puede haber equivocación de un mes, y aun de un año si son las de Enero, que en tal caso deberían restarse, pues alguna vez he observado que no nombra, según es la regla, el mes cuyas son las kalendas, sino el anterior, cuyo es el día de que se trata. Tal sucede en la carta CLI, donde la fecha puesta por las kalendas de Enero de 1494 significa el mes de Diciembre del 94, cuando, según las reglas, debería significar el del año 93.

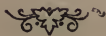
También debo advertir que el autor no

pone otras divisiones que en ocho Décadas, y cada una de éstas en diez libros, ó algunas en diez capítulos; no divide los libros en capítulos, ni artículos, ni siquiera párrafos aparte, que no era tal el uso en aquel tiempo. Pero ahora que, por lo visto, tenemos menos afición y paciencia para leer, he creído muy conveniente dividir los libros en capítulos, y éstos en párrafos, y poner los sumarios, que le sirven al lector de guía monitoria y le excitan el apetito, á más de que facilitan muchísimo el buscar cualquier hecho ó idea cuando hace falta.

Finalmente, conozco cuán exiguo es el mérito de este trabajo mío, muy inferior, sin duda, al servicio que pienso y deseo hacer; estoy bien persuadido de que adolecerá de no pocos defectos, debidos, en parte, á ciertas dificultades, y espero que los hombres doctos han de recibirlo con generosa condescendencia, y aun simpatía, que les suplico tengan por miramiento á mi buen deseo de servir á las letras, que son bellísimo ornamento de las almas, y, sobre todo, á la verdad, que es como el aliento de Dios.

JOAQUÍN TORRES ASENSIO,  
*Presbítero.*

MADRID, Mayo de 1892.





## Carta de Cristóbal Colón

*escrita en el mar cuando regresaba del primer viaje,  
y enviada desde Lisboa, en Marzo de 1493, á  
Barcelona, donde se encontraban los Reyes Ca-  
tólicos <sup>1</sup>.*

SEÑOR:

**P**ORQUE sé que habreis placer de la gran uictoria que nuestro Señor me ha dado en mi uiaje, uos escribo esta, por la cual sabreis cómo en treinta y tres dias pasé á las INDIAS con la armada que los Ilustrisimos Rey y Reina nuestros Señores me dieron; donde yo fallé muy muchas islas pobladas con gente sin número, y dellas todas he tomado posesion por Sus Altezas con

---

<sup>1</sup> Tomada de la edición que se hizo en Viena, tipografia Imperial y Real de la Corte, 1868, con tirada de solos ciento veinte ejemplares. Es indudablemente el primer parte que da á los Reyes Católicos.

*pregon y bandera real extendida, y no me fue contradicho.*

*A la primera que yo fallé puse nombre SAN SALVADOR, á conmemoracion de su Alta Magestad, el cual marauillosamente todo esto ha dado: los Indios la llaman Guanayaní. A la segunda puse nombre la isla de SANTA MARÍA DE CONCEPCIÓN: á la tercera la FERNANDINA: á la cuarta la ISABELA: á la quinta la isla JUANA é así á cada una nombre nuevo.*

*Cuando yo llegué á la JUANA seguí yo la costa della á poniente, y la fallé tan grande que pensé que seria tierra firme, la prouincia de Catayo y como no fallé allí uillas y lugares en la costa de la mar, saluo pequeñas poblaciones, con la gente de las cuales non podia haber fabla, porque luego fuian todos, andaba yo anhelante por el dicho camino, pensando de non errar grandes ciudades, ó uillas, y al cabo de muchas leguas, uisto que non habia in-nouacion, y que la costa me leuaba al setentrion, de adonde mi uoluntad era contraria, porque el inuierno era ya entrado, é yo tenia propósito de facer me al austro, y*



*tambien el uiento me dió adelante, determiné de no aguardar otro tiempo, y bolui atrás fasta un señalado puerto, de á donde enuié dos hombres por la tierra para saber si habria rey ó grandes ciudades. Anduuieron tres jornadas y hallaron infinitas poblaciones pequeñas y gente sin número, mas no casa de regimiento, por lo cual se boluieron.*

*Yo entendia harto de otros Indios que ya tenia tomados, cómo continuamente esta tierra era isla, é así seguí la costa della ciento y siete leguas fasta donde facia fin; del cual cabo ui otra isla al oriente, distante desta diez é ocho leguas, á la cual luego puse nombre la ESPAÑOLA y fui alli; y seguí la parte del setentrion, así como de la JUANA, al oriente ciento é ochenta y ocho grandes leguas, la cual y todas las otras son fertilísimas en demasiado grado, y esta en extremo: en ella hay muchos puertos en la costa de la mar sin comparación de otros que yo sepa en cristianos, y fartos rios y buenos y grandes que es marauilla: las tierras della son altas y en ella muy muchas sie-*

rras y montañas altísimas, sin comparacion de la isla de TENERIFE, son todas fertilísimas, de mil fechuras, y todas andábiles y llenas de árboles de mil maneras y altas, y parecen que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la foja, segun lo que puedo comprender, que los vi tan uerdes y tan fermosos como son por Mayo en ESPAÑA. I dellos estaban floridos, dellos con fruto, y dellos en otro término segun es su calidad; y cantaba el ruiseñor y otros pajaricos de mil maneras, en el mes de Nouiembre, por alli donde yo andaba. Hay palmas de seis ó de ocho maneras, que es admiración uerlas por la diformidad fermosa dellas, mas asi como los otros árboles y frutos é yerbas: en ella hay pinares á marauilla, é hay campiñas grandísimas, é hay miel, y de muchas maneras de aues y frutas muy diuersas. En las tierras hay muchas minas de metales é hay gente inestimáble número. La ESPAÑOLA es marauilla: las sierras y las montañas y las uegas y las campiñas y las tierras tan fermosas é gruesas para plantar é

*sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de uillas y lugares. Los puertos de la mar, aqui no habria creencia sin uista, é de los rios muchos é grandes é buenas aguas: los mas de los cuales traen oro. En los árboles é frutas é yerbas hay grandes diferencias de la JUANA: en esta hay muchas especierias, é grandes minas de oro é de otros metales.*

*La gente desta isla é de todas las otros que he hallado y he hauido ni haya habido noticia, andan todos desnudos, hombres é mugeres, asi como sus madres les paren; aunque algunas mugeres se cobijan un solo lugar con una sola foja de yerba ó una cosa de algodón que para ello facen. Ellos no tienen fierro, ni acero, ni armas, ni son para ello; no porque no sea gente bien dispuesta é de fermosa estatura, saluo que son muy temerosos á marauilla. No tienen otras armas saluo las armas de las cañas quando están con la simiente, á la cual ponen al cabo un palillo agudo, é no osan usar de aquéllas: que muchas uezes me ha acaescido enuiar*

á tierra dos ó tres hombres, á alguna uilla para haber fabla, y salir á ellos de ellos sin número, é después que los ueían llegar fuían, á no aguardar padre á hijo; é esto no porque á ninguno se haya fecho mal, antes á todo cabo adonde yo haya estado é podido haber fabla, les he dado de todo lo que tenía, así paño como otras cosas muchas, sin recibir por ello cosa alguna; mas son así temerosos sin remedio. Uerdad es que después que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creerían sino el que lo uiese. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen de no; antes comuidan á la persona con ello y muestran tanto amor que darían los corazones, é quier sea cosa de ualor, quier sea de poco precio, luego por cualquiera cosica de cualquiera manera que sea que se les dé, por ello son contentos.

Yo defendí que non se les desen cosas tan ceuiles como pedazos de escudillas rotas y pedazos de uidrio roto y cabos de agujetas; aunque quando ellos esto llevar

*les parecía haber la mejor joya del mundo; que se acertó haber un marinero por una agujeta de oro de peso de dos castellanos y medio, y otros de otras cosas, que muy menos ualían, mucho más. Y por blancas nuevas daban por ellas todo cuanto tenían, aunque fuesen dos ni tres castellanos de oro, ó una arrova ó dos de algodón filado.*

*Hasta los pedazos de los arcos rotos de las pipas tomaban, y daban lo que tenían como bestias; así que me pareció mal, é yo lo defendí. Y daba yo graciosas mil cosas buenas que yo llevaba porque tomen amor; y allende desto se façan cristianos, que se inclinen al amor y seruicio de SUS ALTEZAS y de toda la nación castellana; é procuren de ayuntar é nos dar de las cosas que tienen en abundancia que nos son necesarias. Y no conocían ninguna seta ni idolatría, saluo que todos creen que las fuerzas é el bien es en el cielo: y creían muy firme que yo con estos nauíos y gente uenía del cielo; y en tal catamiento me recibían en todo cabo después de haber perdido el miedo. Y*

*esto no procede porque sean ignorantes, saluo de muy sutil ingenio, y hombres que nauegan todos aquellos mares, que es marauilla la buena cuenta que ellos dan de todo; saluo porque nunca uieron gente uestida, nin semejantes naúos.*

*Y luego que llegué á las INDIAS, en la primera isla que fallé, tomé por fuerza algunos dellas para que deprendiesen y me diesén noticia de lo que había en aquellas partes; é así fué que luego entendieran é nos á ellos, cuando por lengua ó señas; y estos han aprouechado mucho: hoy en día los traigo que siempre están de propósito que uengo del cielo, por mucha conversación que haya habido conmigo. Y estos eran los primeros á pronunciarlo adonde yo llegaba, y los otros andaban corriendo de casa en casa, y á las uillas cercanas con voces altas: “Uenid, uenid á uer la gente del cielo.” Así todos, hombres como mugeres, después de haber el corazón seguro de nos, uenían que no quedaba grande ni pequeño, y todos traían algo de comer y de*



beber, que daban con un amor maraui-  
lloso.

Ellos tienen en todas las islas muy  
muchas canoas, á manera de fustas de  
remo: dellas mayores, dellas menores, y  
algunas y muchas son mayores que una  
fusta de diez y ocho bancos: no son tan  
anchas, porque son de un solo madero;  
mas una fusta no terná con ellas al remo,  
porque uan que no es cosa de creer; y con  
estas nauegan todas aquellas islas, que  
son innumerables, y tratan sus merca-  
derías. Algunas destas canoas he uisto  
con setenta y ochenta hombres en ella, y  
cada uno con su remo.

En todas estas islas no uide mucha di-  
uersidad de la fechora de la gente, nin  
en las costumbres, nin en la lengua, sal-  
uo que todos se entienden que es cosa muy  
singular; para lo que espero que determi-  
narán SUS ALTEZAS para la conuersión de-  
llos á nuestra Santa Fe, á la cual son  
muy dispuestos.

Ya dixé cómo yo había andado ciento  
siete leguas por la costa de la mar, por  
la derecha línea de occidente á oriente,

*por la isla JUANA; según el cual camino puedo decir que esta isla es mayor que INGLATERRA y ESCOCIA juntas: porque allende destas ciento siete leguas, me quedan, de la parte de poniente, dos prouincias que yo no he andado, la una de las cuales llaman Anan adonde nace la gente con cola<sup>1</sup>: las cuales prouincias non pueden tener en longura menos de cincuenta ó sesenta leguas; según puedo entender destos Indios que yo tengo, los cuales saben todas las islas.*

*Esta otra Española en cerco tiene más que la España toda desde Cataluña, por uista de mar, fasta Fuente Rabía, en Vizcaya; pues en una cuadra anduue ciento ochenta y ocho grandes leguas por recta línea de occidente á oriente. Esta es para desear, é uista es para nunca dejar; en la cual, puesto que de todas tenga tomada posesión por Sus Altezas y todas*

---

<sup>1</sup> Claro es que da estas noticias según lo que otros le han dicho de esas provincias que él no ha visto. En medio de tantas maravillas como á cada momento les llenaban de asombro, algunos de aquellos rudos soldados creyeron sin duda ver colas cuando huían los indios con aquellos aparatos, llamémoslos así, cuya descripción sale abajo, cartas clxviii y ccii, y que yo por respeto al pudor he dejado en latín.

*sean más abastadas de lo que yo sé y  
 puedo decir, y todas las tengo por de SUS  
 ALTEZAS, cual de ellas pueden disponer  
 como y tan cumplidamente como de los  
 Reinos de Castilla. En esta Española en  
 lugar más conuenible y mejor comarca  
 y de todo trato, así de la tierra firme é  
 acá, como de aquella de allá del Gran Can  
 adonde habrá gran trato é gran ganan-  
 cia he tomado posesión de una uilla gran-  
 de, á la cual puse nombre la uilla de Na-  
 uidad; y en ella he fecho fuerza, fortale-  
 za, que ya á estas horas estará del todo  
 acabada, y he dejado en ella gente que  
 abasta para semejante fecho, con armas  
 é artilleria é uituallas para más de un  
 año, y fusta y maestro de la mar en to-  
 das artes para facer otras, y grande  
 amistad con el rey de aquella tierra, en  
 tanto grado que se preciaba de me llamar  
 y tener por hermano: é aunque le muda-  
 se la uoluntad á ofender esta gente, él ni  
 los suyos no saben qué sean armas, y an-  
 dan desnudos como ya he dicho, é son los  
 más temerosos que hay en el mundo. Así  
 que solamente la gente que allá queda es*

*para destruir toda aquella tierra, y es isla sin peligro de sus personas sabiéndose regir.*

*En todas estas islas me parece que todos los hombres sean contentos con una muger, y á su mayoral ó rey dan fasta uiente. Las mujeres me parece que trabajan más que los hombres, ni he podido entender si tienen bienes propios, que me parece uer que aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas.*

*En estas islas fasta aquí no he hallado hombres monstrudos como muchos pensaban: mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento: ni son negros como en Guinea, saluo con sus cabellos corredios, y no se crían á donde hay ímpetu demasiado de los rayos solares; es uerdad que el sol tiene allí gran fuerza, puesto que es distante de la línea equinocial ueinte é seis grados, en estas islas, adonde hay montañas, ahí tenía fuerza el frío este inuierno; mas ellos lo sufren por la costumbre, é con la ayuda de las uiandas, que comen con especias*

*muchas y muy calientes en demasía.*

*Así que monstruos no he hallado, ni noticia saluo de una isla de Caribes, que es la segunda á la entrada de las Indias, que'es poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne humana. Estos tienen muchas canoas con las cuales corren todas las islas de Indias y roban y toman cuanto pueden. Ellos no son más disformes que los otros; saluo que tienen en costumbre de traer los cabellos largos como mugeres, y usan arcos y flechas de las mismas armas de cañas, con un pali-llo al cabo, por defecto de fierro, que no tienen: son feroces entre estos otros pueblos, que son en demasiado grado cobardes; mas yo no los tengo en nada más que á los otros. Estos son aquellos que tratan con las mugeresMatinino, que es la primera isla partiendo de España para las Indias que se falla, en la cual no hay hombre ninguno. Ellos no usan ejercicio femenil, saluo arcos y flechas, como los sobre-dichos de cañas, y se arman y cobijan con láminas de alambre, de que tienen mucho.*

*Otra isla me seguran mayor que la Española en que las personas non tienen ningún cabello. En esta hay oro sin cuento, y destas y de las otras traigo conmigo Indios para testimonio.*

*En conclusión, á hablar desto solamente que se ha fecho este uiage, que fué así de corrida, pueden ver SUS ALTEZAS que yo les daré oro quanto houieren menester, con muy poquita ayuda que SUS ALTEZAS me darán: agora especiería y algodón quanto SUS ALTEZAS mandaren cargar, y almástica quanto mandaran cargar; é de la cual fasta hoy no se ha fallado, saluo en Grecia en la isla de Xío, y el señorío la uende como quiere, y lignaloe quanto mandaran cargar, y esclauos quantos mandaran cargar, é serán de los idólatras; y creo haber hallado ruibarbo y canela, é otras mil cosas de sustancia fallaré, que habrán fallado la gente que yo allá dejo; porque yo no me he detenido ningún cabo, en quanto el uiento me haya dado lugar de nauegar, solamente en la uilla de Nauidad, en quanto dejé asegurado é bien asentado. E á*



*la uerdad mucho más ficiera si los na-  
uños me siruieran como razón deman-  
daba.*

*Esto es harto, y eterno Dios nuestro  
Señor, el cual da á todos aquellos que an-  
dan su camino uictoria de cosas que pa-  
recen imposibles : y esta señaladamente  
fué la una; porque aunque destas tierras  
hayan fablado ó escrito, todo ua por con-  
jetura sin alegar de uista, saluo compren-  
diendo á tanto que los oyentes, los más  
escuchaban ejuzgaban más por fabla que  
por otra cosa dello.*

*Así que pues nuestro Redentor dió uic-  
toria á Nuestros Ilustrísimos Rey é Rei-  
na é á sus Reinos famosos, de tan alta  
cosa, adonde toda la cristiandad debe to-  
mar alegría y facer grandes fiestas, y  
dar gracias solemnes á la Santa Trini-  
dad, con muchas oraciones solemnes por  
el tanto ensalzamiento que habrán, en  
tornándose tantos pueblos á nuestra San-  
ta Fe, y después por los bienes tempora-  
les; que no solamente la España, más to-  
dos los cristianos ternán aquí refrigerio  
y ganancia: esto según el fecho así en*

*breue. Fecha en la carabela, sobre las islas de Canaria, quinze de Febrero de 1493.*

*Para lo que mandareys.*

*El Almirante.*

*.S.*  
*.S. A .S.*  
*X M Y*  
*X<sup>p</sup>o Feren<sup>s</sup>.<sup>1</sup>*

*(Posdata en papel separado.)*

*Después desta escrita, estando en mar de Castilla, saltó tanto uiento conmigo, sur y sueste, que me ha fecho descargar los naulos por correr aquí en este puerto de Lisboa hoy, que fué la mayor marauilla del mundo; adonde acordé de escribir á SUS ALTEZAS. En todas las Indias he siempre hallado los tiempos como en Mayo, adonde yo fui en treinta y tres días, é uoluí en cuarenta y ocho, saluo que estas tormentas me han detenido catorce días corriendo por esta mar.*

*Dicen acá todos los hombres de la mar que jamás hobó tan mal inuierno, ni tantas pérdidas de naues. Fecha á los IIII días de Março.*

---

<sup>1</sup> Colón que, como dice su hijo D. Fernando, no probaba la pluma sin escribir estas palabras: JESUS CUM MARIA SIT NOBIS IN VIA, adoptó para firma una fórmula no menos piadosa, que se contiene en esas iniciales, y significa: *Servus Supplex Altissimi Salvatoris*. *Jesus, Maria, Joseph, Christo ferens*, ó sea: *Siervo humilde del Altísimo Salvador: Jesús, Maria, Jose*. El que lleva á Cristo: es decir, Cristóbal, porque tal es la significación de *Christophorus*.



## Pedro Martir de Angleria

---

TROZOS TOCANTES Á COLÓN Y AMÉRICA, ENTRE-  
SACADOS DE CARTAS SUYAS ESCRITAS DESDE  
EL DÍA 14 DE MAYO DE 1493 HASTA EL 13 DE  
JUNIO DE 1525 <sup>1</sup>.

---

CARTA CXXX.—*Al Caballero Juan Borromeo, Conde de Arona (de la familia de San Carlos Borromeo).*

.... Ha vuelto de los antípodas occidentales cierto Cristóbal Colón, de la Liguria, que apenas consiguió de mis Reyes tres naves para ese viaje, porque juzgaban fabulosas las cosas que decía. Ha regresado trayendo muestras de

---

<sup>1</sup> Se les conserva aquí la misma numeración que tienen en su *Opus Epistolarum, Amstelodami, apud Danielem Elzevirium. 1670.*

muchas cosas preciosas, pero principalmente de oro, que crían naturalmente aquellas regiones... *Barcelona, 14 de Mayo de 1493.*

CARTA CXXXIII.—*Al Conde de Tendilla y al Arzobispo de Granada (Fray Hernando de Talavera).*

Elevad el espíritu ¡oh sapientísimos ancianos! oid un nuevo descubrimiento. Recordáis que Colón, el de la Liguria, estuvo en los campamentos instando á los Reyes acerca de recorrer por los antípodas occidentales un nuevo hemisferio de la tierra; teneis que recordarlo: de ello se trató alguna vez con vosotros, y sin vuestro consejo, según yo creo, no acometió él su empresa.

Este ha vuelto incólume; dice que ha encontrado cosas admirables; ostenta el oro como muestra de las minas de aquellas regiones; ha traído algodón y aromas, ya de forma oblonga, ya redonda, más penetrantes que la pimienta del Cáucaso, que los produce naturalmente aquella tierra, y árboles coccineos.

Caminando desde Cádiz hacia Occidente cinco mil millas de pasos, según afirma, dió con muchas islas.

Entre ellas ocupó una, que asegura tiene mayor ámbito que toda España. Encontró hombres contentos con lo de la naturaleza, desnudos, que se alimentan con comidas nativas y pan de raíces de ciertos matorrales de palmitos, llenos de nudos, que ellos á su tiempo cubren con tierra, y entre nudo y nudo se forman tubérculos á modo de peras ó calabacillas. Cuando están maduros, los secan al sol, como nosotros los nabos y los rábanos; los parten, los trituran haciéndolos harina, los amasan, cuecen y comen: á estos glóbulos les llaman *Agies*. Los demás árboles, cuya mayor parte dan de comer, son diversos de los nuestros.

No cría la isla cuadrúpedo alguno, fuera de lagartos enormes, pero inofensivos, y cierta clase de pequeños conejos que se parecen á nuestras ratas.

Esta raza tiene reyes, y unos ma-

yores que otros : guerrean entre sí con hondas, con muy agudas cañas chamuscadas, y con arcos . Aunque van desnudos, hay entre ellos ambición de mando, y se casan. Qué es lo que adoran fuera del Dios del cielo, aun no lo ha averiguado.

Habíais dado á Colón tres naves: la mayor la perdió en la costa de esa isla; se le estrelló sobre una roca cubierta por las aguas, y plana: con las otras dos menores ha vuelto. Dejó en la isla treinta y ocho hombres que, mientras él regrese á ellos, examinen la naturaleza de los lugares; y los recomendó al reyezuelo de la provincia que recorrió, que se llama *Guacanaril*, desnudo también. Se prepara otra armada mayor y volverá. Lo que suceda lo sabréis por mí, si vivo. Pasadlo bien.—*Barcelona, 13 de Septiembre de 1493.*

CARTA CXXXIV.—*Al Vizconde Ascanio Sforzia, Cardenal Vicecanciller.*

.... Lo demás (de la tierra) lo dejaron los cosmógrafos por desco-



nocido, y si se hizo alguna mención, es ligera é incierta; más ahora ¡oh feliz hazaña! bajo los auspicios de mis Reyes, lo que desde el principio de las cosas hasta el presente estuvo oculto, ha comenzado á saberse.

La cosa ha sucedido así: sábelo, Príncipe ilustrísimo. Cierta Cristóbal Colón, de la Liguria, habiéndole dado mis Reyes tres naves, y siguiendo desde Cádiz á sol poniente, ha llegado á los antípodas, más de 5.000 millas, navegando treinta y tres días continuos sin ver más que cielo y agua: pasados los cuales, desde la atalaya de la nave mayor en que iba el mismo Colón, los vigias proclamaron tierra. Recorrió desde el mar seis islas.

Saltó en tierra en una de ellas que todos los que le siguieron, llevados de la novedad de la cosa, afirman que es más grande que España. Permaneciendo allí algunos días, averiguó que aquella tierra produce naturalmente oro, algodón, aromas oblongos de forma del cinamomo, y redondos como la pi-

mienta, árboles coccineos, ámbar, color garzo (*glaucum*), y abundancia de muchas cosas que son preciosas entre nosotros. De cada cosa ha traído un poco para muestra.

La isla tiene varios reyes, pero desnudos, y como ellos todas las personas de ambos sexos. Aunque aquélla gente se contenta con lo natural, como que va desnuda y solo se alimenta con frutas de los árboles y cierto pan de raíces, pero son ambiciosos de mando y, por esa ambición, en mútuas guerras se matan unos á otros con arcos y agudas astas chamuscadas; y el reyezuelo vencido, tiene que obedecer al vencedor, como si hubiera entre ellos igual que entre nosotros *mío y tuyo* y deseo de exquisito aparato y abundante dinero. Pues reflexionarás de qué puedan necesitar los que van desnudos... *Barcelona, 13 de Septiembre de 1493.*

CARTA CXXXV.—*Al Arzobispo de Braga.*

.... Cierta Colón navegó hacia el Occidente, hasta los antípodas de

la India (según él cree.) Halló muchas islas, y piensan que son las de que hacen mención los cosmógrafos, más allá del oceano oriental, adyacentes á la India. Yo no lo niego del todo, por más que la magnitud de la esfera parece indicar otra cosa; pues no falta quien juzgue que el litoral Indico dista poco de las playas españolas. Como quiera que sea, afirman que han encontrado cosas grandes: de lo que dice ha traído señales, y promete que encontrará cosas mayores.

A nosotros nos basta que la mitad del orbe que está oculta, sea conocida; y los portugueses se acercan más y más cada día al círculo equinoccial. De éste modo, playas desconocidas hasta ahora, se harán accesibles dentro de poco; pues cada uno, por emulación del otro, se expone á grandes trabajos y peligros... *Barcelona, 1.º de Octubre de 1493.*

---

CARTA CXXXVIII.—*Al Vizconde Ascanio,  
Cardenal Vicecanciller.*

.... Aquél Colón, descubridor del nuevo mundo, hecho por mis reyes Archithalaso (que los españoles llaman *Admiraldo*) del mar de las Indias de Occidente, ha vuelto á ser enviado con una armada de diez y ocho naves y mil hombres armados, y toda clase de artífices para edificar una ciudad nueva, y lleva consigo animales y semillas de toda especie... *Desde la corte, 1.º de Noviembre de 1493.*

CARTA CXL.—*Al Arzobispo de Granada.*

.... El Rey y la Reina á Colón que volvía de aquel honroso empeño, le alzaron en Barcelona Admiraldo del mar oceano, y le hicieron sentar delante de ellos, lo cual, (como sabeis), es en nuestros Reyes supremo argumento de benevolencia, y honor que se concede por grandes azañas. Después le dieron una armada pertrechada de diez y ocho naves, con la cual, regresó allá.

Promete que descubrirá grandes cosas hacia las antípodas occidentales y del antártico... *Valladolid, 31 de Enero de 1494.*

CARTA CXLII.—*Al Conde Borromeo.*

.... De día en día trae cosas más admirables del Nuevo Mundo aquel Colón de la Liguria, que mis Reyes hicieron Prefecto marítimo por sus hazañas. En la superficie de la tierra se encuentra gran copia de oro. Dice que recorrió desde la Española tanta tierra dando vuelta en su derredor hacia el Occidente, que casi llegó al Quersoneso Aureo, último término del mundo conocido por el Oriente: sólo dos horas de las veinticuatro en que el sol hace su vuelta, le parece que ha dejado de todo el mundo.

Encontró hombres que se alimentan de carne humana: sus vecinos les llaman caníbales, y van desnudos como toda aquella gente.

He comenzado á escribir unos libros acerca del descubrimiento de una cosa tan grande. Si vivo, no

omitiré nada digno de memoria; como quiera que se impriman, te enviaré un ejemplar de ellos. Por lo menos daré á los doctos, que emprenden el escribir cosas grandes, inmenso y nuevo mar de materia. *Valete.*—*Alcalá de Henares, 21 de Octubre de 1494.*

CARTA CXLIV.—*A los Obispos de Braga y de Pamplona.*

.... De las cosas recientemente descubiertas por el Occidente del hemisferio de los antípodas, os diré lo siguiente: El mismo Colón, Prefecto marítimo, fué enviado con una armada de dieciocho naves, para que procurase edificar una ciudad en aquella isla en que se estableció, y la llamó Española; y para que recorriera las demás costas ulteriores. Ha enviado otra vez la mayor parte de la armada. Se cuentan cosas admirables; pero la prisa del correo no me permite escribir más; ni me parece que agradarían mucho, porque no son recientes, pues estába-



mos en Medina cuando esa armada llegó.... *Alcalá de Henares, 31 de Octubre de 1494.*

CARTA CXLVI.—*Al amigo Pomponio Leto, varón insigne.*

.... Mientras Italia sufre estas tormentas , España extiende sus alas más y más cada día. Aumenta su imperio y lleva su gloria y su nombre hasta los antípodas.... De las dieciocho naves que mis Reyes dieron para la segunda navegación al mismo Colón, Almirante, como le llaman los españoles, ó Prefecto marítimo, han regresado doce. Los que vuelven de ese mundo desconocido hasta ahora, refieren que aquella tierra cría naturalmente vastas selvas de cochinilla , algodón y otras muchas cosas de gran estimación entre nosotros, pero entre ellas no pequeña abundancia de oro. ¡Cosa admirable, Pomponio! En la superficie de la tierra encuentran pepitas de oro en bruto, nativas, de tanto peso que no se atreve uno á decirlo. Han encontrado algunas de

doscientas cincuenta onzas. Esperan encontrarlas mucho mayores, según los naturales lo indican por señas á los nuestros cuando conocen que éstos estiman mucho el oro.

Y no dudes que hay lestrigones ó polífewos , alimentados con carne humana. Escucha, y ten cuidado no sea que de horror se te pongan los pelos de punta. Cuando se sale de las Afortunadas (que algunos quieren llamar Canarias) para la Española, pues con este nombre llaman á la Isla en que han fijado asiento, si se dirige la proa un poco al Mediodía, se da en islas innumerables de hombres feroces que llaman caníbales ó caribes, los cuales, aunque desnudos, son guerreros bravos. Se valen de arcos y principalmente de la clava. Tienen faluchos de una pieza, muy capaces, que llaman canoas, con las cuales pasan en tropel á las islas vecinas de hombres pacíficos.

Embisten los pagos de sus habitantes , y á los hombres que cogen se los comen crudos. Castran

á los niños, como nosotros á los pollos; cuando han crecido ya y engordado, los degüellan y comen. Prueba de ello tuvieron los nuestros en que, arrimando las naves, aterrizados los caníbales por la mole nunca vista de ellas, abandonaron sus casas y huyeron á las montañas y bosques espesos. Entrados los nuestros en las casas de los caníbales, que las tienen redondas, construidas con maderos de pie, encontraron piernas saladas de hombres, como nosotros solemos hacer con las de cerdo; y la cabeza de un joven recién matado, llena aún de sangre, y pedazos del mismo joven en ollas para cocerlos junto con carne de patos y papagayos, y otros puestos al fuego en los asadores.

En una nave cogieron á la reina de los caníbales acompañada de su hijo y de otros seis hombres, que volvía de cazar. De los habitantes no pudieron coger á ninguno. Sin embargo, treinta de ambos sexos de los que guardaban en los establos cual terneras que se han de comer,

huyeron acudiendo á los nuestros: los habían cogido de las islas vecinas. De éstos aprendieron los nuestros muchas cosas, que algún día sabrás.... *Alcalá de Henares, 5 de Diciembre de 1494.*

CARTA CLII.—*A su amigo Pomponio Leto, varón de insigne doctrina.*

....En la primera navegación, Colón, Prefecto del mar de las Indias (en español se dice Almirante), había dejado en la Española treinta y ocho hombres á cargo del Rey Guadcanaril, desnudo él también, que explorasen la naturaleza de aquella tierra, mientras él volvía. Cuando volvió encontró que los habían matado á todos, y los edificios que había hecho para habitación y defensa de ellos, destruidos y quemados, y los fosos rellenados. Guadcanaril, que había huido al acercarse los nuestros, por fin fué hallado y obligado á dar cuenta de los hombres que habían quedado á su cuidado. Quejándose de Canaboa, daba á entender que (según se podía

colegir por las señas), ese rey de los montes y muy poderoso, había invadido el reino suyo por haber recibido á los nuestros, y que los mató, no queriendo él y hasta llorando.

El Almirante Colón juzgó más prudente disimular, para no alterar los ánimos de las islas, y resolvió diferir para otro tiempo el castigo del crimen cometido.

Los que han vuelto con aquellas doce naves que antes he nombrado, cuentan maravillas de la abundancia de aquella región; de la esperanza de descubrir otras; de la temperatura de aquel aire, aunque están próximas al trópico de Cáncer, pues todo el año es la noche casi igual al día; de la edad áurea de aquellos habitantes y de sus costumbres.

Colón ha comenzado á edificar una ciudad, como me lo ha escrito hace poco, y á sembrar nuestras semillas, y á criar nuestros animales. ¿Cómo hemos de admirar ya que los Saturnos, las Ceres y los Triptolemos enseñaran nuevos in-

ventos á los hombres, ni que los fenicios edificaran á Sidón y á Tiro, ó que los mismos Tirios, para habitar otras regiones emigrasen á tierras extrañas, levantasen nuevas ciudades y formaran nuevos pueblos?

Aquella gente se maravilla del sonido de las trompetas y atabales, se pasma del estampido de los cañones, les causa asombro el andar y correr de los caballos, y sus jaeces, y á la vista de todas nuestras cosas se quedan atónitos con la boca abierta.

Piensan que los nuestros son gente enviada del cielo, y comenzaron á adorarlos por dioses; cuando veían á siete caníbales, que se los comen á ellos, cogidos en el camino con su reina, manifestaron lo crueles que eran, y aun atados los miraban de reojo con sumo horror y pavor.

Esta isla Española tiene casi la forma de una hoja de castaño: dicen que por el Septentrión el polo ártico se eleva veintiseis grados y por el Mediodía veintiuno: dicen que de Oriente á Occidente se ex-



tiende y se alarga diez y nueve grados de longitud esférica. Dista de Cádiz por el Occidente cuarenta y nueve grados, según dicen los que miden con diligencia. Esto te digo hoy, más te diré algún día.... 29 de Diciembre de 1494.

CARTA CLVI.—*Al mismo.*

.... Te escribí que su longitud (de la Española) es de diez y nueve grados polares; la latitud, cuanto dicen que dista de Cádiz en longitud oriental, cuarenta y nueve grados, pero no en línea recta del todo hacia el Occidente; pues para los gaditanos el polo se eleva menos de treinta y seis grados, y para aquellos isleños veintiuno desde el Mediodía y veintiséis desde el Septentrión. Pero de los grados hay muchos que piensan diferentemente: yo creo que el movimiento de la estrella polar es causa de este error, pues los hay que disminuyen y que aumentan ambas cuentas.

La naturaleza de aquella tierra es exuberantemente feliz: cuánto

abunda de cosas preciosas lo dije otra vez. Los nuestros gustan más comer el pan de raíces de aquella patria que no el de trigo; porque es de agradable sabor y se digiere más fácilmente en el estómago: ambas cosas las han experimentado. Dicen que todo el año, la noche se diferencia poco del día; y esto no lo contradice la cuenta de la esfera; dicen también que allí no reinan los grandes calores, ni hace frío alguno. Paréceme que eso sucederá por las lluvias que se dice caen muy frecuentes; pues de lo contrario, estando próximos al ecuador, se abrasarían. Dicen que los árboles son muy frondosos y altísimos, que en los prados se cría la yerba tan espesa y alta, que ni á pie ni á caballo se puede abrir camino, y que nuestro ganado nace allí más corpulento y se hace mucho más grande por los pastos más nutritivos. Las hortalizas y demás cosas sembradas que se llevaron allá, crecen con admirable brevedad de tiempo: las calabazas, melones, cohombros

y demás cosas de estas, á los treinta y seis días de sembradas, se comen: las lechugas, rábanos, borrajas y demás hortalizas de esa especie, á los quince días; al segundo año de puestas las vides, dicen que han comido dulces uvas; afirman que las cañas de que se saca el azúcar, á los veinte días tienen un codo.

En toda la isla ambos sexos van desnudos, excepto las mujeres violadas, que cubren parte de su cuerpo con ciertas enaguas de algodón. Cada provincia tiene sus reyes. Las casas son redondas, construidas de diversas vigas, cubiertas con hojas de palmas ó con tejido de ciertas yerbas, y están muy defendidas de la lluvia. Las puntas de las vigas, fijas en la tierra, se juntan de tal modo, que se asemejan á los pabellones militares. Hierro no tienen: de ciertas piedras de río forman instrumentos fabriles. Las camas las tienen colgadas, de unas colchas de algodón, atando á las vigas cuerdas de que está prendida la colcha. Tuercen cuerdas de

algodón, ó de ciertas yerbas más resistentes que el esparto. Me llaman de la corte... *Alcalá de Henares, 1.º de Enero de 1495.*

CARTA CLVIII.—*Al Arzobispo de Granada.*

.... De los antípodas cada día se refieren cosas más y más grandes. Dejo á un lado lo de las riquezas, á las cuales tú concedes poca atención. Esperamos que han de venir á la religión cristiana muchos millares de hombres... *Alcalá de Henares, 15 de Enero de 1495.*

CARTA CLX. — *Al Cardenal Bernardino Carvajal.*

.... Han sido mandados diversos pilotos de naves á diversas playas del otro hemisferio ; lo que traigan lo sabrás por mí, si vivo.... *Zaragoza, 11 de Junio de 1495.*

CARTA CLXIV.—*Al mismo.*

.... Desde la Española que el mismo Almirante Colón, autor de tan gran descubrimiento, piensa que

es la mina de oro, Ophir, de Salomon, pasó á otra provincia al Occidente, cuyo principio dista poco trecho del último ángulo de la Española; pues esta región, de anchura desigual, que los indígenas llaman *Cuba*, tiene setenta mil pasos.

Colón fomó el lado meridional de esta tierra: me ha escrito que navegó por sus costas hacia el Occidente setenta días naturales y se volvió á la Española; desembarcó allí y envió á los reyes quien les diera noticias de su regreso. Ha escrito que las costas de aquella tierra hacen mucha curva hacia el Mediodía, de modo que alguna vez se encontró próximo al equinoccio.

Contaba que á mano izquierda había visto innumerables islas. De las costas de esta tierra grande, advierte que desembocan en el mar ríos muy varios, éstos fríos, aquéllos muy calientes, la mayor parte dulces, otros de otro sabor; en la mayor parte de ellos encontró gran abundancia de peces, en otras partes muchas conchas de las cuales

se arrancan las perlas. Dice que pasó por mares casi condensados de tortugas muy grandes; y que navegó por puntos vadeables, algunos más blancos que la leche, y por torrentes entre estrechas gargantas de las islas; y afirma que también por aguas turbias y cenagosas.

Piensa él que por el ámbito de tierra inferior á nosotros ha recorrido la mayor parte del orbe desconocido, y le parece que no le faltaron dos horas solares enteras para llegar al Quersoneso Aureo, meta del límite oriental; pues sabes, Rmo. Purpurado, dominando como dominas todo género de doctrina, que hasta ahora se había dejado por desconocido todo lo que hay por el hemisferio inferior desde nuestro Cádiz hasta el Quersoneso Aureo. Este Almirante, pues, se gloria de haber dado al género humano esta tierra, porque estando oculta la ha descubierto con su industria y su trabajo. Sostiene que esa región es el continente de la India del Ganges.



Que de esto me admire no me lo permite Aristóteles, quien en el libro *De cælo et mundo*, dice que la India no dista mucho de las playas de España, y Séneca y algunos otros. Dice que esta región está muy surtida de puertos semicirculares, y dentro llena de enormes animales, y lo indicaban las huellas de ellos, que podían ver los que bajaban á tierra; y estando en el mar de noche oyeron mugidos horrendos<sup>1</sup>: atestiguaban haber gran plaga.

Por medio de sus intérpretes isleños, cuyo idioma era próximo á los idiomas de esta tierra, aprendió que no se acaba en parte alguna, y así tiene por cierto que es un continente. Pero encontró desnudos también á los habitantes, como lo hemos dicho de los insulares. Contentándose con la excursión de po-

---

<sup>1</sup> No es extraño que en tales circunstancias creyeran cosa del otro mundo el pavoroso bramar del cuguar ó del jaguar, cuyos increíbles rugidos retumban, como dice Maite Brun, desde la desembocadura del río del Norte hasta la otra parte del río de las Amazonas.

cos lugares, por no detenerse, en conformidad al precepto de los Reyes, regresó á la Española, desde donde promete que vendrá pronto á presentarse á los Reyes para dar larga cuenta de los descubrimientos.... *Tortosa, 9 de Agosto de 1495.*

CARTA CLXVIII.—*Al mismo.*

....Del Nuevo Mundo nuestro Almirante Colón ha traído muchas sartas de perlas orientales, de ciertas costas que recorrió al Mediodía hacia el sexto grado del equinoccio. Piensa que estas regiones son contiguas y adherentes á Cuba, de modo que las unas y las otras sean el propio continente de la India gangética; y por estas playas navegó muchos días, y confiesa que no vió el fin ó señal alguna de término.

Dice que los indígenas llaman aquellas regiones *Paria*, muy llena de pueblos. Los habitantes se alimentan de la carne de las conchas de que raen las perlas, con otras viandas. En la mayor parte de los

lugares cubren sus vergüenzas con calzoncillos de algodón, *alibi cucurbitula includunt, alicubi funiculo praeputium, reducto nervo, ligant, ad mictum tantum, aut coitum solvunt*; por lo demás, van también desnudos.

Fué para los nuestros gran prueba de que aquella tierra es continente, que sus bosques á cada paso están llenos de nuestros animales, como ciervos, jabalíes y otros así, y de las aves, patos, ánades y pavos, pero no de varios colores. Dicen que los machos discrepan poco de las hembras. Los habitantes son cazadores sagaces: á cualquier animal le clavan las saetas.

Cambian contentos las perlas por brazaletes, cascabeles, piececitas de vidrio y otros objetos semejantes de comercio. Indicaban que recogerían gran cantidad de perlas, si los nuestros prometían volver.

Estas cosas van con más latitud en los libros que estoy escribiendo solamente de estos descubrimientos... *Burgos, 5 de Octubre de 1496.*

CARTA CLXXVII.—*A su amigo Pomponio.*

.... Escucha lo que cuentan nuestros isleños de la Española, gente desnuda. Los nuestros han vivido bastante tiempo entre ellos antes de que pudieran entender si adoran algo fuera del numen del cielo. Pero ahora, habiendo cierto Remón, ermitaño, como dice el vulgo, tratado más familiarmente con los principales, por mandato del Prefecto marítimo Colón, para que instruyera á los reyezuelos en nuestro rito y les enseñara nuestras costumbres, ha llegado á conocer que la mayor parte de ellos tienen admirable veneración á dos antros, de cuyas profundas cuevas creen como niños que salieron el sol y la luna, y juzgan que eso es mucha verdad.

Otros tienen suma estimación á cierta calabaza, porque fantasean que de ella salió el mar con toda su muchedumbre de peces. Por cuya corriente, aquella tierra, de continente que era, se convirtió en las

islas innumerables que están á la vista, llenándose los valles con el aluvión de aquellas aguas que salían, é inundándose frecuentemente los lugares con su gente y animales <sup>1</sup>.

Otros ensalzan ciertas alhajas de oropel que los reyes se ponen en el pecho, porque cuentan que se las dió al Príncipe primero de la isla una mujer hermosa á la cual, dicen que el Príncipe, habiéndola visto en lo profundo del mar, bajó para juntarse con ella. Pues del origen de los hombres, es hermoso el oír lo que desatinan; pues afirman que nacieron de otras dos cuevas. Paso por alto muchas cosas por no enredarme en estas antiguallas descaminadas; ya lo sabrás algún día por los libros que estoy componiendo de estos descubrimientos.—*Medina del Campo, 13 de Junio de 1497.*

---

<sup>1</sup> Aunque sean ridículos los detalles de esta tradición, que sale también en la carta siguiente, la substancia puede ser un resto de la noticia del diluvio y de la sumersión de la Atlántida.

CARTA CLXXX.—*Al Cardenal de Santa Cruz.*

.... Escucha con más extensión lo que lleva consigo aquella calabaza creadora del mar. Naiba, régulo de la isla, metió antiguamente en una calabacilla las cenizas de un hijo muy amado que le arrebató prematura muerte, y la colgó en el árbol mirobalano para que la tierra no las manchara. Cuentan que, pasados algunos meses, movido por el deseo del hijo, abrió la colgada calabaza para ver las cenizas del hijo. Retírate, purpurado Príncipe, no te traguen los monstruos marinos. Salió al punto, con gran ímpetu de aguas, inmensa muchedumbre de ballenas y pescados enormes que fueron dados al mar, cual semilla de pescados.

Después cuatro jóvenes, según estas niñerías, hermanos gemelos del mismo parto, llevados de la codicia de peces y de la fama del suceso, descolgaron la calabaza, en



ausencia de Naiba, para abrir la tapadera (*ejus particulam*) con objeto de sacar peces. Pero llegando entonces Naiba, por el pasmo soltaron de las manos la calabaza y la quebraron. Cuida no te arramblen las olas; súbete al Esquilino, si estás en Roma, no sea que te ahogues en el diluvio que se viene encima. Por las hendiduras de la calabaza brotan aquellos mares que, saltando las aguas por las cimas de los montes, convirtieron en las innumerables islas que ahora se ven aquellas regiones que hasta entonces eran continentes. Así nuestros isleños cuentan con la mayor cultura, ya que el mar tuvo su origen de la calabaza, ya que su patria, de continente que era, se dividió en varias partes. Anda ahora y persuádate de que lo sabías todo: algo faltaba por lo visto.—*Medina del Campo, 27 de Julio de 1497.*

---

CARTA CXC.—*A los Obispos de Praga y de Pamplona.*

.... Se ha encontrado entre ellos nuevo género de culto de latría. ¿Habéis visto alguna vez pintados en las paredes espectros con cuernos, dientes y rabo, con las manos ganchosas y con la boca abierta para espantar á los hombres? Con algodón tejido construyen simulacros, rellenos también de algodón, que imitan exactamente tales vestiglos. Pues de noche se les aparecen y les imbuyen en los errores en que viven: *zemes* llaman á estos simulacros, de los cuales, dicen desatinando que alcanzan las lluvias, si lluvia necesitan, y días claros si quieren sol.

Piensan que los truenos, los rayos y el granizo los envían los *zemes* irritados, y los *bovitos* que tienen por sacerdotes y varones santos, les inducen á aplacar á los *zemes* con merecidos dones. De éstos tienen machos y hembras: creen que aquellos cohabitan algu-

na vez con las mujeres de los reyes, y que de ellos nacen niños, extendiéndose por la cerviz á los hijos de los reyes cierta hinchazón varia.... <sup>1</sup>. *Alcalá de Henares, 5 de Abril de 1498.*

CARTA CCII.—A *Pomponio Leto, varon eruditísimo.* •

.... Me preguntas qué noticias hay del Nuevo Mundo. Siguiendo al sol nuestros castellanos, avanzan más y más cada día hacia el Occidente: los encuentran á todos desnudos, *sola plerisque in locis cucurbitula, in modum braculae qua membrum ac genitalia includuntur, contentos reperiunt incolas: alii praeputium deducto nervo alligant funiculo, quem nisi mictus aut coitus gratia solvunt*, pero otros llevan calzoncillos enteros de algodón. Encuentran en muchos lugares oro y joyas, pero principalmente perlas.... *Ocaña, 4 de Febrero de 1499.*

---

<sup>1</sup> Pasaje obscuro; en latín dice: *vario Regum filiis quodam per cervicem sparso tumore.*

CARTA DXXXII.—*A Luis Hurtado de Mendoza, hijo del Conde de Tendilla.*

Me preguntas qué hay del Nuevo Mundo.

Cada día se descubren cosas mayores. De cierto vasto territorio que se presenta á los navegantes á la izquierda del estrecho de Hércules, volviendo al Mediodía, ya hice otra vez larga mención. Dijimos además que en aquella tierra hay varias provincias como *Paria, Curiana, Cuchibacoa, Cahuyeto, Laturnia, Caubana, Urabain, Zaboroa, Veragua* y otras muchas.

Recorriendo las costas de aquel gran territorio Cristóbal Colón, primer descubridor de cosa tan grande, y después, emulándole los españoles, hallaron varios ríos, ya caudalosos, ya pequeños y medianos.

Aparte de otros, dieron con uno de tan inmensa latitud que es increíble pueda haberlo en la naturaleza: dicen que tiene más de ochenta millas, y afirman que es

río, no ensenada de mar; que es de agua dulce, que corre al océano y está lleno de islas, y no experimenta interiormente flujo ni reflujo. Navegaron agua arriba con sus carabelas, la mayor parte de ellos cuarenta leguas, y saludaron á diversos reyezuelos de los indígenas, y trabaron amistad con mutuos regalos, aunque al principio trataban aquéllos de rechazar á los huéspedes: llaman á los reyezuelos *chiacones*, y el nombre patrio del río es *Marañón*. La mayor parte de los navegantes colocan la desembocadura de ese río bajo la línea equinoccial, otros más allá de ella: todos confiesan que allí pierden de vista el polo ártico.

Hay por allá gran variedad de lenguas y naciones: de animales, aves, peces y monstruos, diversidad inmensa: son varias las costumbres. En todas partes abunda el oro, así como las perlas, en todas aquellas regiones, cuya mayor parte están bajo la línea equinoccial, otras más acá y otras más allá en

la misma carrera de aquella tierra. Tienen aquellas comarcas mil y mil provincias elíseas y también otras estériles, arenosas y horribles por la naturaleza de su suelo: unas habitadas por caribes ó caníbales, comedores de carnes humanas y que reciben con saetas envenenadas á los huéspedes que allí llegan; otras son de indígenas pacíficos y hospitalarios; allí los árboles en su mayor parte conservan la hoja, y los prados están verdes todo el año.

Sus moradores gozan de primavera nada más y otoño, libres del horrible invierno y del molesto verano. Los que habitan los collados y las orillas de los ríos que de ellos corren, viven felices. En las altas montañas se ven, en alguna parte, nieves perpetuas; pero en los valles profundos, á causa de los rayos del sol que caen de los montes á lo profundo, hace calor, porque, ó están bajo la línea equinoccial ó próximos á ella.

Se han dispuesto en aquella tierra dos colonias, una por Alfon-



so Hojeda en la gran ensenada de Uraba; otra en Veragua por Diego Nicuesa; éste fué á Veragua con una flota de setecientos hombres, y Hojeda á Uraba con cuatrocientos, de quien fué compañero Juan Cosa, egregio y experto naviero de aquellas playas; mas por desgracia perecieron los tres principales y la mayor parte de sus camaradas, acabados con varias desgracias.

Algún día daré á luz libros particulares de estos descubrimientos, que, á juicio mío, son más grandes y dignos de admiración que los descritos por los antiguos cosmógrafos.... *Valladolid, 18 de Diciembre de 1513.*

CARTA DXL. — *A Luis Hurtado de Mendoza.*

Tenemos correos del Nuevo Mundo. Vasco Núñez Balboa, con golpe de gente que con favores tenía á su devoción, contrariando á los magistrados designados por el Rey, usurpó para sí el mando sobre los españoles del Darién, arrojando

al gobernador Nicuesa y encarcelando al bachiller Anciso, que era Pretor de los tribunales.

Balboa emprendió y llevó á cabo una hazaña tan grande, que no solamente alcanzó perdón de Majestad lesa, sino que fué condecorado con títulos honrosos. Entre los habitantes de aquellas tierras era fama que al otro lado de las altas montañas, que tenían delante, había otro mar austral, más rico en margaritas y oro, pero que entre medias había reyes, bravos defensores de sus derechos, y que, por tanto, se necesitaban mil hombres armados para quebrantar el poder de aquellos reyes. Para abrirse paso con el acero por aquellos caminos era enviado Pedro Arias, de quien hablé arriba, con aquel cuerpo de guerreros.

Mientras se preparan en España y se recogen y arman los soldados y se construyen las naves, ese Vasco Núñez Balboa se propuso probar fortuna de tan gran empresa. Juntó ciento noventa hombres de

los darienenses; emprendió el camino el 1.º de Septiembre del año pasado 1513 ; apaciguados los reyezuelos, en parte á fuerza de armas, en parte con halagos y regalos de acá, cruzó los montes y saludó el mar, y quitó á Pedro Arias y á sus compañeros aquel trabajo, y á la vez la fama y la gloria de tamaña empresa. Escriben maravillas; cuando tengamos algo cierto lo sabrás.... *Valladolid, 23 de Julio de 1514.*

CARTA DXLV.—*A Luis Hurtado de Mendoza.*

....Del Nuevo Mundo se cuenta que los habitantes del Darién están enfermos la mayor parte por haber tomado asiento los primeros en la orilla del cenagoso Darién, rodeados de montes, estando próximos al equinoccio pues sólo distan siete grados, por lo cual les caen los rayos del sol de mediodía casi perpendiculares de las montañas á las honduras.

¡ Oh si hubieran escogido las

cumbres de los collados ó las laderas de los montes, donde los vientos hicieran soplar el aire en la proximidad de alguna cristalina fuente ó río! Elíseas son las tierras aquellas, particularmente si miran al océano. La necesidad les obligó ó establecerse allí los primeros; pues habiendo arribado, hallaron una población rica y llena de provisiones del país. Arrojado por fuerza de armas Cemaco, régulo del territorio, ocupáronle ellos y nunca pensaron en mudar de sitio.... *Medina del Campo, 31 de Diciembre 1514.*

CARTA DXLVII.-- *A Luis Hurtado de Mendoza.*

..... Del Nuevo Mundo escriben que Pedro Arias envió al mar austral á su familiar Gaspar Morales, porque se encaminaba á la isla que desde la costa vió Vasco Núñez Balboa, primer descubridor de aquel mar, pero no la visitó por lo tempestuoso del tiempo; en la cual los reyezuelos del próximo continente habían afirmado que abun-

dan las perlas. Fué y debeló con las armas al reyezuelo de la isla, que se resistía. Llevaba Gaspar un escuadrón de cien infantes armados: contra un cacique inerme aunque feroz, no fué menester mucho trabajo. El reyezuelo ablandado recibió con hospitalidad á los nuestros. Hablan de atrios y casas dignas de un rey: es una isla felicísima en árboles y frutos, en animales silvestres y aves. Se llevó una perla tan grande como una nuez mediana, la cual, puesta á subasta entre los darienenses, se vendió en precio de mil doscientos castellanos<sup>1</sup>.—*Aranda de Duero, 15 de Abril de 1515.*

CARTA DLX.—*Al marqués de Mondéjar.*

..... El día de San Miguel, el Sumo Pontífice leyó él mismo, á su hermana y á la mayor parte de los Cardenales que había convidado, ciertos *libritos* salidos de mi escritorio *acerca del Nuevo Mundo*,

---

<sup>1</sup> El castellano valia de catorce á quince reales.

con sumas alabanzas de mí por haber tomado este empeño para que tan preclaros descubrimientos no caigan en las fauces rapaces del olvido.

Del Nuevo Mundo nos llegan grandes cosas, y se esperan mayores cada día. Pedro Arias envió á la isla rica del mar austral, recientemente descubierta por Vasco Núñez, á Gaspar Morales, familiar del mismo Pedro Arias, con setenta infantes: fué, peleó cuatro veces con el reyezuelo y pactaron amistad, pidiéndola los vecinos. Allí pasaron muy bien algunos días; pues abunda en liebres y conejos y demás cuadrúpedos silvestres la isla que con razón se llama rica. Obligáronse con mutuos dones, con nuestras piezas de vidrio y cascabeles, y acaso también regalaron alguna segur al reyezuelo, el cual, compensando unos dones con otros, regaló á los nuestros ciento diez libras, de á ocho onzas cada libra, de perlas, y de buen grado se hizo tributario á nuestro Rey de cien li-



bras de perlas por año. Esto de las perlas sobrepuja á la fama.

También diversos capitanes (*centuriones*) se repartieron por diversas regiones de aquella tierra para indagar: lo que traigan lo sabrás.

Dicen que el aire del Darién se ha vuelto saludable, porque han talado los bosques y selvas que daban sombra al pueblo: la espesura de los árboles tenía el valle demasiado ahogado y opaco, y no podían entrar los vientos que purificaran el aire. — *Madrid, 1.º de Diciembre de 1515.*

CARTA DLXI.—*Al Marqués de Vélez.*

.... Los darienenses enviaron del Nuevo Mundo por mensajero á Enrique Colmenares, de quien hablé otra vez, á pedir insignias, por las cuales conozca la posteridad que los primeros habitantes de aquella tierra merecieron títulos honoríficos. El Rey les honró con escudo, que tiene un castillo dorado en campo verde, y en él pintados, á la derecha un león y á la izquierda

un tigre que sostienen el escudo, el cual va rodeado con cuatro hacecillos de saetas y otros cuatro de arcos.... *Plasencia, 12 de Diciembre de 1515.*

CARTA DLXII.—*Al Papa León X.*

.... Habiendo visto ciertos escritos míos acerca del Nuevo Mundo Galeato Butrigario, Embajador de Vuestra Santidad, y Juan Cursio, que lo es de la república florentina, me hicieron entender que agradecerían á Vuestra Santidad si llegaran á sus manos. Por consejo de ellos volví á tomar la pluma, que se había hecho perezosa por faltar quien me estimulara á coleccionarlos. Las primicias de mi pequeño campo iban para Vos, Vicario de San Pedro en la tierra, á quien se deben los diezmos y primicias de todas las cosas; pero las interceptó el francés junto con los caminantes portadores de ellas. Vuestra Santidad recibió otros en vez de aquellos por medio de mi familiar, el licenciado Aguiniga, á quien tengo

ahí á mis expensas contra litigantes perturbadores de la curia de Vuestra Santidad.

Se me ha referido que Vuestra Santidad por sí mismo lo leyó todo de sobremesa, con apacible aspecto, hasta cansarse, en presencia de la mayor parte de los Cardenales y de su amada hermana. A pesar de que Vuestra Santidad no fué generoso conmigo, desestimando la petición que el Rey Católico hacía para mí en la súplica de las reservas, complaciéndome, sin embargo, de la noticia, saqué de los escondrijos de mi escritorio los borradores de aquella cosas, los hice transcribir, y para que se librasen de ser injustamente interceptados, y para que más latamente corran estas cosas, que son nuevas y dignas de admiración, permití que se imprimieran, persuadiéndomelo con muchas instancias Antonio Nebrija, español, varón erudito, que estudió en Bolonia <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Por espacio de diez años.

Si en esto que de mi oficina sale se encuentra algo que sepa bien al gusto de los doctos, débense las gracias á Vuestra Beatitud, por cuya causa me tomé este trabajo, aunque el principio de estas cosas, esto es, la primera de las tres Décadas, haya tenido diversos promovedores, exigiéndolo así el curso de los tiempos.

Va para Vuestra Santidad mi *Legatio Babylonica*, precedida de una prefación, por la cual entenderá si el talento que me ha sido concedido en nuestra Religión lo he enterrado ó lo he duplicado. Páselo bien Vuestra Santidad, ante cuyos sagrados pies, postrado con el ánimo, si no puedo con el cuerpo, protesto serle perpetuamente sumiso.

De la mala salud del Rey Católico nada escribo, porque entiendo que el Reverendísimo Arzobispo de Cosenza, Legado de Vuestra Sede Apostólica, se lo comunicará todo por extenso.... De *Guadalupe*, 26 de Diciembre de 1515.

CARTA DCXXXIV.—*A los Marqueses de Vélez y de Mondéjar (discípulos suyos).*

....De las Indias y de las islas próximas al existimado continente se traen con frecuencia perlas preciosas. ¿Pero qué provecho saca el Rey ó los españoles, autores de tan gran descubrimiento? Antes de que tomen tierra en las costas españolas, las olfatean estos regios disipadores como todo lo demás que sale del mar: todos los lugares de estos reinos están llenos de perros de caza en contra de los españoles <sup>1</sup>.

No pulula cosa alguna de que puedan sacarse riquezas, sin que acudan mil satélites que ya han aprendido la maña, y se lo dicen á los franceses y belgas para que saquen también su parte. El que primero acude al Rey, es el primero que agarra la presa: con más facilidad da el Rey cuanto le piden, que ellos se atreven á pedir. La

---

<sup>1</sup> El contexto da este sentido á la palabra *Hispanis*: la censura va contra los flamencos.

vieja de Xebres <sup>1</sup>, tan pronto como lo supo arrebató sesenta libras de perlas, libras de á ocho onzas, otros dicen que más. Pero da rabia de oír cómo ya los que á ellos les compran lo sacro y lo profano escupen hasta la moneda si á los ducados dobles y cuádruples se mezcla algún sencillo, principalmente si es antiguo, con los hermosos y brillantes, como ellos charlan jocosa é insolentemente....—*Lérida, 30 de Enero de 1519.*

CARTA DCL.—*A los Marqueses.*

Escribí en otra ocasión que Diego Velázquez, pro-gobernador de Cuba, envió soldados al mando de Hernando Cortés á las nuevas tierras descubiertas, Olloa, Yucatán y Cozumela. Viendo éstos que las tierras que ocuparon abundaban de oro, plata y joyas varias, determinaron establecerse allí y fundar una colonia, sin hacer mención alguna del Vicegobernador, Diego

---

<sup>1</sup> La esposa del señor de Xebres, tutor de Carlos V, que tenía entonces dieciocho años.



Velázquez. que los había enviado. Se repartieron entre sí los cargos de autoridad, acomodando el régimen á la situación del lugar y el pueblo. Enviaron mensajeros al Rey. Hélos con muy grandes dones de oro y plata y plumaje de diversas aves, elaborados con arte maravillosa, y obtenidos de los caciques por común acuerdo y permuta de cosas nuestras.

Maravillas se cuentan de aquellas tierras, en particular acerca de víctimas humanas. Pienso escribir comentarios particulares sobre las cosas de aquellas regiones. Tras pasaría los límites de una carta si quisiera hablar al presente de la grandeza de aquellas ciudades, del orden de las calles y las plazas, de las leyes, libros y demás modos de vivir. Escribo con el sombrero puesto (como si dijera, con el pie en el estribo) : salgo para Valencia. Pasadlo bien.—*Barcelona, 1.º de Diciembre de 1519.*

---

CARTA DCLXV.—*A los Marqueses.*

..... De las Indias nos han traído para el Rey muchos dones y preciosos de Coloaca, Olloa y Cozumela, donde, según dije otra vez, viven con leyes y civilidad, aunque no comercian con dinero. Hemos visto dos ruedas, una de oro y otra de plata, hechas con igual circunferencia redonda de veintiocho palmitos, elaboradas maravillosamente. Han traído también otras joyas innumerables, y vestidos y cobertores, escritos y yelmos y pieles de diversos animales y de varias aves que nosotros no conocemos, las cuales sería pesado el nombrar. Algún día sabréis particularmente de estas cosas en otro volumen que se unirá á mis tres Décadas del Nuevo Mundo.... *En el revuelto* <sup>1</sup>. *Valladolid, 14 de Marzo de 1520.*

---

<sup>1</sup> Lo dice por las agitaciones de los Comuneros de Castilla.

CARTA DCCXV.—*Al Gran Canciller.*

.... Cerraré esta larga carta con las noticias recientes de nuestras Indias oceánicas. Se dice que han llegado á Sevilla naves del Occidente meridional de la isla de Cuba, que se llama Fernandina. Cuentan que ha encontrado ciudades fortificadas, y gentes vestidas y adornadas, cuyos templos muy grandes y las casas están magníficamente construidas con cal y piedras. Cuando vengan, lo sabrás en particular. Pásalo bien.... *Valladolid, 6 de Marzo de 1521.*

CARTA DCCXVII.—*A los Marqueses.*

.... He aquí las noticias que tenemos de las Indias. El Cardenal gobernador escribe al Rey lo siguiente, que yo os pongo á vosotros, y por tanto llegará pronto á manos del Gran Canciller. Los españoles, siguiendo desde la Isla de Cuba que se llama Fernandina al Occidente, con alguna inclinación al Mediodía por las costas de Yucatán,

que antes habían recorrido, encontraron en lo interior de aquella tierra un lago salado que dista del mar más de sesenta leguas á modo del mar Caspio ó del Hircano, pero mucho mayor, pues dicen que la dicha laguna tiene casi setenta leguas de circunferencia. Tiene flujo y reflujo según las alternativas del océano, y no se entiende por dónde se vuelve el agua: desaguan en ese lago muchos ríos; dicen que esa laguna está llena de peces y de aves acuáticas.

En medio de ella está fundada una ciudad, que en su nombre se llama Tenustitan, alias Méjico, que los nuestros, poniéndole nombre nuevo, han llamado Venecia la Rica, cuyo rey es potentísimo y se apellida Muteczumá, pronunciando aguda la última sílaba. Dicen que la ciudad consta de cincuenta mil casas; muchos añaden otra mitad de este número. Es increíble lo que se refiere de los edificios, comercios y número de habitantes de esta ciudad y sus circunvecinas. Las ca-

sas son todas de piedra. En ella hay muchos atrios de príncipes, porque á este rey Mutezumá le obedece gran muchedumbre de próceres, que en ciertos tiempos del año tienen obligación de asistir al rey, y todos sus hijos los envían desde niños para que se eduquen en el palacio real.

Están muy diseminadas las tierras que obedecen á este rey. Rodean la laguna otras seis ciudades fortificadas y cuyas casas son igualmente de piedra, parte en agua, parte en seco; cinco mil ó seis mil casas, desde las cuales están circulando perpetuamente navecillas de un solo madero á la misma ciudad principal, conduciendo á ella sus productos y llevándose á su patria alguna cosa peregrina, como entre nosotros á cada paso vemos que se hace de las villas y campos á las ciudades y poblaciones vecinas.

Tienen plazas muy espaciosas, rodeadas de pórticos donde hay construidas muchas tiendas de comercio. Celebran mercados y ferias,

á las que se dice que concurren sesenta ó setenta mil hombres, á causa de sus negocios, tres veces á la semana. Cuáles son las mercancías en que tratan, sería largo de contar : oid, sin embargo, la mayor parte. Sus vestidos y muebles de las casas, tapices y adornos, son de *gosampio*, que el vulgo italiano llama bombaso, y en español algodón. Carecen de seda y de lana, porque no consiguen ovejas, ni tienen bueyes ni cabras. Comen caza, aves y pescado. Pintan el algodón con maravillosos colores y tejen primorosamente las telas. Los frutos de la provincia son innumerables, las hortalizas varias y desemejantes á las nuestras.

Usan la moneda, no de metal, sino de nuececillas de ciertos árboles, parecidas á la almendra, que se crían en pocos lugares, resguardados por ejemplo y acuosos. Para criar estos árboles se necesita suma diligencia, y duran pocos años : se planta este árbol bajo la sombra de otro alto, para que mientras es tier-



no no le seque el sol del verano ó le rompan atroces tempestades, como se cuida al niño en el gremio de su nodriza: así este árbol crece bajo la tutela de otro; pero cuando ya se ha endurecido, el árbol nodriza se arranca ó se corta para que el otro pueda ya disfrutar del espíritu aéreo y solar, y sus raíces puedan extenderse en la tierra vecina; mas el trato de las mercancías más preciosas se hace por permuta recíproca.

Pero oid lo útil que es esta nuececita monetaria: no es comestible aunque sí tiene meollo, porque tiene un gusto amarguillo y porque, cuando es tierna, se maja como la almendra sin cáscara, y con ese majado se hace un vino noble que sólo usan los príncipes; pero la plebe y el pueblo usan un vino que se hace de los granos y frutos del maíz. Los figoneros venden comidas asadas y cocidas. Aquella tierra cría ciervos, liebres, conejos, jabalíes y rebaños, además de otros cuadrúpedos desconocidos para nosotros.

De la grandeza de los templos, de su culto y ornato, se refieren cosas maravillosas. En ellos tienen simulacros á los cuales ofrecen sacrificios de carne humana, como en otra ocasión hemos dicho que se hace por aquellas tierras. A diversas estatuas de dioses inmolan con efecto vario. A éste por las cosechas, á aquél por la salud, á otro por la victoria, si hay que venir á las manos con los enemigos en la guerra; pero al de las cosechas le hacen sacrificios en ciertos tiempos del año, principalmente al tiempo de la siembra, luego en el de la granazón por temor de las granizadas; finalmente, poco antes de la siega.

De estos descubrimientos estoy componiendo libros particulares que se han de juntar á las Décadas del Nuevo Nundo que habéis visto. Entonces conoceréis estas cosas con más extensión: ahora pasadlo bien. —*De Valladolid, á 7 de Marzo de 1521.*

---

CARTA DCCLXIII.—*Al Arzobispo de  
Cosenza.*

..... Ha llegado la flotilla de las Indias. Viste en Valladolid aquellos regalos preciosos traídos para el César y elaborados de admirable manera, y admiraste la agudeza de aquellos hombres. Supiste también lo de aquella gran ciudad lacustre tenustitana y de su rey Muteczumá, muy poderoso señor de muchos reinos y próceres, al cual contra la voluntad de él tenía consigo Hernán Cortés, investigador de aquellas tierras; finalmente, cómo los nuestros fueron maltratados por los bárbaros y arrojados y asesinados en su mayor parte (esa provincia se ha recobrado poco ha por la fuerza de las armas, aunque con auxilio de los pueblos vecinos enemigos del rey Muteczumá).

Estoy arreglando acerca de estas cosas una Década particular, que seguirá á las mías antiguas. Basta de esto. A la hora en que estoy escribiendo esto, llega corriendo y

jadeante á los Gobernadores un mensajero diciendo que la armada del César ha sido vista desde los promontorios marítimos: pronto se sabrá la verdad de esta noticia. El Pontífice se está preparando para marchar hacia vosotros <sup>1</sup>. Pásalo bien.—*Vitoria, 14 de Julio de 1522.*

CARTA DCCLXX.—*A los Marqueses.*

..... Vamos á otra cosa. Me parece que visteis sucintamente lo de las islas que crían aromas, descubiertas por los castellanos. Este asunto le roe las entrañas al rey de Portugal; dice éste que son los suburbios de Malaca, que la mayor parte juzgan ser el Quersoneso Aureo, por cuanto están vecinas y de allí van á las ferias de Malaca por los comercios de las islas. El César alegrará la manutención de la cosa poseída. El rey de Portugal argüirá que están dentro de los límites que le señaló el Pontífice Alejan-

---

<sup>1</sup> Adriano VI, preceptor de Carlos V, que, hallándose en Vitoria, fué elegido Papa el 9 de Enero de 1522.

dro. Habrá cuestión: así como la latitud de los grados es fácil, así la longitud es difícil; se cuestionará y tarde se acabará; no se atenderán en asunto de tanta importancia á las argucias de los leguleyos, ni á la profundidad de las réplicas: sus cavilaciones son telarañas.

Pero cómo en tres años una flotilla, de la cual pienso tenéis noticia, ha dado vuelta á todo el paralelo, volviendo siempre las proas á sol poniente hasta que una de ellas volvió al Oriente cargada de especias, y en esa vuelta encontró que le había faltado un día, dos cosas que parecerán imposibles á los entendimientos débiles, lo veréis algúndía en la narracióndeese suceso exactamente discutida. Pues estoy formando la Década cuarta, sucesiva continuadora de las tres mías del Nuevo Mundo que ya se dieron á luz por la industria de los calcógrafos, la cual he de dirigir al Pontífice acerca de estas cosas nuevas. Por ahora basta. Pasadlo bien.—  
*Valladolid, 4 de Noviembre de 1522.*

CARTA DCCLXXI.—*Al Arzobispo de  
Cosenza.*

.... Oye ahora cosas agradables. Han arribado á las islas Casitérides, vulgo Azores, de los portugueses, tres naves de Hernán Cortés, conquistador del Yucatán y de otros orbes novísimos. De los tesoros de aquellas islas, y principalmente de los adornos y vestiduras consagradas á sus dioses, cuán diferentes son de las que viste en Valladolid enviadas por el mismo, hablan entusiasmados: las aventajan inmensamente en precio y hermosura, según dicen los que han venido en una de las tres naves; pues las otras dos, por miedo á los piratas franceses, se quedaron en las dichas islas. Se atreven á decir que aquéllas traen por valor de ochocientos mil ducados. Esperan, pues, hasta que para traerlas se envíe de Sevilla otra armada que se ha mandado aparejar; pues hemos sido aleccionados con un ejemplo molestísimo, que nos hará más vi-



gilantes, como no sea que nos ciegue la fortuna. Porque el año anterior, cierto Florín, pirata francés, robó una nave que venía de la Española con ochenta mil dracmas de oro, seiscientas libras octunciales de perlas y dos mil robos de azúcar<sup>1</sup>.

Como capitán de estas tres naves viene Juan Ribera, secretario de Hernán Cortés, que le envía: el cual, en nombre de su amo Hernán Cortés, ha de dar al César la mitad de aquellos regalos; la otra mitad se la darán al César otros dos procuradores en nombre de los magistrados y soldados de aquellas tierras. Estos dos quedan con las naves. Juan Ribera se propuso probar fortuna con una de aquellas tres, y ha salido bien. Lo que traiga lo sabrás en otra ocasión, pues todavía no ha abierto las cajas que trae, pero suyas: al Rey no le trae nada él.

En esas tres naves traían tres ti-

---

<sup>1</sup> Mas de mil faegas.

gres, cada uno en su jaula, criados desde pequeños. Con la violencia de las tempestades en el vasto océano, una de las jaulas se abrió un poco de noche. El tigre sacudió las tablas con sumo ímpetu, y se salió no menos furioso contra los hombres que si jamás hubiera visto hombre ninguno. De un golpe hirió crudamente á cinco hombres, con quien topó. Despertándose los compañeros, hieren al cuadrúpedo con las lanzas, lo persiguen y arrojan al mar. Para que no suceda lo mismo alancearon en la jaula al segundo. Traen pues sólo un tigre, el cual quiera Dios que con las demás cosas no caiga entre las uñas de los piratas; pues ya con aquella presa se han aficionado demasiado, y con ella han adquirido tantas fuerzas que ya no podemos navegar con seguridad por nuestro océano.

De estas cosas hablaré con más extensión alguna vez, supuesto que agradan á la Corte romana mis narraciones de los nuevos orbes

marinos que, hasta el presente, han estado ocultos, cual sumergidos en el océano.... *Valladolid, 19 de Noviembre de 1522.*

CARTA DCCLXXIX.—*Al Arzobispo de Cosenza.*

.... Otra mala noticia han traído en este mismo día. Escribí otra vez que de tres naves que Hernán Cortés enviaba con inmensos tesoros de las tierras extremas, se guardaron dos por miedo á los piratas en las Casitérides, islas de las Azores, hasta que se enviase una nueva armada para conducir las, y fué enviada para escoltarlas una flotilla de tres carabelas. De nada aprovechó: atacada la misma capitana de las dos, cayó en manos de Juan Florín, ladrón francés, cargada con aquellas cosas preciosas; la otra escapó con sólo una caja de las doce muy grandes que llevaba, y con el un tigre de que arriba hice mención.

Estas pocas cosas que se han librado aventajan inmensamente, ya

en valor , ya en elegancia de las vestiduras , á los dones que viste antes de que el César se fuera de Valladolid á Galicia para volver á Bélgica. Y no es de admirar: aquello era de pueblos provinciales; éstas otras cosas se han traído del tesoro de aquel gran rey Muteczumá y de los demás próceres del atrio, y de sus egregios templos. Lo que se ha perdido en este asalto excede el valor de seiscientos mil ducados, según cuentan los que manejaron aquellas cosas. Había inmensa abundancia de oro en pepitas, y las vestiduras dedicadas á sus dioses estaban aderezadas con mucho oro.

Para que las vieran el embajador de Venecia y muchos nobles, les conduje al hospedaje de los que tienen á su cuidado la caja hasta que le sea ofrecida al César. Qué tales fueran las demás cosas perdidas, dánlo á entender éstas. Admiraron su hermosura y valor, y las imágenes labradas con arte maravilloso y las figuras en-

tretejidas de todas las flores, yerbas, animales, lazos y aves.

Estas cosas son una gran prueba de que aquellos pueblos tienen civilidad, y son de ingenio agudo é industriosos..... *Valladolid, 11 de Junio de 1523.*

CARTA DCCLXXXII.—*Al Sumo Pontífice Adriano VI.*

..... El otro pergamino me manda que prosiga escribiendo cuanto, después de haber marchado de estos reinos Vuestra Beatitud, los españoles han podido descubrir en el preñado seno del Océano. Me tomaré gustoso este trabajo.

Dentro de poco saldrán de mi escritorio otras tres Décadas á más de las impresas, que llevarán al frente el nombre de Vuestra Beatitud; pues los españoles han dado vuelta al paralelo entero y encontrado las islas que crían los aromas, y hemos recobrado para nuestro César aquella inmensa ciudad de la laguna Tenustitana con amplísimas regiones nuevas. Lo demás lo dirá

el Arzobispo de Cosenza, que es el ojo derecho de Vuestro Pontificado. Páselo bien Vuestra Beatitud, ante cuyos sagrados pies postrado me encomiendo humildemente. — *Valladolid, 13 de Agosto de 1523.*

CARTA DCCXCVII.—*Al Arzobispo de Cosenza.*

Tenemos naves de las Indias, del pueblo Panamá y de la isla en nombre y realidad rica, porque es fecunda en perlas. Gil González, varón de claro linaje, escribe que ha recorrido seiscientas leguas hacia el Occidente en el lado austral del que se juzga continente.

Son ciertamente grandes y dignas de los Sumos Pontífices las particularidades que cuenta de los descubrimientos de esta navegación, que tú podrás manifestar al Sumo Pontífice, supuesto que dices que Su Beatitud lo desea después de haber visto lo que escribí á su predecesor Adriano y llegó tarde, encontrándole muerto.

Ahora volvamos al lado septen-



trional de este supuesto continente. El Panuco es un gran río navegable, hallado recientemente por los nuestros, que dista unas sesenta leguas de la vasta ciudad Tenustitana de la laguna. Francisco Garay, gobernador de Jamaica, insta que quiere fundar en sus márgenes una colonia. Ha impetrado del César permiso de erigirla y, lo que es más, se le ha permitido que se llame eternamente aquella región Garayana de Panuco. Nos parece que esto ha de ser molesto para Hernán Cortés, vencedor del gran imperio Tenustitano; tememos que de aquí resulte algún perjuicio: el tiempo lo dirá.

Por otra parte, has de saber que después de haber llegado cargada de especias la nave *Victoria*, que dió vuelta al mundo (de lo cual viste una relación particular dirigida á Adriano, y la ha visto el Pontífice, su sucesor), se ha dispuesto que se prepare otra nueva armada para el mismo viaje, á fin de que la comenzada posesión se mantenga y frecuente.

Esto le perjudica al rey de Portugal; por eso le sabe malo y pide que se difiera la ejecución de este proyecto. Arguye que le pertenece á él.

El César ha mandado que se le oiga. Los gastos de la armada son enormes, y la dilación perjudicial. Pero á pesar de eso se suspende.

En la ciudad de Badajoz, que cierra los límites de Portugal con los reinos de Castilla, ha habido una junta de veinticuatro castellanos y otros tantos portugueses, todos sabios y peritos en cosas de mar. Se discutió largamente, y se pusieron silogismos por ambas partes. El último día del pasado Marzo fué el término que el César señaló á sus jueces y á la conferencia; así ha terminado.

Volviéronse los nuestros sin haberse convenido: ellos dicen que probaron con suficiente claridad que pertenece al César, por cuanto aquellas islas estaban fuera de la línea que concedió Alejandro VI, Pontífi-

ce Máximo: por el contrario, los portugueses argüían que están dentro de sus límites.

A ellos les convenía alargar la discusión, á nosotros cortarla. Regresaron los portugueses cabizbajos y tristes: casi insinuaron, medio amenazando, que se defenderían con las armas si no valían los argumentos. Basta de esto por ahora.....—*Burgos, 16 de Junio de 1524.*

CARTA DCCC.—*Al Arzobispo de Cosenza.*

..... Enviamos á cierto varón, perito en el arte de mar, que se llama Esteban Gómez, con una sola nave, vulgo carabela. Salió de la Coruña para buscar un pasaje entre tierra Florida y Bacalaos. Dice que encontrará allí á Catay. Vaya con buena suerte. Se prepara la armada de Moluca: algunos piensan que se dará á la vela en el mes de Agosto. Yo creo que ni en Enero, porque no sé que estén tan dispuestas las naves, ni reunidas las cosas necesarias para semejante viaje. Irá,

sin embargo, con la ayuda de Dios, sin tener para nada en cuenta á los portugueses en negocio de tanta monta.

El César me ha presentado para la Prelatura abacial de la isla felicísima de Jamaica, con nuevo nombre de Santiago. La llamo felicísima, porque allí todo el año es el día casi igual á la noche, porque allí no se siente el hórrido verano ni el rígido invierno, porque goza perpetuamente de primavera y otoño; dista de la equinoccial nada mas que dieciséis grados, y en algunas partes menos. Recibid las cartas suplicatorias del César para el Pontífice. Despachad las Bulas.

Pero sabed otra cosa en esto. Volviendo á presentarme al César para darle las gracias, añadí...: «Prometo emplear las rentas íntegras del primer año, sin deducir los gastos, en levantar el templo de la abadía: piadoso es el César, piadosa es la obra; ejercita en este caso tu piedad como sueles en otros; abra también la mano Vuestra Ma-

jestad.» Se sonrió, y mandó que se diera otro tanto del real fisco. Le sacaré más algún día, cuando ya se haya comenzado la obra. Para ésta mandaré alguno de mis familiares. Lo que vaya sucediendo lo sabrás.

..... El César ha renovado el Senado de las Indias, escogiendo personas desligadas de otros negocios. Príncipe del Senado, que los españoles llaman Presidente, ha hecho al Obispo de Osma, su confesor. De colegas ha añadido : el Obispo de Canarias, dos jurisconsultos, conocidos tuyos, ambos doctores en Jurisprudencia, Beltrán y Maldonado ; y yo que con su cesárea cédula manda lo sea.

Vamos á otra cosa. Ha venido mensajero del rey de Portugal. Se queja de que Florín, pirata francés, le ha robado á su Rey una nave que venía de Indias, la cual traía joyas y aromas por valor de ciento ochenta mil ducados... — *Valladolid, 3 de Agosto de 1524.*

---

CARTA DCCCII.—*Al Arzobispo  
de Cosenza.*

..... Han llegado cuatro naves. Recibimos de la Española cartas del Senado que da leyes por allá. Lo que toca á la administración de justicia queda aparte.

Escriben que cierto capitán enviado por Cortés, y llamado Cristóbal Olite, arribó á Cuba, alias la isla Fernandina, desde Nueva España, y del lado de Hernán Cortés, conquistador de aquellas tierras. Dicen que lleva mandato de Cortés de pasar desde allí á la costa del existimado continente, llamado Figueras, ya conocido, y de fundar allí una colonia. Lleva consigo cuatrocientos infantes y treinta jinetes. Al mismo punto va Gil González, Prefecto regio. Cuentan que también Pedro Arias, Gobernador del que se tiene por continente, y de la Castilla del Oro envía tropas al mismo lugar. Todos esperan encontrar allí el deseado estrecho. Tememos que, si se encuentran, se



combatan mutuamente, como acostumbran, porque no sufren asociación. Al Senado de la Española se le da potestad amplísima para que vaya á la mano á los ánimos acalorados.

De este Olite procede cierta noticia funesta. Dije en otra ocasión que Francisco Garay, gobernador de Jamaica, mi esposa <sup>1</sup>, siempre estuvo pensando en fundar una colonia á la orilla del gran río Panuco. Había juntado fuerza de setecientos infantes con ciento cuarenta y cuatro de á caballo, dejando para otros tiempos largos rodeos. ¡Mira! Con esa tropa fué Garay. Este Olite, deteniéndose en la Isla de Cuba, dijo que Garay había sido derrotado, y que luego murió en poder de Cortés. Los Senadores de la Española escribieron al nuestro Real, digo, al Senado de los Indias, que lo han sabido por este rumor incierto. Cuando lo sepamos más claramente, os lo diré.

---

<sup>1</sup> Alude á que Carlos V le ha propuesto para aquella mitra.

Este año se presenta malo para las cosas de la India, en particular para los Obispos. A más de las sediciones de los jefes, que estamos temiendo, han muerto muchos Obispos. Nuestro italiano Alejandro Geraldino fué arrebatado por la muerte en su Sede episcopal de Santo Domingo y la Concepción de la Española. También ha muerto otro del que se tiene por continente, y el Prior de Mejorada, designado para las dos Sedes episcopales, Santo Domingo y la Concepción de la Española; no quiso esperar vuestros diplomas pontificios con sello de plomo (las Bulas) : mientras se preparaba allí la expedición, atacado de disentería entregó su alma, mansa y próbida como era.

También ha ocurrido otra adversidad. De la desembocadura del Betis había zarpado una flota de doce naves, que había de ir á las Indias; acosada por la fuerza de las tempestades, se vió en la precisión de tirar al mar, para aligerarse, gran parte de su costoso cargamen-

to, y de volverse al puerto de donde había salido. Por fin se dió otra vez á la vela, y con viento en popa prosigue el emprendido viaje.—*Valladolid, 18 de Noviembre de 1524.*

CARTA DCCCIII.—*A los Marqueses.*

He recibido del Pontífice Clemente un diploma de pergamino con el sello de la navecilla (un Breve) que comprende dos partes: la una de alabanzas, porque he escrito lo del Nuevo Mundo; la otra de exhortaciones para que siga escribiendo. Obedeceré, no sea que me excomulguen.....—*Madrid, 1.º de Enero de 1524.*

CARTA DCCCVI.—*Al Arzobispo de Cosenza.*

..... Pasemos á hablar de los indios. Nos han llegado de la Española tres embarcaciones cargadas de panes de azúcar y pieles de buey, los cuales abundan ya tanto en las islas que no saben qué hacer con ellos. Traen también otras mercancías.

Santiago Velázquez, gobernador de la Fernandina, que es Cuba, el cual superaba en riquezas al opulento Craso, ha muerto en más miseria que Codro y en la mayor pobreza. Consumió inmensos tesoros en construir nuevas flotas para descubrir nuevos territorios y quebrantar la fortuna de Hernán Cortés. Todo en vano, pues Cortés le aventaja en talento. También ha muerto en poder del mismo Cortés Francisco Garay, Gobernador por mucho tiempo de Jamaica, mi esposa. También éste por codicia de nuevas tierras se arruinó, y, finalmente, reducido á estado calamitoso, murió calamitosamente.

Esto va con más extensión en las cosas particulares de Indias, acerca de las cuales recibiréis dos Décadas dentro de poco tiempo, dirigida la una al Duque de Milán y al Pontífice la otra.

Oye ahora lo que pasa entre nosotros. Acerca de la libertad de los indios hay varias opiniones, que se han discutido mucho, y hasta el

presente nada se ha encontrado ha-  
cedero. El derecho natural y el  
pontificio mandan que el linaje hu-  
mano sea todo libre; el derecho im-  
perial distingue; el uso tiene algu-  
nos sentimientos adversos; por lar-  
ga experiencia juzga conveniente  
que sean siervos y no libres, por-  
que de su natural son propensos á  
vicios abominables; faltos de guías  
y tutores, de seguida vuelven á  
errores obscenos. Hemos llamado á  
nuestro Senado de Indias á bicolo-  
res frailes Dominicos y descalzos  
Franciscanos que han estado mu-  
cho tiempo en aquellas partes, y  
les hemos consultado su parecer:  
dijeron resueltamente que no hay  
mayor yerro que el dejarlos libres.

Con más extensión irán estas co-  
sas y las que sobrevengan en mis  
libros particulares. Por ahora bas-  
ta.—*Madrid, 22 de Febrero 1525.*

CARTA DCCCIX.—*Al Arzobispo de  
Cosenza.*

.... De la nueva España, conquis-  
tada recientemente por Cortés, han

llegado á las islas Caritérides dos naves cargadas de tesoros. Una de ellas, dejando allí los tesoros, determinó probar fortuna y se ha librado de la rabia de los piratas salteadores. En ésta ha sido conducido Lopico, discípulo mío desde su tierna edad, á quien desde niño amaste, pero ahora ya es un hombre con barbas: el cual poco después de tu partida, con gustoso permiso mío, excitado con oír cosas nuevas, había marchado á aquellas regiones con el capitán Rodrigo Arborno, enviado por el Rey con el cargo de Contador.

Traen tesoros, y un tigre criado en jaula desde pequeño, y una culebrina que corría fama de que era dorada. Lopico escribe que no era tanto, sino que tiene ligero matiz dorado; no ha llegado aún. De Sevilla se vendrá á nosotros y sabremos muchas cosas ... *Madrid, 4 de Marzo de 1525 (día en que suponemos se ha empeñado la batalla en los campos de Pavía).*



CARTA DCCCXI.—*Al Arzobispo de  
Cosenza.*

De nosotros á las Indias y de las Indias á nosotros, es más frecuente el ir y venir de flotas que el de los borricos de carga de unas ferias á otras. El veintiséis de Abril se dió á la vela una armada de veinticuatro naves. En ella va Juan Mendigorria, cántabro, familiar mío á quien conoces. Le envío á que salude á mi esposa, la isla de Jamaica, reino afortunado que tiene setenta leguas de longitud de Oriente á Occidente y treinta de latitud; donde no se conoce el rígido invierno ni el tórrido estío; donde casi no hay diferencia ninguna entre el día y la noche, porque está próxima al Ecuador, á dieciocho grados y poco más ó poco menos según la latitud; donde todo el año están frondosos los árboles y á un mismo tiempo cargados de frutos verdes y maduros; donde los prados están siempre en flor. Más latamente se dirá en los libros particulares.

Se han erigido en aquella isla dos colonias; las cuales, aunque habitadas por pocos ciudadanos, quiere el César que disfruten el nombre y las prerrogativas de ciudades. Lllaman á la una *Sevilla*, la otra *Oristiana*. En ambas se han quemado los templos, porque estaban hechos de maderas y paja. He dispuesto que con los réditos de mi sede primaria que es *Sevilla*, se comience á edificar un templo de piedra y se haga por lo menos el sagrario de piedra, en el cual esté segura la sagrada Eucaristía con los ornamentos, para que en adelante no queden expuestos á semejante peligro. Tanto manda el César que se gaste á petición mía. He enviado á éste mío <sup>1</sup> para que desempeñe el oficio de Ecónomo y Cuestor y recaude los emolumentos. Se ha de desear que surquen felizmente el océano.

He aquí que mientras estoy en esto, mi Lopico trae de Cortés cier-

---

<sup>1</sup> El arriba nombrado Juan Mendigorria.

tas cosas grandes que tiene que decirselas al César al oído. Dejémoslas por ahora; algún día se sabrán: son públicas.

En contra del dictamen de los Magistrados regios, Hernán Cortés va con un ejército poderoso á acabar con Cristóbal de Olid, ajeno de su mando. De aquí se teme la ruina de los españoles, y que, quebrantadas sus fuerzas, se sublevan los indios. No son sufridos los españoles: no toleran tranquilamente, no ya á los superiores, sino tampoco á los iguales.

Al mismo sitio van Gil González y otro Prefecto llamado Francisco Fernández, por Pedro Arias, Gobernador del creído Continente. También Cortés mandó por mar en contra de Olid á uno de sus capitanes, llamado Francisco de las Casas. Todos van con la esperanza de descubrir el estrecho. De las Indias basta por ahora.

La posta ha diferido su marcha: por eso vas á tener carta larga. Añado un poco... La Década Du-

cal que os prometí y vosotros pedisteis, se la llevó consigo Camilo Gil al amo, el Ilmo. Sr. Duque. Ha prometido que al regresar de Milán os enviará desde allí una copia. Las del Pontífice irán á continuación dentro de poco. — *Toledo, 13 de Junio de 1525.*





# Pedro Martir de Angleria

DEL REAL CONSEJO DE INDIAS



PRIMERA DÉCADA OCEÁNICA <sup>1</sup>

## LIBRO I <sup>1</sup>

*Al Vizconde Ascanio Sforzia,*

CARDENAL VICECANCILLER

(Comprende el primer viaje de Colón y su salida  
para el segundo.)

## CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: Introducción. — Colón ante los Reyes Católicos. — Su embarque. — Las Canarias. — Disgusto de la tripulación. — Ven tierra.

**S**OLÍA la agradecida antigüedad tener por dioses á los hombres por cuya industria y grandeza de alma se descubrían sus tierras desconocidas de los ante-

---

<sup>1</sup> La escribió desde el año 1493 á 1510; pues aunque la habia terminado antes, en 1510 refundió

pasados. Pero á nosotros, que tenemos un solo Dios, á quien adoramos en tres Personas, réstanos que á tales hombres, si no los adoramos, sin embargo los admiremos, y reverenciemos á los reyes bajo cuya dirección y auspicios pudieron aquéllos realizar sus pensamientos, y á unos y otros los ensalcemos é ilustremos merecidamente cuanto podamos.

Por lo cual, acerca de las islas del mar occidental recientemente descubiertas, y de los que tal han hecho, he aquí lo que se cuenta, ya que por tus cartas parece que lo deseas vehementemente. Me propongo, pues, comenzar por el principio del asunto para no hacer injuria á nadie.

Cierto Cristóbal Colón, varón de la Liguria, propuso y persuadió á los Reyes Católicos Fernando é Isa-

---

en uno los dos últimos libros, y añadió lo que ahora es el décimo. Se ha traducido de la edición hecha en Colonia, *apud Gervinum Calenium et haeredes Quentelios*. 1574. El autor no dividió su obra sino en libros, sin epígrafes, ni capítulos, ni siquiera párrafos aparte.



bel que por nuestro Occidente descubriría pronto islas limítrofes si le facilitaban naves y las cosas pertenecientes á la navegación, con las cuales la Religión cristiana podría fácilmente aumentarse, y obtenerse inaudita abundancia de margaritas, aromas y oro. Cediendo á sus instancias, le fueron concedidas tres naves del real fisco: la una de carga para el convoy, las otras dos mercantes, ligeras y sin bodegas, que los españoles llaman carabelas.

Conseguidas éstas, Colón emprendió su proyectado viaje desde las costas de España, hacia primeros de Septiembre <sup>1</sup> del año mil cuatrocientos noventa y dos de nuestra salud, con unos doscientos veinte españoles. Las islas Afortunadas (como muchos piensan), llamadas Canarias por los españoles y descu-

---

<sup>1</sup> El autor cuenta así la salida desde las islas Canarias, que fué el 6 de Septiembre. Del puerto de Palos zarpó Colón el viernes 3 de Agosto de 1492. También habrá resultado errata en los números romanos, que ponen doscientos veinte españoles, siendo así que en este primer viaje solo fueron noventa.

biertas tiempo ha, distan de Cádiz en el alto océano mil doscientas millas de pasos, según su cuenta; pues dicen que distan trescientas leguas, y cada legua, los peritos en el arte de navegar, sacan por sus cuentas que contiene cuatro mil pasos.

La antigüedad las llamó islas Afortunadas por la temperatura de su cielo, pues ni sufren el pesado invierno ni el atroz estío. Pero hay quien quiere que estas islas Afortunadas sean las que los ingleses llaman de Cabo Verde. A estas islas Canarias, habitadas hasta estos tiempos por hombres desnudos, porque están fuera de todo clima de Europa, al Mediodía y que viven sin religión ninguna, fué Colón por tomar agua y carenar sus naves antes de lanzarse á tan duro trabajo.

Paréceme que no ha de disgustar, supuesto que hemos venido á las Canarias, el que cuente cómo de desconocidas se hicieron conocidas y de incultas vinieron á cul-

tura, pues el largo transcurso de años las había entregado al olvido por desconocidas. Estas siete islas, llamadas las Canarias, fueron encontradas por feliz suerte, hacia el año 1405, por un francés llamado Bethancor por concesión de la reina Catalina, tutora de su hijo el rey D. Juan, siendo niño.

Bethancor ocupó y cultivó dos de ellas: Lanzeloto (Lanzarote) y Fuerteventura. Muerto él, su heredero las vendió ambas por dinero á unos españoles. Posteriormente, Fernando Peraria y su mujer invadieron la isla de Hierro y la Gomera; y en nuestros tiempos Pedro de Vera, noble ciudadano de Jerez, y Miguel de Moxica hicieron lo mismo con la gran Canaria, y Alfonso Lugo con Palma y Tenerife, pero á expensas reales. Después la Gomera y la de Hierro fueron sometidas sin gran trabajo. Pero Alfonso Lugo lo hizo con alguna dureza; pues aquella gente, desnuda y silvestre, guerreando con piedras y palos puso en fuga una

vez á su ejército y mató cerca de cuatrocientos; pero, al cabo, él los venció. De este modo todas las Canarias fueron agregadas al poder de Castilla.

De estas islas, pues, Colón, siguiendo siempre á sol poniente, aunque un poco á la izquierda, navegó treinta y tres <sup>1</sup> días continuos, sin ver más que cielo y agua.

Sus compañeros españoles comenzaron primeramente á murmurar en secreto; después á instarle con manifiestos denuestos y á pensar en matar á su guía; finalmente, se consultaba sobre echarle al mar diciendo que les había engañado aquel hombre de la Liguria, que los iba á perder, que nunca podrían volver. A los treinta días, ya enfurecidos, proclamaban volverse, y le instaban para que no pasara adelante; pero él, cuándo con palabras suaves, cuándo con grandes esperanzas, difiriéndolo de día en día,

---

<sup>1</sup> Fueron treinta y siete días: desde el 6 de Septiembre, que salió de la Gomera, hasta el 12 de Octubre, que besó gozoso la playa de San Salvador.

aplacaba á los irritados y les suplicaba; decíales también que si maquinaban alguna cosa contra él y rehusaban obedecerle, los Reyes les tratarían como traidores. Por fin llegaron alegres á vista de tierra.





## CAPÍTULO II

---

SUMARIO : Primeros descubrimientos.—Encalla la *Santa Maria*.—Desembarcan en la Española.—Sencillez de los indios.—Sus canoas.

**E**N esta primera navegación descubrió solamente seis islas, y entre ellas dos de inaudita magnitud, de las cuales á la una llamó Española, y á la otra Juana. Pero no tuvo por seguro que la Juana fuera isla.

Dando vuelta á las costas de algunas, oyeron en el mes de Noviembre cantar á los ruiñeños entre densos bosques. Halló ríos caudalosos de aguas dulces y puertos naturales, capaces de grandes armadas. Rodeando las costas de la Juana desde el Septentrión en derecha al Occidente, recorrió no menos de ochocientos mil pasos (pues di-



cen que comprende ciento ochenta leguas), y juzga que es continente porque ni aparece el fin ni señal de término alguno en la isla (cuanto se podía ver con los ojos), y determinó volverse atrás, á lo que le obligó también la furia del mar, porque las costas de la Juana, por varias curvas, volvían y se inclinaban ya tanto al Septentrión, que los vientos boreales maltrataban más cruelmente á las naves, pues hacía tiempo de invierno.

Volviendo, pues, la proa hacia el Oriente, cuenta que encontró la isla de Ophir. Pero, considerado diligentemente lo que enseñan los cosmógrafos, aquéllas son las islas Antillas y otras adyacentes. Llamó á ésta Española, en cuya costa septentrional, deseando examinar la naturaleza de los lugares, se aproximaba á tierra, cuando la quilla de la nave mayor, dando en cierta peña plana y oculta cubierta por las aguas, se abrió y quedó encallada. La llanura de la peña oculta les ayudó para no sumergir-

se; acudiendo, pues, de prisa con las otras dos, sacaron ilesos á todos los hombres.

Saliendo á tierra allí por primera vez, vieron hombres indígenas, que, mirando en tropel á la gente nunca vista, huyeron á refugiarse todos en espesos bosques cual tímidas liebres ante los galgos. Los nuestros, siguiendo á la muchedumbre, sólo cogieron á una mujer; y llevada á las naves, bien comida y bebida, y vestida con ornato (pues toda aquella gente de ambos sexos vive completamente desnuda, contentándose con lo que da la naturaleza), la dejaron libre.

Tan pronto como la mujer volvió á reunirse con los suyos (pues sabía ella adónde habían acudido en la fuga), y habiéndoles hecho saber que era admirable el ornato y la liberalidad de los nuestros, todos á porfía acuden á la playa y piensan que son gente enviada del cielo. Echándose á nadar llevan á las naves oro, de que tenían alguna abundancia, y cambiaban el oro

por un casco de fuentes de loza ó de una copa de vidrio. Si los nuestros les daban una lengüeta, un cascabel, un pedazo de espejo ú otra cosa semejante, les traían tanto oro cuanto les querían pedir ó cada uno de ellos tenía.

Cuando ya llegaron á tratarse familiarmente, y los nuestros investigaban las costumbres de aquella gente, conocieron por señas y conjeturas que tienen reyes.

Bajando los nuestros de las naves, fueron recibidos honoríficamente por el rey y demás indígenas; reverenciaban á los nuestros por cuantos modos podían y sabían. A la puesta del sol, hecha la señal de la salutación angélica, arrodillándose los nuestros como cristianos, ellos hacían lo mismo. De cualquier modo que veían á los cristianos venerar la cruz, la adoraban ellos. De la nave que dijimos se estrelló en la peña, sacó aquella gente á los hombres y todo lo que en ella iba con tanta rapidez y alegría en sus botes, que

llaman canoas, que entre nosotros no se socorrerán unos parientes á otros con más misericordia.

Las canoas aquellas las construyen de un solo madero, largas pero estrechas, vaciándolo con piedras agudísimas. Por eso diremos que son monoxilas. Afirman muchos haber visto que la mayor parte de ellas eran capaces de ochenta remeros. No se encuentra entre ellos que hagan uso alguno del hierro. Por esto los nuestros quedaron muy admirados de cómo fabricaban, ya las casas, que veían elaboradas con arte maravillosa, ya cualesquier otros objetos pertenecientes á su uso; pero es cierto que ellos todo lo cortan con ciertas piedras de río durísimas y bastante agudas.





## CAPÍTULO III

---

SUMARIO: Los caribes.—Religión de los indios.—Sus alimentos.—El oro.—Los animales de allá.—Productos de aquella tierra.

**A**DQUIRIERON noticias de que, no lejos de aquellas islas, había otras de ciertos hombres feroces que se comen la carne humana, y contaron después que ésa era la causa de que tan temerosos huyeran de los nuestros cuando se acercaron á sus tierras, pensando que serían caníbales; así llaman á aquellos feroces, ó caribes.

Dejaron al lado del Mediodía las islas de estos obscenos, casi á mitad del camino de estas islas. Estos pacíficos se quejan de que los caníbales asaltan perpetuamente sus islas para robarlos con continuas

acometidas, no de otro modo que en los bosques los cazadores persiguen á las fieras con violencia y con trampas. A los niños que cogen, los castran como nosotros á los pollos ó cerditos que queremos criar más gordos y tiernos para comerlos; cuando se han hecho grandes y gordos, se los comen; pero á los de edad madura, cuando caen en sus manos, los matan y los parten; los intestinos y las extremidades de los miembros se las comen frescas, y los miembros los guardan para otro tiempo salados, como nosotros los perniles de cerdo. El comerse las mujeres es entre ellos ilícito y obsceno; pero si cogen algunas jóvenes las cuidan y conservan para la procreación, no de otra manera que nosotros las gallinas, ovejas, terneras y demás animales. A las viejas las tienen por esclavas para que les sirvan. Lo mismo los varones que las mujeres de las islas, que ya podemos llamar nuestras, cuando advierten que vienen los caníbales, no encuentran más salvación que



la fuga. Aunque usan saetas de caña muy agudas, saben, sin embargo, que les aprovechan poco para reprimir la violencia y furor de los caníbales, pues confiesan todos los indígenas que en la lucha diez caribes vencerían fácilmente á ciento de ellos.

No han averiguado bastante qué es lo que adoran esas dos clases de gente, fuera del cielo y sus lumbreras. De las demás costumbres de los insulares, lo corto del tiempo y la falta de intérpretes no les han permitido saber más.

Estos pacíficos se alimentan con raíces, semejantes á nuestros nabos, ya en el tamaño, ya en la forma, pero de gusto dulce semejantes á la castaña tierna; ellos les llaman *ages*<sup>1</sup>. Hay otra clase de raíz que llaman *yuca*, y de ésta hacen pan; pero los *ages* más los usan asados ó cocidos que para hacer pan, y la *yuca*, cortándola y comprimiéndola, pues ¡es jugosa, la

---

<sup>1</sup> Son las batatas.

amasan y la cuecen en tortas. Y esto es lo admirable : dicen que el jugo de la yuca es más mortífero que el acónito, y que bebiéndolo mata al punto; pero el pan de esa masa todos han experimentado que es sabroso y saludable.

El pan lo hacen también, con poca diferencia, de cierto trigo harinoso, de que tienen mucha abundancia los de la Insubría y los granadinos españoles. La panocha tiene de larga más de un palmo, tira á formar punta, y tiene casi el grueso del brazo. Los granos están admirablemente dispuestos por la naturaleza: en la forma y el tamaño se parecen á la legumbre alverjón; de verdes están blancos : cuando maduran se ponen muy negros; molidos son más blancos que la nieve. A esa clase de trigo le llaman maíz.

Hacen alguna estima del oro, pues batido en láminas finísimas lo llevan insertado en las ternillas de las orejas y en las narices, perforándolas. Mas habiendo averiguado los nuestros que ni los mer-

caderes se acercan á ellos, ni ellos conocen otras playas que la suyas, comenzaron á preguntarles por señas de dónde sacaban aquel oro. Según pudo colegirse por las señas, lo recogían sin gran trabajo de las arenas de los ríos arrastradas de altos montes, y lo juntaban en pelotillas antes de batirlo en láminas, mas no en aquella parte de la isla que tenía aquel rey. Lo cual se vió después por la experiencia; pues, habiéndose ya apartado, dieron por casualidad con cierto río, cuya arena vieron que estaba mezclada con mucho oro, cuando saltaron á tierra con el fin de tomar agua y pescar.

Dicen que no vieron ningún animal cuadrúpedo, fuera de tres clases de conejos. Crían las islas serpientes, pero inofensivas; encontraron patos silvestres, tortugas y ánades mayores que las nuestras, blancas como el cisne y con la cabeza encarnada. Cogieron cuarenta papagayos, de los cuales unos eran verdes, otros amarillos en todo

el cuerpo, otros semejantes á los de la India con su collar de bermellón, como dice Plinio, pero de colores vivísimos y sobremanera alegres. Las alas las tienen de diversos colores, pues con las plumas verdes y amarillas tienen mezcladas algunas azules y purpúreas, la cual variedad deleita muchísimo.

He querido referir estas cosas de los papagayos, oh Príncipe ilustrísimo, aunque la opinión de este Cristóbal Colón parezca estar en oposición con la grandeza de la esfera y la opinión de los antiguos acerca del mundo subnavegable; sin embargo, los mismos papagayos traídos y otras muchas cosas indican que estas islas, ó por cercanía ó por naturaleza, saben á suelo indio, principalmente siendo así que Aristóteles, cerca del fin del libro *De cælo et mundo*, Séneca y otros sabios cosmógrafos, atestiguan que las playas de la India no distan de España mucho trecho de mar por Occidente.

Aquella tierra produce natural-

mente abundancia de goma, áloe, algodón y otras cosas así. Recogen vellones de los árboles, como entre los tártaros. Trajeron ciertos granos rugosos de diversos colores, más picantes que la pimienta del Cáucaso, ramas secas y de árboles secos de forma de cinamomo, que en el gusto y olor imitan la acritud del jengibre, en la medula y la corteza superior.





## CAPITULO IV

---

SUMARIO : Regreso de Colón á España.—Recibimiento que le hacen los Reyes.

**S**ONTENTÁNDOSE, pues, con estas muestras del nuevo territorio descubierto y de un nuevo mundo nunca oído; determinando volverse ya con próspero viaje y viento favorable por nuestra primavera, que se aproximaba, dejó con el cacique de quien antes hemos hecho mención treinta y ocho hombres que examinaran, mientras él volvía, la naturaleza de aquellos lugares y del tiempo. Llamaban los indígenas Guacananaril á este régulo, con el cual, del modo que pudo, hizo pacto de singular amistad sobre la vida y salud y tutela de los que allí dejaba. Movidó á compasión el



reyezuelo hacia los nuestros, porque eran dejados en tierras extrañas, se le vió derramar lágrimas, y prometió toda clase de auxilios.

Así, abrazándose el uno al otro, Colón mandó darse á la vela para volver á España, trayéndose consigo diez hombres de aquéllos, por los cuales se vió que se podía escribir sin dificultad la lengua de todas aquellas islas con nuestras letras latinas. Pues al cielo le llaman *turrei*, á la casa *boa*, al oro *cauni*, al hombre de bien *tayno*, nada *mayani*, y todos los demás vocablos los pronuncian no menos claramente que nosotros las nuestros latinos. Te he puesto estas cosas, que he juzgado dignas de memoria, acerca de su primera navegación.

Nuestro Rey y nuestra Reina, cuyos pensamientos, aun cuando duermen, no son otros que el aumento de nuestra religión, esperando con anhelo que fácilmente podrán ser atraídas al culto cristiano tantas naciones y gentes sencillas, se conmueven al oír estas cosas.

Al regresar Colón, le trataron honoríficamente, conforme por tales hazañas lo merecía. Le hicieron sentar públicamente delante de ellos, lo cual entre los reyes de España es la mayor señal de amor, de gratitud y de supremo obsequio. Mandaron que en adelante sea llamado Prefecto marítimo, que entre los españoles se dice Almirante. También á su hermano Bartolomé Colón, perito asimismo en cosas de mar, le honraron con el título de Prefecto de la isla Española; á este cargo le llaman comúnmente Adelantado.

Almirante, pues, y Adelantado, y los nombres actuales de los navíos y todas las demás cosas así, de propósito las llamaré alguna vez con sus nombres vulgares, para que más claramente me entiendan. Ahora volvamos á nuestro propósito.





## CAPITULO V

---

SUMARIO : Segundo viaje de Colón.—Lo que lleva consigo.—La salida de Cádiz.— Idem de Canarias.

CONFORME lo esperaba desde el principio el mismo Colón, ya hoy Almirante, las más grandes ventajas que todos los mortales buscamos con todas nuestras fuerzas se cree que han de resultar de las islas.

Movidos, pues, de estas dos causas estos dos santísimos consortes, mandan que se dispongan diecisiete naves para la segunda expedición. Tres grandes de transporte con sus compartimientos; doce de aquella clase de naves sin bodegas que, según escribí, los españoles llaman carabelas; otras dos del mismo género, algo más grandes y ca-

paces de compartimientos por la magnitud de los palos.

El cuidado de preparar esta flota se lo encomendaron á Juan Fonseca, varón de noble alcurnia, Deán de Sevilla, de gran ingenio y corazón.

Mandan los mismos Reyes que sean conducidos más de mil doscientos infantes armados, entre los cuales disponen que se estimule con estipendio gran número de artífices y operarios de todas las artes mecánicas, y agregan algunos jinetes con la demás gente de armas. El Prefecto prepara, para sacar crías, yeguas, ovejas, terneras y otras muchas con los machos de su especie; legumbres, trigo, cebada y demás semillas como éstas, no sólo para comer, sino también para sembrar. Llevan á aquella tierra vides y plantas de otros árboles nuestros que no hay allá; pues en aquellas islas no encontraron ningún árbol conocido, fuera de pinos y palmas, y éstas altísimas y admirablemente duras, gran-

des y rectas por la riqueza del suelo, y también otros muchos árboles que crían frutos desconocidos. Refieren que aquella tierra es la más fértil de cuantas las estrellas rodean. Finalmente, manda á cada uno de los artífices llevar todos los instrumentos fabriles, y cuanto es conducente á edificar una ciudad en extrañas regiones.

Muchos de entre los clientes de la confianza de los Reyes emprendieron espontáneamente esta navegación, llevados por el anhelo de novedades y por la autoridad del Almirante.

Zarpó, pues, de Cádiz con viento favorable el veinticinco de Septiembre del año mil quinientos noventa y tres de nuestra salud, y tocaron en las Afortunadas el primero de Octubre.

A la última de las Afortunadas la llaman los españoles la del Hierro, en la cual no hay más agua potable fuera del rocío que destila continuamente de un solo árbol en la cúspide suprema de la isla, y cae en

una balsa hecha por mano de hombres. Desde esta isla empezó á extender las velas á alta mar el once del mismo mes.

Estas cosas me han sido referidas pocos días después de su partida. Todo lo que suceda lo sabrás. Pásalo muy bien.

En la corte de España, 13 de Noviembre de 1493.







## LIBRO II

*Al Cardenal Vicecanciller,*

VIZCONDE ASCANIO SFORCIA

(Comprende hasta la llegada de Antonio Torres con doce  
naves á Cadiz en Marzo de 1494.)

### CAPITULO PRIMERO

---

SUMARIO: Llegada de Antonio Torres.—Viaje segundo  
de Colón desde Canarias á Santo Domingo.—La isla de  
Guadalupe.

**M**E repites, ilustrísimo Príncipe, que deseas conocer las cosas del Nuevo Mûndo que en España suceden, y me has insinuado que te agradó lo que hasta ahora escribí de la primera navegación. He aquí lo que ha habido después.

Medina del Campo es una pobla-

ción célebre en la España ulterior (respecto de vosotros), en la parte que se llama Castilla la Vieja, la cual población dista de Cádiz cerca de cuarenta mil pasos.

Allí estaba la Corte cuando, hacia el veinticuatro de Marzo de este año noventa y cuatro, correos destinados al Rey y á la Reina dieron cuenta de que habían llegado de las islas doce naves, y habían tomado puerto prósperamente en Cádiz, y el jefe de dichas naves manifestó que no quería significar ninguna otra cosa al Rey y á la Reina por medio de mensajeros, fuera de que el Prefecto marítimo se había quedado en la Española con cinco naves y novecientos hombres para hacer investigaciones. Escribe que las demás cosas las dirá en presencia de los Reyes.

Así, pues, á cuatro de Abril vino el jefe de la flota, hermano de la nodriza del primogénito del Rey, destinado por el Almirante.

Te contaré, por darte gusto, lo que, preguntándoles yo por orden,

me refirieron él y también los demás hombres fidedignos; pues yo tomé lo que me dieron, y lo que me dieron hélo aquí.

El día trece de Octubre, de la isla de Hierro, que es la última de las Afortunadas, zarpando de costas españolas con la flota de diecisiete naves para alta mar, siguieron navegando veintiún días justos antes de tocar en isla alguna, con mucha más inclinación á la izquierda que en el primer viaje. Siguiendo al aquilón, volvieron las proas de propósito, y por tanto dieron en las islas de los caníbales ó caribes, acerca de las cuales sólo por la fama tenían noticia los nuestros.

Vieron primeramente una isla tan llena de árboles que no pudieron ver ni siquiera una braza de suelo desnudo, ni pedregoso. Por cuanto habían tenido la suerte de descubrirla en domingo, la llamaron Dominica (Santo Domingo); sin detenerse allí nada, porque la creyeron desierta, pasaron adelante. En estos veintiún días creían haber re-

corrido ochocientas veinte leguas; tan feliz viento en popa tuvieron del aquilón.

Tras breve espacio de mar presentáronseles islas llenas de diversos árboles, por cuyas ramas, tronco, raíces y hojas exhalaban aromáticos y suaves olores. Los que bajaron á tierra para reconocerla refieren que no vieron allí ni hombres, ni animal alguno, fuera de salamanquesas de inaudita magnitud: llaman á ésta *isla Galana*.

Habiendo visto de lejos cierto monte desde un promontorio de la isla, se marcharon. A treinta mil pasos de este monte parece que vieron un río que bajaba con señales de ser río de gran latitud. Esta fué la primera tierra que encontraron habitada desde las Afortunadas; y que era de obscenos caníbales, de los cuales habían tenido antes noticia, lo conocieron ahora por experiencia y por los intérpretes que el Almirante había llevado á España en el primer viaje.



## CAPITULO II

---

SUMARIO: Casas de los caníbales.—Lo que se halló dentro de ellas.—Los papagayos.

RECORRIENDO la isla, encontraron innumerables villas (pero sólo de veinte ó treinta casas cada una) que tienen la forma de plaza, y alrededor de ésta cabañas construídas. Puesto que hemos venido á hablar de sus casas, no me parece extraño contar cómo son, según he oído dicen que todas son de madera y fabricadas en figura redonda. Primero construyen la circunferencia de la casa con árboles y pies derechos muy altos que fijan en tierra, poniendo después por la parte interior otras vigas cortas que sostengan las altas de afuera para que no se caigan.

Las puntas de las altas las juntan á manera de tienda de campaña, de modo que las casas aquellas tienen techumbre aguda. Después las cubren de palma y con las hojas de ciertos otros árboles semejantes, entretrejidas de una manera segurísima contra la lluvia. Tirando después por dentro, de las vigas cortas á las otras, cuerdas de algodón ó de ciertas raíces retorcidas semejantes al esparto, ponen encima mantas de algodón, que lo cría naturalmente la isla.

Así tienen camas colgadizas de *gosipio* rústico, que el vulgo español llama algodón, y el italiano *bombaso*, ó de follaje que echan encima. Tienen atrio, que rodean otras casas vulgares, en el cual se reúnen todos para jugar: á las casas llaman *boíos*, con acento en la *í*.

Habiendo visto dos estatuas toscas de madera con una culebra levantada en cada una de ellas, supusieron que eran los simulacros que adoraban; pero poco después llegaron á entender que estaban



puestas allí para adorno, pues, como antes lo hemos mencionado, se cree que no adoran nada fuera del numen celeste, aunque hacen larvas de algodón tejido á semejanza de los espectros pintados que dicen ven de noche.

Pero hay que volver al punto de donde nos hemos apartado. Advirtiéndolo los indígenas que se acercaban los nuestros, huyeron, abandonando las casas así los hombres como las mujeres. De los niños y mujeres cautivas que habían cazado de otras islas y guardaban, ya para esclavos, ya para comérselos, acudieron á los nuestros unos treinta.

Entrados en las casas, echaron de ver que tenían vasijas de barro de toda clase, jarros, orzas, cántaros y otras cosas así, no muy diferentes de las nuestras, y en sus cocinas carnes humanas cocidas con carne de papagayo y de pato, y otras puestas en los asadores para asarlas. Rebuscando lo interior y los escondrijos de las casas, se re-

conoció que guardaba cada uno con sumo cuidado los huesos de las tibias y brazos humanos para hacer las puntas de las saetas, pues las fabrican de huesos porque no tienen hierro. Los demás huesos, cuando se han comido la carne, los tiran. Hallaron también la cabeza de un joven recién matado colgada de un palo, con la sangre aún húmeda. Investigando la isla por lo interior, encontraron otros siete ríos, á más de aquel grande que dicen es más ancho que el Guadalquivir en Córdoba ó que nuestro Ticino.

Los cuales siete ríos corren por la isla entre riberas de maravillosa amenidad. Lllaman á esta isla Guadalupe, por la semejanza del monte de Guadalupe (de España), donde se venera la maravillosa imagen de la Virgen Inmaculada. Los indígenas la llaman *Carucueria*, y es la principal morada de los caribes.

Trajeron de esa isla siete loros mayores que los faisanes, que se diferencian mucho de otros papagayos en el color, pues tienen todo

el cuerpo de color de púrpura , y la parte de arriba y la de abajo. De las plumas más largas les cae de los hombros una capa sobre las cortas encarnadas, conforme yo mismo he advertido muchas veces que las tienen los capones en las casas de nuestros campesinos; pero las plumas de las alas las tienen de varios colores , pues unas son verdes, otras purpúreas mezcladas con amarillas. No es menor la abundancia de papagayos en todas las islas que entre nosotros de pájaros ó de otras aves de por acá. Como los nuestros crían por gusto picos, tordos y otros semejantes, así ellos, aunque sus bosques están llenos de papagayos, los educan, pero después se los comen.

El Almirante mandó por señales que las mujeres, que de cautivas dijimos arriba acudieron á los nuestros obsequiadas con regalillos, fueran á hacer venir á los caníbales, pues no ignoraban ellas dónde estaban escondidos. Éstas, pasando con ellos aquella noche, trajeron á

la mañana siguiente muchísimos caníbales inducidos con la esperanza de regalos.

Estos caníbales, habiendo visto á los nuestros, movidos, sea por terror, sea por la conciencia de sus maldades, mirándose unos á otros y hablándose, formando falange de repente arrancaron rapidísimos, cual bandada de aves, y se volvieron á sus frondosos valles.

Con esto los nuestros, que habían estado algunos días en la isla para reconocerla, reuniéndose sin caníbal alguno, les destrozaron sus canoas, y se dieron á la vela desde Guadalupe el doce de Noviembre.





### CAPITULO III

---

SUMARIO: Prisa de volver á la Concepción.—Isla Mathinino.—Cuento de las amazonas.—Otras islas.—Cautivos de los caníbales.—Canoa enemiga.

**A**GUIJONEADO el Almirante por el deseo de ver á los compañeros que en el primer viaje habían sido dejados en la Española para reconocer el país, navegando se dejaba detrás todos los días varias islas á derecha é izquierda.

Comenzó á verse por el Septentrion cierta isla grande, y los que en la primera navegación habían sido llevados á España y librados de los caníbales afirmaron que aquella isla la llamaban sus habitantes *Madanina*, que la habitan mujeres solas. En el primer viaje habían tenido los nuestros noticias de

esta isla. Se ha creído que los caníbales se acercan á aquellas mujeres en ciertos tiempos del año, del mismo modo que los robustos tracios pasaban á ver á las amazonas de Lesbos, según refieren los antiguos, y que de igual manera ellas les envían los hijos destetados á sus padres, reteniendo consigo las hembras. Cuentan que estas mujeres tienen grandes minas debajo tierra, á las cuales huyen si alguno se acerca á ellas fuera del tiempo convenido; pero si se atreven á seguirlas por la violencia ó con asechanzas y acercarse á ellas, se defienden con saetas, creyéndose que las disparan con ojo muy certero. Así me lo cuentan, así te lo digo. A esta isla no pudieron los españoles acercarse por el viento aquilón que de ella soplabá, pues ya seguían el Sudeste.

Navegando pasaron á la vista de la Madanina á cuarenta mil pasos, no lejos de otra que los indígenas embarcados decían era muy populosa y abundante en toda clase de



cosas necesarias para comer. Llámanla Monserrat, porque tiene altos montes. Entre otras cosas que pudieron colegir hablando, ya con palabras, ya por señas, con los que llevaban, aprendieron que los caníbales habían ido muchas veces á cazar hombres para comérselos más de mil millas de pasos desde sus costas.

Al día siguiente vieron otra, á la cual, porque era esférica, el Almirante le puso el nombre de Santa María de la Rotonda; por no detenerse pasó de largo otra, y al día siguiente otra más, que tuvo á bien poner el nombre de San Martín. El día tercero vieron por de fuera otra más, cuyo lado diametral de Oriente á Occidente computaron que tendría ciento cincuenta mil pasos.

Supieron que estas islas eran de admirable hermosura y fertilidad. A esta última la llamaron la Bienaventurada Virgen Antigua, á más de la cual, dejando otras muchas á distancia de cuarenta mil pasos, se descubrió otra mayor que todas las

demás, la cual, llamada *Ay Ay* por los indígenas, quisieron ellos apellidarla con el nombre de *Santa Cruz*. El mismo Prefecto mandó echar en ella áncoras por las proas para tomar agua, disponiendo que bajaran á tierra allí treinta hombres de la nave en que él iba para que exploraran el sitio: allí encontraron perros. En la playa, al punto cuatro mozos y otras cuatro mozas, extendiendo los brazos en ademán suplicante, como pidiendo auxilio y ser libertados de las manos de gente nefanda, salieron al encuentro de los nuestros, juzgando que, fueran éstos quien fueran, alcanzarían mucha mejor suerte; pero los caníbales, huyendo del mismo modo que en Guadalupe, escaparon á las selvas.

Deteniéndose allí dos días, y estando emboscados los treinta nuestros, desde las atalayas se vió venir de lejos una canoa; y advirtiendo que conducía ocho hombres con ocho mujeres, á una señal la embistieron los nuestros. Al acercar-

se éstos, á un mismo tiempo los hombres y las mujeres comenzaron á herirlos con maravillosa celeridad con saetas y crueles golpes; de modo que antes de que pudieran cubrirse con los escudos, una mujer mató á uno de los nuestros, que era cántabro, y á otro aquella misma le infirió grave herida con una saeta. Advirtieron que las saetas envenenadas estaban untadas con cierto género de medicamento, llevando alrededor de la punta una incisión en que retuvieran el unto para que no se corriera.

Había entre ellos cierta mujer, á la cual, según se podía conjeturar, obedecían los demás y le hacían cumplimiento como á reina, á la cual acompañaba un hijo joven, torvo, robusto, de ferocísima mirada y aspecto de león.

Los nuestros, pues, para no sufrir más grave mal heridos de lejos, creyeron mucho mejor venir á las manos. Empujando con los remos la pequeña nave en que iban, volcaron la canoa con gran ímpetu,

la cual, echada á pique, tanto los hombres como las mujeres, nadando, dirigían los dardos á los nuestros con igual aliento y rapidez que antes. Recogiéndose á cierta piedra cubierta de agua y peleando con valor, por fin fueron cogidos, muerto uno y con dos heridas el hijo de la reina.

Llevados á la nave del Almirante, mostraban no menos ferocidad y atroz semblante que los leones de la Libia cuando se sienten apresados. No hay quien los vea que no confiese cierto horror que siente en sus entrañas : tan atroz, tan infernal aspecto tienen por su natural y por su crueldad. Yo lo conjeturo por mí mismo y por los demás que, juntamente conmigo, acudieron muchas veces para verlos en Medina. Vuelvo al camino.





## CAPITULO IV

---

SUMARIO: El Archipiélago.—La isla de San Juan.—Llega Colón á la Española.—Encuentra que han sido muertos los treinta y ocho españoles.—Perfidia del cacique Guacanaril.

**A** VANZANDO más y más cada día, se habían extendido ya sobre quinientos cinco mil pasos, primero al Sudoeste, después á Poniente, luego á Noroeste, cuando entraron en cierta extensión inmensa de mar llena á cada paso de islas innumerables, maravillosamente diferentes entre sí; algunas de éstas las veían al pasar cubiertas de bosques y hierba y amenas, otras secas, estériles, pedregosas, con montes altísimos de piedra. Varias de ellas mostraban colores encarnados en las desnudas piedras, otras morados, otras blanquísimos; no falta quien piense que

son de metales y piedras preciosas; pero que echaran allí áncoras las naves lo impidió, ya el mal estado del mar, ya el temor de islas espesas, no fuera que las naves mayores se estrellaran en alguna peña. Dejando, pues, para otro tiempo la exploración de estas islas, que no pudieron contar por su muchedumbre y por la confusa disposición en que están, prosiguen su camino; pero cuarenta y seis hombres con ciertas naves más ligeras, que no necesitaban mucho fondo, pasaron por entre medias, dirigiéndose las mayores por alta mar por temor de los escollos. A este conjunto de islas le llamaron el Archipiélago.

Marchando de estas aguas, hay á mitad de camino una isla que los indígenas llaman *Burichena*. A ésta la llamó la isla de San Juan. De aquí decían que eran oriundos muchos de los que habían sido libertados de los caníbales. Referían que era isla muy populosa, cultivada, con puertos y bosques, y que sus habitantes siempre habían profesa-



do sumo odio y enemistad á los caníbales. Ellos no tienen naves en que puedan pasar de sus costas á las de aquéllos; pero si asaltando los caníbales su territorio con incursiones para cazarlos, como acontece á veces que es incierto el resultado de la guerra, éstos los derrotan, les vuelven las tornas, pues á la vista de un caníbal despedazan á otro, lo asan, y con rabiosas dentelladas lo parten y devoran. Todo esto lo averiguaban los nuestros por los intérpretes indígenas llevados á España en el primer viaje.

Por no detenerse, pasaron de largo esta isla; pero en su último ángulo de Occidente bajaron á tierra unos pocos sólo para tomar agua, donde encontraron una casa grande y principal, según la costumbre de aquella gente, rodeada de otras doce vulgares pero desiertas. No se averiguó claramente si habrían abandonado completamente las casas, porque, según las estaciones del año, ya se van á las montañas por razón del calor, ya á los llanos

cuando hace frío, ó si habría sido por temor á los caníbales.

Toda la isla tiene un solo rey, y, cuando manda, se le obedece con admirable reverencia. La costa meridional de esta isla que bordearon se extiende casi á doscientos mil pasos. Por la noche, dos mujeres y un joven de los libertados de los caníbales, echándose al mar, se marcharon nadando al suelo natal.

Con los que quedaban llegaron ya pocos días después á la deseada Española, distante quinientas leguas de la primera isla de los caníbales; pero con infeliz resultado, pues encontraron que habían sido muertos todos los compañeros que habían dejado allí. Al principio de esta isla Española hay una región llamada por los indígenas Xamaná. De ella zarpó en la primera navegación el Almirante para volver á España con aquellos diez indígenas que antes hemos nombrado, de los cuales no quedaban más que tres, habiendo muerto los demás

por el cambio contrario de tierra, aire y comidas. De aquellos tres, así que llegó al lado de San Telmo de Xamaná, que así le llamó él, mandó soltar á uno; y los otros dos, de noche, echándose al mar sin que los vieran, se escaparon nadando. El mismo Prefecto, no sabiendo la muerte lastimosa de los treinta y ocho hombres que el año anterior había dejado algo más adentro en la isla, no lo sintió mucho creído de que no le faltarían intérpretes, por lo cual los estimaba poco.

Internándose un tanto más los nuestros, se encontraron con una canoa oblonga de muchos remos: en ella venía sólo con otro el hermano de Guacanaril, el rey aquel á quien el Almirante, al marcharse de la isla, había dejado obligado con riguroso pacto de amistad, y á quien se los había recomendado sobremanera; el cual, á nombre de su hermano el cacique, traía de regalo para el Almirante dos máscaras de oro. Habló en su lengua, según después se conoció por el resultado,

de la muerte de los nuestros, sino que, como no había intérpretes, no entendieron lo que decía.

Pero, habiéndose acercado los nuestros al castillo de madera y á las casas que habían construído y rodeado con un parapeto, conocieron que todo había sido reducido á cenizas y que todo estaba en silencio. Esto conturbó al Almirante y demás varones graves; pero juzgando que viviría alguno, aunque era equivocada la conjetura, descargaron todos á un mismo tiempo las bombardas y mosquetes á fin de que, retumbando su estruendo en las playas y los montes, si algunos estaban acaso, ora entre los hombres, ora por miedo en los escondrijos de las fieras, por medio de estas señales conocieran que habían vuelto los de España. Fué en vano, pues no quedaba ninguno con vida.

Después los mensajeros que el Almirante envió á Guacananil trajeron esta respuesta, según pudieron entenderla: Que en la isla, siendo de maravillosa extensión, había

otros reyes más poderosos que él; que dos de ellos, reuniendo, según su costumbre, grandes ejércitos, y alterados por la noticia de la gente extraña, vinieron y, venciendo en el ataque á los españoles, los mataron á todos, quemando las defensas y las casas y cuanto en ellas había; y contó que á él mismo, porque se esforzó en auxiliar á los nuestros, le hirieron con una saeta; y enseñaba la pierna vendada con una tira de algodón, y decía que por eso no se había presentado al Almirante, aunque mucho lo deseaba.

Encontraron que había allí varios reyes, unos más poderosos que otros, y éstos más que aquéllos, como leemos que el fabuloso Eneas encontró dividido el Lacio entre varios, como Latino, Mecencio, Turno y Tarconte, que estaban separados por estrechos límites, y todo lo demás repartido entre los tiranos. Pero me parece que nuestros isleños de la Española son más felices que aquéllos con tal que re-

ciban la religión; porque, viviendo en la edad de oro, desnudos, sin pesos ni medidas, sin el mortífero dinero, sin leyes, sin jueces calumniosos, sin libros, contentándose con la naturaleza, viven sin solicitud ninguna acerca del porvenir. Sin embargo, también les atormenta la ambición del mando y se arruinan mutuamente con guerras, de la cual peste no creo que se viera inmune de modo alguno la edad de oro, sin que en aquel tiempo anduvieran los mortales con el *dame* y el *no te doy*. Volvamos al asunto de que nos hemos apartado.

Al día siguiente, enviado por el Almirante cierto Melchor, que era de Sevilla (y desempeñó ante el Sumo Pontífice el cargo de Embajador por el Rey y la Reina el año en que Málaga cayó en poder de ellos), volvió con la noticia de que, habiéndole quitado la venda, vió que ni había herida ni cicatriz ninguna. El reyezuelo le recibió en cama fingiendo enfermedad, y junto á su dormitorio estaban las camas de



siete concubinas, con lo cual comenzó á sospechar que los nuestros habían sido asesinados por designio de él. Disimulándolo, sin embargo, trató Melchor con Guacanaril que se presentara al día siguiente en las naves para visitar al Almirante. Entrado, pues, en las naves como se había convenido, saludando á los nuestros y regalando oro á los principales, dirigiéndose á las mujeres libertadas de los caníbales y fijando los apagados ojos en una que los nuestros llamaban Catalina, la habló con agrado; y pidiendo permiso al Prefecto cortés é ingeniosamente, se retiró admirado de ver los caballos y otras cosas desconocidas para ellos.

No faltaron quienes aconsejaron al Almirante detener á Guacanaril, para que, si se averiguaba que los nuestros habían sido asesinados con acuerdo de él, pagara el merecido castigo. Pero el Prefecto, juzgando que no era tiempo de irritar los ánimos de los indígenas, le dejó ir.



## CAPÍTULO V

---

SUMARIO : Fuga de las indias.— Puerto Real.— Otro cacique amigo.

**A**L otro día, el hermano del cacique vino á las naves y sedujo á las mujeres en su nombre ó en el de su hermano; pues, á altas horas de la noche siguiente, la misma Catalina, para recobrar su propia libertad y la de cuantas pudiera, ó sobornada por las promesas del cacique y de su hermano, se atrevió con un empeño mucho mayor que el de la romana Clodia, que, rompiendo las ataduras, se escapó del poder de Porsena, pasando á nado el Tíber con las demás vírgenes que estaban en rehenes. Pues aquélla pasó el río en un caballo, ésta con otras siete

mujeres, confiada en la fuerza de sus brazos cruzó cerca de tres millas, y de mar poco tranquilo; pues ésta era, según opinión de todos, la distancia á que la flota se encontraba de la playa. Siguiéronlas los nuestros con los botes más ligeros, guiándose por la misma luz que, vista en la playa, servía de guía á las mujeres, y alcanzaron á tres de ellas. Catalina se creyó que se había escapado con otras cuatro hasta llegar á Guacanaril.

Pues luego que se hizo de día, enviados algunos por el Almirante conocieron que Guacanaril, y junto con él las mismas mujeres, habían huído con todas sus cosas. Esto confirmó con razón la sospecha de que los españoles habían sido muertos con el consentimiento de él.

Después, buscándole el arriba citado Melchor con tres centurias armadas (llamo centuria al número de cien hombres, aunque no ignoro que la centuria constaba de ciento veintiocho, y la decuria de quince) que llevó consigo, dió en

ciertos pasos estrechos y tortuosos, defendidos por cinco cerros altos, y pensó que sería gran desembocadura de algún río.

Allí encontró un puerto muy seguro y cómodo. Por eso tuvieron á bien llamarle Puerto Real. Dicen que su entrada es á modo de hoz, y, por tanto, con figura de arco; de modo que, ora las naves entradas viren á la derecha ó á la izquierda, hasta que vuelven á la entrada no se puede conocer fácilmente de dónde han entrado, aunque pueden navegar juntamente en fila tres naves de transporte. Los altos cerros que hay á uno y otro lado en vez de playas, quiebran los vientos que vengan. En medio de ese puerto se levanta un promontorio frondoso donde hay muchas clases de papagayos y de otras aves que allí anidan y graciosísimamente cantan.

Vieron que desagüan en este puerto dos ríos más que medianos, y, explorando la tierra de entre ambos, vieron una casa alta: pensando que allí estaría Guacanaril

fueron allá, y al acercarse les salió al encuentro un hombre de arrugada frente y altiva mirada, acompañado de otros ciento, los cuales, armados todos con arcos, saetas y agudas lanzas, se presentaron como en actitud amenazadora; gritaron que eran *taynos*, ó sea nobles, no caníbales. Dándoles los nuestros señales de paz, depusieron juntamente las armas y la fiereza; y recibiendo cada uno de ellos un cascabel de alcón, trabaron al punto con los nuestros tan estrecha amistad, que, sin tardanza alguna, de las altas orillas del río saltaron á las naves, entregándose en poder de los nuestros, á quien dieron después sus regalos.

Los que midieron la casa aquella afirman que tenía treinta y dos pasos largos de diámetro (pues era esférica), y que estaba rodeada de otras treinta casas plebeyas, teniendo por techo cañas lacustres de varios colores, entretejidas con arte maravillosa.

Preguntándoles por Guacanaril

del modo que se podía, respondieron que no mandaba él en esta provincia, sino el que allí estaba presente. Manifestaban sentimiento de que Guacananil se hubiera ido de las costas á los montes. Pactando, pues, trato fraternal con este cacique, esto es, rey, se volvieron adonde estaba Colón para contarle lo que habían visto.







## CAPITULO VI

---

SUMARIO : Más exploraciones.—El oro en las arenas.—El cacique Caunaboa.—Conjeturas astronómicas.—Colón le escribe al autor.—Misa cantada allá.—El Almirante envía doce naves á España.—Muestras de lo que trajeron.

**E**NTRETANTO el Almirante envió diversos capitanes con sus centurias para que exploraran más lejos, y entre ellos á Hojeda y á Corbalán, ambos jóvenes, nobles y animosos. El uno de éstos vió cuatro ríos; el otro, por diferente lado, tres que bajaban de los mismos montes en todos los cuales los indígenas que acompañaban á los nuestros recogían en presencia de ellos oro de las arenas del modo siguiente: haciendo con las manos un hoyo en la arena hasta la profundidad del brazo, sacan la mano

izquierda llena de arena del fondo del hoyo; y escogiendo sin más industria las pepitas con la mano derecha, se las daban á los nuestros. Muchos de éstos declaran que han visto pepitas del tamaño de un garbanzo. Después yo mismo he visto una pepita tosca, parecida á una piedra de río, de nueve onzas, hallada por el mismo Hojeda.

Contentándose con estas muestras fueron á dar cuenta al Almirante, pues (según me han referido) había mandado, hasta imponiendo penas, que no se cuidaran más que de los lugares y de las señales.

Se tuvo también la noticia de que había cierto rey de los montes en que tienen origen aquellos ríos, al cual le llaman el cacique Cuanaboa, esto es, señor de la casa de oro; pues á la casa la llaman *boa*; al oro, *cauni*; y al rey *cacique*, según ya se ha dicho. Dicen que en ningunas aguas se puede encontrar pescado mejor ni más sabroso, ó que haga menos daño, y que las

aguas de todos aquellos ríos son muy saludables.

El mismo Melchor me contó á mí que en la tierra de los caníbales el día, en el mes de Diciembre, es igual á las noches. Pero esto no se aviene con la cuenta de la esfera, por más que algunas aves hicieran sus nidos en aquel mes, otras tuvieran en el nido sus hijuelos ya nacidos é hiciera no mediano calor. Y preguntándole yo diligentemente de la altura del polo sobre el horizonte, me contó que la Osa Mayor (*plaustrum*) se esconde toda bajo el polo ártico, y que para los caníbales se les ponen las guardias (ciertas estrellas). En este viaje no ha venido ninguno que acerca de esta materia merezca más crédito que él. Si fuera perito en Astronomía, habría dicho que el día es *casi* igual á las noches, pues en ninguna parte del mundo es la noche igual al día hacia los solsticios; mas ellos nunca llegaron á la equinoccial, puesto que siempre les sirvió de guía el polo ártico y siempre lo

tuvieron elevado sobre el horizonte. Los otros ni son hombres de letras ni de experiencia.

Por esto he aquí breve y desaliñadamente lo que pude recoger; pronto, según espero, sabrás por mí las demás cosas que se descubran, pues me ha escrito el mismo Almirante, á quien me une íntima familiaridad, que me comunicará latísimamente todo lo que ocurra.

Él mismo ha escogido un sitio despejado próximo á cierto puerto para edificar una ciudad, y allí, en pocos días, como la premura del tiempo lo permitió, construyeron casas y una capilla, y el día que celebramos la solemnidad de los tres Reyes se cantó la santa Misa (*divina*) según nuestro rito (puede decirse que en otro mundo tan extraño, tan ajeno de todo culto y religión), con asistencia de trece sacerdotes.

Aproximándose el tiempo en que el Almirante había prometido enviar razón al Rey y á la Reina, y ofreciéndose próspera navegación,

juzgó que no debía diferirlo más, y dispuso las doce carabelas que hemos dicho llegaron, afectado de gran dolor por la muerte de los nuestros, la cual ha sido causa de que muchas cosas que sabríamos ya de la naturaleza de aquellos lugares las ignoremos todavía.

A fin de que, llamando á los farmacéuticos, especieros y perfumistas, puedas comprender lo que producen aquellas regiones y lo cálida que es su superficie, te envió algunas semillas de toda especie, corteza y medula de aquellos árboles, que se supone son de canela. Si se te ocurre, Príncipe Ilustrísimo, gustar, ya los granos, ya ciertas pepitillas que observarás se han caído de ellos, tócalas aplicando suavemente el labio; pues aunque no son dañinas, sin embargo, por el demasiado calor son fuertes y pican la lengua si se les aplica despacio; pero si acaso por gustarlos se enciende la lengua, en bebiendo agua desaparece aquella aspereza. También el portador te dará en mi

nombre ciertos granos blancos y negros del trigo con que hacen el pan (maíz), y lleva un tronco de madera que dicen es de áloe, el cual si haces partir, sentirás el buen olor que emana de él. Vale.

—*En la Corte de España, 29 de Abril de 1494.*







## LIBRO III

---

*Al Cardenal Luis de Aragón.*

(Comprende las exploraciones que hizo Colón de las islas Española, Cuba y Jamaica, hasta que en Septiembre de 1494 le llevaron enfermo á la Isabela.)

### PREFACIO

**O**TRA vez me pides que inepto Faetón rija los caballos de Febo: te empeñas en sacar suaves licores de un pedernal desnudo. Poniéndome delante las cartas del ínclito rey Federico, tu tío, me mandas describir el Nuevo Mundo, llamémosle así, que hasta ahora estaba ignorado en el Occidente, y se ha descubierto bajo la dirección de los Reyes Católicos Fernando é

Isabel, tus tíos. Los dos vais á recibir esta piedra preciosa torpemente engastada en plomo.

Mas cuando pienses que los eruditos han de recibir amigablemente mis hermosas Nereidas del Océano, y los detractores con envidia, y los mordaces disparando con rabia contra ellas dardos llenos de espuma, confesarás ingenuamente cuán corto es el tiempo en que me obligaste á escribir estos libros entre tantas premuras y con mala salud. Pues sabes que yo escogí estas pocas cosas de los originales del mismo Prefecto marítimo, Colón, tan de prisa cuanto podía escribir tu amanuense, que lo hacía dictándole yo, porque día por día me perseguías alegándome tu marcha, que ibas á emprender para volver á su patria á la hermana de nuestro Rey, la reina de Nápoles, tu tía, á quien habías acompañado hacia acá; en ese tiempo me obligaste á escribir un libro cada día.

Encontrarás dos encabezados con otro nombre á quien se dedican,

que mientras estas cosas se procuraban yo los había comenzado á escribir al infeliz Ascanio Sforzia, pariente tuyo, Cardenal Vicecanciller, faltando el cual me faltó también á mí aliento para escribir, y ahora lo has hecho revivir tú y las cartas que me ha dirigido tu ínclito tío, el rey Federico. Saboread la cosa, no la pintura. Vale.—*De Granada, 23 de Abril.*





## CAPITULO PRIMERO

---

SUMARIO : Descripción de la isla Española. — Resuelve Colón edificar la Isabela. — Fertilidad de su suelo. — Exploración de la provincia de Cibao.

**H**EMOS descrito en el libro anterior cómo el almirante Colón recorrió las costas de los caníbales y arribó á la isla Española, con toda la flota, el 2 de Febrero del año 93. Mas ahora contaremos lo que descubrió explorando la naturaleza de la isla y después recorriendo la isla vecina, que él cree tierra continente.

Esta isla Española, que él afirma ser la Ophir de que se habla en el libro tercero de los Reyes, tiene cinco grados australes de latitud, pues se eleva por el Septentrión veintisiete grados y por el Medio-

día veintidós, como ellos refieren, y su longitud de Oriente á Occidente son setecientas ochenta millas de pasos. No faltan de los mismos compañeros del almirante Colón quien alarguen ambas medidas de Oriente á Occidente. Sostienen algunos que la isla dista de Cádiz cuarenta y nueve grados, otros más, pues no han averiguado aún la cuenta exacta. La figura de la isla se parece á la hoja del castaño.

Determinó, pues, levantar una ciudad en la parte septentrional sobre un collado alto, porque junto á este lugar hay una montaña más elevada con canteras para edificar y para hacer cal. Al pie de este monte hay además dilatada llanura, que tiene de larga unas sesenta millas de pasos, y de ancha doce en algunas partes, seis en lo más estrecho y veinte en lo más ancho.

Bañan la llanura varios ríos de aguas saludables; pero el mayor de ellos, que es navegable, desemboca á distancia de medio estadio

en el puerto que hay debajo de la ciudad. Escucha la relación que ellos hacen de la fertilidad de aquel valle y la benignidad de aquel suelo. A la orilla de ese río muchos han amojonado huertos para cultivarlos, de los cuales todo género de verduras, como rábanos, lechugas, coles, borrajas y otras semejantes, á los dieciséis días de haberlas sembrado las han cogido en regular sazón; los melones, calabazas, cohombros y cosas así los cogieron á los treinta y seis días, y decían que jamás los habían comido mejores. Estas hortalizas las tienen recientes todo el año. Raíces de las cañas de cuyo jugo se saca el azúcar, aunque sin jugo que se coagule, criaron hasta en quince días cañas de á codo. De las vides ó pámpanos que plantaron dicen asimismo que, á los dos años de puestas, comieron de ellas buenas uvas, pero que por la excesiva frondosidad echan pocos racimos. Además, un campesino sembró un poco trigo hacia primeros de Febrero, y ¡cosa admi-



rable! á la vista de todos llevó consigo á la ciudad un manojo de espigas sazonadas el día 30 de Marzo, que aquel año era vigilia de la Resurrección del Señor. Las legumbres maduran todas dos veces al año.

He escrito lo que todos los que de allá vuelven han contado unánimes de la fecundidad de aquella tierra. Sin embargo, algunos dicen que, en general, no lleva bien el trigo.

Mientras se hacían estas cosas, el Almirante envió treinta hombres que explorasen por diversos lados la provincia de Cipango, alias Cibao. Es esta provincia montuosa, peñascosa, y en medio de toda la isla hay un promontorio en el cual los indígenas daban á entender por señas que hay gran abundancia de oro. Los enviados por el Almirante regresaron contando maravillas de las riquezas de ella. De sus montañas bajan cuatro grandes ríos que, con admirable industria de la naturaleza, encerrando lo demás

en sus álveos, dividen toda la isla en cuatro partes casi iguales. Diríjense, el uno derechamente hacia Oriente, y los indígenas le llaman Junna; otro al Occidente, volviendo la espalda al primero, y se llama Atibunico; el tercero al Septentrión: su nombre Yache; el último al Mediodía: llámase Naiva.

Pero volvamos á edificar la ciudad.





## CAPITULO II

---

SUMARIO: Construcción de la Isabela.— Marcha Colón al Cibao.— Levanta allí un fuerte.— Le llevan oro.— Envía á Luján que explore más la isla.

**R**ODEADA de fosos y parapetos la ciudad (á fin de que si en su ausencia los indígenas intentaran atacarla pudieran defenderse los que allí quedaban), el día catorce de Marzo, el mismo el Colón, con todos los jinetes y unos cuatrocientos de á pie, marchó derechamente hacia el Mediodía, á la región aurífera.

Pasó un río, cruzó una planicie y traspasó un monte que ciñe el otro lado de la llanura; vino á parar en otro valle cruzado por otro río mayor que el primero y otros

muchos medianos, y pasó el ejército.

Cruzado este valle, en nada inferior al anterior, abrió camino en un tercer monte que hasta entonces no lo había tenido, y bajó á otro valle, que ya es principio del Cibao. Recórrenlo ríos y arroyos que descienden de todos los collados, y en las arenas de todos ellos se encontraba oro. Hallándose ya el Almirante dentro de la provincia aurífera, á setenta y dos millas de la ciudad, determinó edificar un castillo á la orilla de cierto río grande, sobre un collado alto, para desde allí reconocer poco á poco y con seguridad lo secreto de la provincia, y á este fuerte le puso el nombre de Santo Tomás.

Mientras edificaban el castillo, los habitantes de aquella provincia, ansiosos de cascabeles y otras cosas nuestras, todos los días acudían á él, que tardaba; pero el Almirante les indicaba que les daría con muchísimo gusto lo que pidieran si le traían oro; y ellos, vol-

viendo las espaldas al oír estas promesas, corrían á la ribera más próxima, y al poco rato volvían con las manos llenas de oro.

Un indígena anciano trajo dos granos de oro que pesaban casi una onza, pidiendo nada más que un cascabel; y observando él que los nuestros admiraban el tamaño de los granos, admirándose á su vez de que ellos se maravillaran, indicaba que eran pepitas pequeñas y de ninguna importancia; y cogiendo en la mano cuatro piedras, la menor como una nuez y la mayor como una naranja, decía que tan grandes como aquello se encontraban á cada paso en su suelo natal, que distaba de allí sólo medio día, y que sus vecinos no se cuidaban de recoger el oro; pues es cosa conocida que ellos no estiman mucho el oro en cuanto es oro, sino que en tanto lo aprecian en cuanto la mano del artífice supo batirlo ó fundirlo en figura que le agrade á cada uno.

¿Quién paga caro el rudo már-

mol ó el marfil inculto? Nadie ciertamente ; pero si, trabajado por la mano de Fidias ó Praxíteles, se convierte en cabelluda Nereide ó en hermosa Amadriada, no faltarán compradores.

Después de este anciano, se acercaron otros muchos trayendo pepitas de diez y doce dracmas; no tuvieron reparo en confesar que donde habían recogido aquel oro se habían encontrado alguna vez granos como la cabeza de un niño, que mostraban.

Mientras se detenía allí algunos días, mandó á cierto Luján, joven noble, con algunos soldados á explorar parte de la región, y éste refirió que los indígenas le habían dicho cosas aún mayores, pero no trajo nada. Se cree que así lo hizo por mandato del Almirante.

Tienen los bosques llenos de aromas, pero no los mismos que nosotros usamos; los cuales recogen del igual modo que el oro, es á saber: tanto cuanto cada uno tenga que cambiar con los habitantes de



las islas vecinas por alguna cosa que le agrade, por ejemplo, platos, sillas y cosas semejantes, que en otras islas se hacen de cierta madera negra que éstos no tienen. Volviendo Luján á la presencia del Almirante hacia mediados de Marzo, encontró en los bosques uvas silvestres maduras, de excelente sabor, según dijo, pero los isleños no tienen ningún cuidado de ellas.

Esta provincia, aunque pedregosa (pues en la lengua de ellos *cibano* significa lo que tiene mucha piedra), cría muchos árboles y hierba. Y aun dicen que la hierba de sus montes, que toda es de césped, si se siega, en el intervalo de cuatro días se hace más alta que el trigo. Cuentan que llueve frecuentemente, y que por eso hay tantos arroyos y ríos, cuyas arenas, hallándose en todas partes mezcladas de oro, se opina que los torrentes lo arrastran de las montañas.

Se sabe que son gente ociosa, pues á veces, si aprieta el frío, es-

ían tiritando en los montes, y, sin embargo, teniendo bosques llenísimos de algodón no cuidan de hacerse vestidos, pero en los valles ó llanuras no tienen frío.





### CAPITULO III

---

SUMARIO: Pasa Colón á explorar la isla de Cuba. — Pretensiones de los portugueses. — Jamaica.

**E**XPLORADAS así estas cosas con diligencia á la entrada de la provincia de Cibao, el día 1.º de Abril, víspera de la Resurrección, se volvió á la Isabela, pues éste era el nombre de la ciudad, dejando en el gobierno de ella y de toda la isla á su hermano y á cierto Pedro Margarit, antiguo familiar de la Corte, y se dispuso á recorrer la tierra que él juzgaba continente, y distaba sólo de allí setenta millas, acordándose del precepto del Rey que le había encargado que se apresurase á recorrer cuantas costas nuevas pudiera, no fuera que

algún otro rey quisiera sujetar antes á su poder aquellas regiones.

Pues el rey de Portugal decía públicamente que le tocaba á él descubrir lo que había oculto por allá; pero el Sumo Pontífice Alejandro VI concedió al rey y á la reina de las Españas, por Bulas con sello de plomo, que ningún otro Príncipe se atreviese á tocar aquellas regiones desconocidas, trazando, para quitar la causa de disensiones, una línea recta de cien leguas y, por fin, en virtud de arreglo, de trescientas, del Septentrión al Austro, fuera del paralelo de las islas que se llaman Cabo Verde. Estas islas creemos que son las Hespérides, pertenecientes al rey de Portugal, y desde allí sus marinos, descubriendo todos los años nuevas playas, siempre á la izquierda, al otro lado de África, por los mares de los etíopes, volvían las proas al Oriente, y nunca los portugueses habían navegado aún de las Hespérides á Mediodía ni al Occidente.

Saliendo, pues, con tres naves, en breve tiempo llegó á la provincia que en la primera navegación, pensando que era isla, la llamó *Juana*, y al principio de ella le puso el nombre de *Alpha* y *Omega* porque juzgaba que en ella estaba el fin de nuestro Oriente, poniéndose allí el sol, y el del Occidente, saliendo. Pues consta que el principio de la India ultra-gangética está por el Occidente y su término último por Levante, y no es del todo extraño cuando los cosmógrafos han dejado indeterminados los límites de la India gangética, y no falta quien crea que las costas de la India no distan mucho de las playas españolas.

Los indígenas llaman á esta parte Cuba, á cuya vista, en el ángulo extremo de la Española, encontró un puerto muy cómodo, pues en aquella parte la isla forma amplia ensenada. A este puerto le puso el nombre de San Nicolás, y de él apenas dista Cuba veinte leguas.

Se dió, pues, á la vela, y, tomando la costa meridional de Cuba, viró hacia el Occidente. Allí las costas, cuanto más adelantaba, comienzan á ensancharse más y á formar curva hacia Mediodía.

Al lado meridional de Cuba encontró primeramente la isla que los indígenas llaman *Jamaica*. Afirma que esta isla es más larga y más ancha que Sicilia, y que consta de un solo monte, el cual, comenzando por todos sus lados desde el mar, se eleva poquito á poco hasta el medio de la isla, y tan suavemente se va extendiendo hasta la cumbre que los que suben apenas lo advierten. Asegura que lo mismo en las playas que en lo interior es feracísima y muy poblada, y de los habitantes dicen sus vecinos que son de más agudo ingenio que los demás insulares, más dados á las artes mecánicas y más belicosos. Pues en muchos lugares, queriendo el Almirante tomar tierra, se presentaron armados y amenazadores, y repetidas veces



intentaron luchar; pero vencidos siempre, todos pactaron amistad con el Almirante.





## CAPITULO IV

---

SUMARIO: Conjeturas equivocadas.— Costeo de Cuba.— Puerto Grande. — Banquete inesperado. — Colón al habla con setenta indios.

DEJANDO, pues, la Jamaica, navegó hacia Occidente con vientos favorables setenta días, y le parece que por el ámbito de la tierra inferior á nosotros llegó no lejos del Quersoneso Aureo, principio de nuestro Oriente, más allá de la Persia, pues él cree que de las doce horas del sol que nos eran desconocidas <sup>1</sup>, solas dos le han quedado por conocer. Porque los antiguos habían dejado intacta la mitad de la carrera del sol, dado que sólo conocemos la superficie te-

---

<sup>1</sup> Quiere decir medio mundo, ó la parte de mundo que el sol recorre aparentemente en doce horas.

rrestre que se extiende desde Cádiz hasta el Ganges ó hasta el Quersoneso Aureo.

En este viaje daba todos los días con mares que corren como torrentes, en pasos muy vadosos en estrechuras innumerables por la muchedumbre de islas adyacentes; pero teniendo en poco entonces todos estos peligros, sólo determinó seguir adelante hasta que averiguase de cierto si Cuba era isla ó tierra continente. Navegó, pues, siempre costeando sus playas al Occidente, sobre doscientas veintidós leguas, como él dice, esto es, cerca de mil trescientas millas de pasos, y puso nombre á innumerables (*septingentis*) islas, dejando continuamente á la izquierda más de tres mil, conforme él se atreve á decirlo. Pero volvamos á las cosas dignas de contarse que encontraba en su navegación.

Cuando ya navegando por la costa de Cuba investigaba la condición de los sitios á corta distancia de *Alpha y Omega*, ó sea de su prin-

cipio, encontró un puerto capaz de muchas naves; pues su entrada tiene la figura de hoz y está incluída por ambos lados entre promontorios que reciben las ondas que vengan de alta mar, y dentro comprende vasto espacio con inmensa profundidad.

Recorriendo las costas del puerto, vió no lejos de la orilla dos chozas de paja, y en muchos lugares fuego encendido, é hizo bajar á tierra algunos hombres armados que fueran á las casetas. Bajaron, y no encontraron á nadie; pero hallaron puestas al fuego en asadores de madera unas cien libras de pescado, y con el mismo pescado dos serpientes de á ocho pies. Llenos de admiración miran alrededor por si ven algunos indígenas, sin que se divisara nadie en todo lo que se extendía la vista (pues al acercarse los nuestros se habían refugiado en las montañas los dueños del pescado).

Sentáronse y disfrutaron contentos de los peces cogidos con ajeno

trabajo, dejando las serpientes, las cuales afirman que en nada absolutamente se diferencian de los cocodrilos de Egipto sino en el tamaño; pues de los cocodrilos dice Plinio que se encontraron algunos de dieciocho codos, pero las mayores de estas serpientes tienen ocho pies.

Después de bien comidos, penetrando en el próximo bosque encontraron varias serpientes de ésas colgadas de los árboles con cuerdas, que unas tenían la boca atada con cordeles, otras quitados los dientes.

Después, reconociendo las cercanías del puerto, vieron como setenta hombres en la cima de cierto peñasco alto, los cuales al acercarse los nuestros habían huído para mirar desde allí qué quería esta gente nueva. Los nuestros se esforzaban por atraerlos con ademanes, señas y halagos; con esperanza de los regalos ofrecidos desde lejos se acercó uno, pero hasta un peñasco próximo como quien temía. Mas el Almirante, que tenía consigo á cier-

to Diego Colón educado entre los suyos, joven tomado en la primera navegación de la isla vecina de Cuba llamada Guanahaini, sirviendo de intérprete Diego, cuyo idioma era casi semejante al de éstos, habló al que se había acercado más: depuesto el miedo, se aproximó el indígena y persuadió á los demás que se acercaran sin temor y no tuvieran miedo.

Con esa noticia bajaron de las rocas á las naves unos setenta: trabaron amistad, y el Almirante les hizo regalos y entendió que eran pescadores, enviados á pescar por su rey, que preparaba á otro rey solemne convite. Llevaron á bien y se alegraron de que la gente del Almirante se hubiera comido el pescado puesto á la lumbre, supuesto que habían dejado las serpientes; pues no hay vianda alguna que estimen tanto como las serpientes aquellas, tanto que los plebeyos no pueden comerlas, como entre nosotros pasa con los faisanes ó pavos; pero peces dijeron



que aquella noche cogerían otros tantos.

Preguntados que por qué se disponían á asar los peces que habían de llevar á su rey, respondieron que por podérselos presentar frescos é incorruptos; y con esto, dándose la mano en señal de amistad, cada uno se volvió á su casa.





## CAPITULO V

---

SUMARIO : Prosigue Colón costeando á Cuba. — Generosidad de los indios. — Aguas calientes. — Un pez pescador.—Otros indios amigos.

**E**L Almirante prosiguió, como se lo había propuesto, hacia sol poniente, desde el principio de Cuba, que él mismo había llamado *Alfa y Omega*, según dijimos. Las playas que median hacia este puerto, aunque llenas de árboles, son, sin embargo, ásperas y montuosas. Algunos de los árboles estaban en flor, y desde el mar se percibían sus suaves olores; otros se veían cargados de frutas; pero más allá del puerto el terreno es más feraz y está más poblado, y sus habitantes son más pacíficos que los demás y son más aficionados á

novedades ; pues viendo nuestras naves, todos á porfía concurrían á las playas ofreciendo á los nuestros el pan que ellos comen y calabazas llenas de agua, y les invitaban á que saltaran en tierra.

Tienen todas estas islas cierta especie de árbol tan alto como los olmos que da por fruto calabazas. Lo emplean como bebida mas no como comida, pues su meollo, según dicen, es más amargo que la hiel, pero su corteza tan dura como la de la tortuga <sup>1</sup>.

El día 15 de Mayo, mirando los vigías desde la atalaya hacia la izquierda por el Sur, vieron espesa multitud de islas, conforme iban navegando, cubiertas de hierba, verdor y árboles fértiles, y advirtieron que estaban habitadas.

Por la costa del continente encontró un río navegable de aguas tan calientes que ninguno podía

---

<sup>1</sup> Parece que habla del cocotero: son las primeras noticias que llegan acerca de ese árbol tan precioso, como primeras inexactas, y esto debido, sin duda, á que probarían el coco fuera de sazón.

tener en ellas la mano mucho rato; y al siguiente día, viendo á lo lejos una canoa de pescar, y temiendo que los pescadores huyeran al ver á los nuestros, mandó el Almirante que en silencio los entrecogieran con los botes; pero ellos esperaron intrépidos á los nuestros.

He aquí un nuevo modo de pescar. No de otra manera que nosotros perseguimos á las liebres con perros galgos por los campos, ellos, con un pez cazador, cogían otros peces; aquel pez era de una forma desconocida para nosotros; su cuerpo muy semejante á una anguila grande, pero tenía en el pescuezo una piel durísima, á modo de gran bolsa. Tiénenle atado con un cordel en el casco (*sponda*) de la nave, pero tan bajo que el pez pueda estar junto á la quilla dentro del agua, pues no sufre de modo alguno la vista del aire.

Cuando ven algún pez grande ó tortuga, que allí son mayores que un escudo grande, le dan cuerda; él, sintiéndose desatado, más rápi-

do que una saeta embiste al pez ó á la tortuga que tenga alguna parte de su cuerpo fuera de la concha, y echándole encima la piel aquella de su bolsa, sujeta tan tenazmente la presa cogida que ninguna fuerza basta para desenvolverla mientras él vive, si no se le saca afuera recogiendo poco á poco el cordel, pues en viendo el fulgor del aire al momento abandona la presa: levantada, pues, la presa hasta cerca de la superficie del agua, se tiran al mar tantos pescadores cuantos se necesiten para sujetarla, hasta que los compañeros la agarran desde la nave.

Subida á bordo, alargan tanta cuerda cuanta sea menester para que el pez cazador pueda volverse á su sitio dentro del agua, y allí, con otro cordel, le echan comida de la misma presa. Los indígenas llaman á ese pez *guaicano*; los nuestros *vuelto*, porque le pescan boca arriba. Regalaron á los nuestros cuatro tortugas cogidas de ese modo, que casi les llenaban la navecilla, pues

es para ellos comida regalada. Los nuestros, por su parte, dándoles algunos regalos, los dejaron contentos.

Preguntados los pescadores acerca de la extensión de aquella tierra, manifestaron que no tenía fin por Occidente, é insistieron en que el Almirante bajara él ó enviara con ellos quien saludara á su cacique ó rey, prometiendo que el cacique daría muchos regalos á los nuestros si iban; pero el Almirante, para no demorar lo comenzado, rehusó complacerles. Sin embargo, preguntaron su nombre y dieron á los nuestros el nombre de su cacique.

Prosiguiendo desde allí hacia adelante con rumbo siempre á Occidente, á los pocos días llegó al pie de una montaña altísima, y por su fertilidad llena de habitantes. Los indígenas acudían de todas partes á las naves, trayendo pan, algodón, conejos y aves, y preguntaban con admiración y afecto al intérprete si aquella gente bajaba del cielo. El rey de ellos y otros muchos varo-



nes graves que le rodeaban, indicaban que aquella tierra no era isla.

Entrados poco después en otra isla de las que había cerca de esta tierra por el lado izquierdo, no pudieron coger á ninguno; pues huyeron todos, hombres y mujeres, al acercarse los nuestros. Vieron en ella cuatro perros, pero que no ladraban, de aspecto muy feo, que se los comen como nosotros los cabritos. Esta isla cría innumerables patos, ánades, garzas. Finalmente, entró en canales tan estrechos entre las islas y el continente, que apenas podían volver atrás las naves, y tan vadosos que la quilla á veces barría la arena. El agua de estas gargantas, por espacio de cuarenta millas, era de color de leche, y espesa como si hubieran echado harina en todo aquel mar.





## CAPITULO VI

---

SUMARIO : En la bahía de Batabano.—Grullas que ni eran frailes del otro mundo, ni mandarines orientales.—Frondosidad del terreno.

**C**UANDO por fin salieron á mar ancho á las ochenta millas, echó de ver otro monte altísimo, y se fué allá para hacer aguada y coger madera. Entre palmerales y pinares altísimos halló dos fuentes nativas de aguas dulces. Mientras cortaban maderos y llenaron los barriles, uno de nuestros ballesteros se entró en la selva á cazar; allí un hombre, vestido con una túnica blanca, se le presentó tan de improviso, que á primera vista creyó que era un fraile del orden de Santa María de la Merced, que el Almirante llevaba consigo de sacerdote;

pero, al punto, á aquél le siguieron otros dos salidos del bosque; después, á lo lejos, vió un pelotón que venía como de treinta hombres, cubiertos con vestidos; mas entonces, volviendo la espalda y dando voces, huyó á las naves corriendo cuanto podía. Aquellos de las túnicas se esforzaban de todos modos por mostrársele agradables y persuadirle que no recelara, pero sin embargo el arquero huía.

Contado esto al Almirante, alegrándose de haber encontrado gente culta, al punto envió á tierra hombres armados con orden de que, si era menester, se internaran cuarenta millas en la isla hasta que encontraran aquellos de las túnicas ú otros indígenas, buscándolos con toda diligencia.

Habiendo cruzado el bosque, encontraron una vasta planicie cubierta de hierba, en la cual ni vestigio de senda hubo jamás. Esforzándose en andar por la hierba, se vieron tan embarazados que apenas anduvieron una milla, pues la

hierba no era menor que nuestras mieses espigadas; cansados, pues, se volvieron sin encontrar senda.

Al día siguiente envió veinticinco hombres armados, á los cuales mandó que explorasen diligentemente qué gente habitaba aquella tierra. Estos, habiendo observado no lejos de la costa ciertos vestigios recientes de animales grandes, entre los cuales les pareció que había leones, llenos de miedo se volvieron. Al regresar encontraron una selva llena de vides, criadas naturalmente y entrelazadas á cada paso con altos árboles, y de otros muchos árboles que dan frutos aromáticos. Trajeron á España racimos de mucho peso y muy jugosos. Mas de otras frutas que echaron, como no podían cómodamente en las naves hacerse pasas, no trajeron ninguna, pues se pudrieron todas, y corrompidas las tiraron al mar. En los prados de aquellos bosques cuentan que vieron bandadas de grullas doble mayores que las nuestras.

En el curso de la navegación, dirigiendo las velas hacia otros ciertos montes, no encontró más que un solo hombre en dos chozas que vió en la playa, el cual, llevado á las naves, con la cabeza, con los dedos, y de todos los modos que podía, daba á entender que la tierra que caía al otro lado de aquellos montes estaba muy poblada.





## CAPITULO VII

---

SUMARIO: Prosigue Colón el costeo de Cuba. — Vuelve atrás. — Misa en la playa. — Discreto sermón de un indio.

**A**L arribar el Almirante á aquellas playas, le salieron al encuentro muchas canoas, y se trataron mutuamente por señas con mucha afabilidad. Ni el Diego aquel que á la entrada de Cuba había aprendido la lengua de los indígenas los entendía á éstos, pues averiguaron que son varios los idiomas en las varias provincias de Cuba, y decían que en lo interior de la provincia había un rey potentísimo, que iba vestido. Dice que esta región está toda sumergida y cubierta de agua, y sus costas cenagosas, llenas de ár-



boles, como nuestras lagunas; y habiendo saltado allí en tierra para hacer aguada, vió las conchas de que se obtienen las perlas; mas no por eso se detuvo, pues entonces su intento no era otro que recorrer cuantos mares pudiera, según se lo habían mandado los Reyes.

Prosiguiendo, pues, adelante, todas las cimas de las costas hasta otro monte que se presentaba á ochenta millas de pasos, humeaban. No había ningún peñasco atalaya de que no saliera humo. Ni se supo de cierto si las hogueras de los indígenas estaban dispuestas para usos necesarios, ó si, como suele hacerse en los sospechosos tiempos de guerra, hacían con aquel humo señales á los vecinos para que se refugiaban á lugar seguro, ó para juntarse en algún sitio si es que los nuestros intentaban hacer algo contra ellos, ó acaso, lo que parece más regular, para que concurrieran á mirar nuestras naves como á una cosa admirable.

Las costas se le inclinaban, tan

pronto al Sur, tan pronto al Sud-oeste, y el mar por todas partes estaba cuajado de islas. Aquí, pues, las quillas, que muchas veces habían barrido la tierra, por los mares vadosos quebrantadas; las cuerdas, velas y demás jarcias ya podridas; los alimentos, que, humedecidos por las grietas de las mal carenadas naves, se habían enmohecido, y principalmente la galleta, que se había corrompido, obligaron al Almirante á volver proas atrás. A esta última costa, á que llegó del existimado continente, la llamó Evangelista.

Volviendo las velas atrás, entre otras islas no tan vecinas del continente entró en un mar tan lleno de grandes tortugas que á veces retardaban á las naves, y luego penetró en un estrecho de aguas blanquecinas, como arriba hemos escrito que encontró otro.

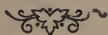
Por fin se volvió por donde había venido á las costas del creído continente temiendo á los vados de las islas, y los indígenas de ambos se-

xos, depuesto todo temor, con rostro alegre le llevaban dones (como que no había molestado á nadie en su venida): unos, loros; otros pan, agua, conejos, pero principalmente palomas torcaces, mayores que las nuestras, las cuales el Almirante dice que fueron de mejor sabor y gusto que nuestras perdices; por lo cual, como quiera que al comer advirtieran que de ellas se exhalaba cierto olor aromático, mandó que á algunas, acabadas de matar, les abrieran la garganta, y encontró los buches llenos de flores olorosas, y dedujeron que de estas provenía aquel gusto nuevo de las torcaces; pues es conforme el creer que las carnes de los animales absorben la naturaleza del alimento.

Mientras el Almirante oía misa en la playa, he aquí á cierto varón principal, octogenario y grave, y sin embargo desnudo, con muchos que le acompañaban, el cual, mientras se celebraban los sagrados misterios, asistió admirado con respetuoso rostro y mirada. Después

regaló al Almirante un canastillo que en la mano llevaba lleno de frutos del país, y, sentándose junto á él, por medio del intérprete Diego Colón, que entendía aquel idioma, acercándose más dijo el siguiente discurso :

«Nos han contado que tú has recorrido con ejército poderoso todas estas provincias que hasta ahora te eran desconocidas, y que has causado no poco miedo á los pueblos que las habitan. Por lo cual te advierto y amonesto que las almas, cuando salen del cuerpo, tienen dos caminos: uno tenebroso y horrible, preparado para aquellos que molestan y hacen daño al género humano; otro placentero y deleitable, destinado para los que en vida amaron la paz y tranquilidad de las gentes. Si, pues, tienes presente que eres mortal, y que á cada uno le están señalados los méritos futuros según las obras presentes, no harás mal á nadie.»





## CAPITULO VIII

---

SUMARIO: Respuesta del Almirante.—Alegría del anciano indio.—La edad de oro.—Vuelve á Jamaica.—Llévanle muy enfermo á la Isabela.

**CU**ANDO por medio del intérprete insular fueron dichas estas cosas y otras semejantes al Almirante, maravillado de ver tal juicio en un hombre desnudo, respondió: Que sabía muy bien todo lo que había dicho de los varios caminos y premios de las almas cuando salen del cuerpo, y que había estado en la creencia de que él y los demás habitantes de aquellas provincias ignoraban esas cosas hasta el presente, viviendo, como viven, solamente á lo natural. Respecto de lo

demás, respondió que el rey y la reina de las Españas le habían enviado para que apaciguase todas aquellas regiones del mundo desconocido hasta ahora, es á saber: para que debelara á los caníbales y demás hombres malos del país y les impusiera los merecidos castigos, pero á los inofensivos los defendiera y honrara por sus virtudes; y así que no tuviera recelo ni él ni otro ninguno que no sea amigo de hacer daño, sino que antes declare si acaso á él mismo ó á otros hombres de bien les han hecho alguna injusticia los vecinos.

Las palabras del Almirante agradaron tanto al anciano, que repetía que con sumo gusto, aunque ya tan avanzado en edad, se iría con él, y lo habría hecho á no oponerse la mujer y los hijos. Pero se maravilló sobremanera de que el Almirante estuviese bajo el imperio de otro, y mucho más se asombró cuando el intérprete le refirió cuál y cuánta era la pompa de los Reyes, su poder, su fausto, el



aparato de guerra, qué grandes las ciudades, cuáles los pueblos. Permaneció, pues, algo triste el honrado anciano, postrado ante sus pies con su mujer é hijos, saltándole las lágrimas, y preguntaba una y otra vez si no era el cielo la tierra esa que engendraba tales y tan grandes varones.

Tienen ellos por cierto que la tierra, como el sol y el agua, es común, y que no debe haber entre ellos *mío* y *tuyo*, semillas de todos los males<sup>1</sup>, pues se contentan con tan poco que en aquel vasto territorio más sobran campos que no le falta á nadie nada. Para ellos es la edad de oro. No cierran sus heredades ni con fosos, ni con paredes, ni con setos; viven en huertos

---

<sup>1</sup> No se olvida el autor de que es poeta. Aquí y en algún otro pasaje análogo se le ven tales aficiones; más no por eso entienda nadie que prefiere al estado de sociedad perfecta y á la civilización el estado de naturaleza á que descendieron los miseros habitantes del Nuevo Mundo hasta quedarse desnudos y comerse unos á otros. El *tuyo* y *mío* son ciertamente ocasión de males sin cuento, y esto puede decirse sin negar la legitimidad ni la necesidad de la propiedad individual.

abiertos, sin leyes, sin libros, sin jueces; de su natural veneran al que es recto; tienen por malo y perverso al que se complace en hacer injuria á cualquiera; sin embargo, cultivan el maíz y la *juca* y los *ages*, como dijimos que se hace en la Española.

Marchando, pues, de allí para volverse, vino á dar otra vez con la Jamaica por su lado meridional, y la recorrió toda de Occidente á Oriente. De cuyo último ángulo oriental, echando de ver á su izquierda, por el Septentrión, unas montañas altas, conoció, por fin, que era el lado meridional de la isla Española que no había recorrido aún; por lo cual, entrando el 1.º de Septiembre en el puerto de aquella isla, que se llama San Nicolás, reparaba las naves con ánimo de devastar otra vez las islas de los caníbales y quemarles todas las canoas, para que los lobos rapaces no puedan hacer más daño á las vecinas ovejas; pero le impidió llevarlo á cabo la mala salud de que, por

sus demasiadas vigiliass, adolecía.

Llevándole, pues, medio muerto los marineros á la ciudad de la Isabela, recobró por fin la salud antigua entre los dos hermanos que allí tenía y los demás familiares; y ya no pudo debelar á los caníbales á causa de las sediciones que sobrevinieron entre los españoles que había dejado en la Española, de lo cual hablaremos más abajo. *Vale.*







## LIBRO IV

---

*Al cardenal Luis de Aragón, sobrino  
de nuestro Rey.*

(Comprende hasta el segundo embarque del Almirante  
para España, que fué el 10 de Marzo de 1496.)

### CAPITULO PRIMERO

---

SUMARIO: Piensa el Almirante volver á España.—Los indios se soliviantan.—Se trata de asegurar á los caciques.—Plan homicida de Caunaboa.

**A**L volver el almirante Colón del continente indio, según él se lo figuraba, averiguó que Fray Boil y Pedro Margarit, el cual era un varón noble antiguo familiar del Rey, y otros muchos de los que había dejado para gobernar la región, se

habían ido á España con malas intenciones. Por lo cual, para sincerarse ante los Reyes por si en algo pensaban mal de él por lo que esos hubieran dicho, y también para pedir otros hombres en sustitución de los que se habían vuelto, y asimismo para proveer á la falta de alimentos, como trigo, vino, aceite y otras cosas semejantes, que los españoles suelen comer, puesto que no podían fácilmente acostumbrarse á las comidas insulares, determinó volverse á la corte, que entonces moraba en Burgos, ciudad célebre de Castilla la Vieja; pero contaré brevemente lo que hizo antes.

Los reyezuelos insulares, que hasta entonces, contentándose con lo poco suyo, habían vivido tranquila y pacíficamente, al ver que los nuestros se establecían en el suelo natal de ellos, lo llevaban á mal, y nada deseaban tanto como echarlos de allí completamente, acabarlos del todo y abolir toda memoria de ellos. Pues la gente que había seguido al Almirante en la primera navega-



ción, en su mayor parte indómita, vaga y que, como no era de valer, no quería más que libertad para sí de cualquier modo que fuera, no podía abstenerse de atropellos, cometiendo raptos de mujeres insulares á la vista de sus padres, hermanos y esposos; dados á estupros y rapiñas, habían perturbado los ánimos de todos los indígenas. Por lo cual en muchas partes los indígenas, á cuantos de los nuestros se encontraban descuidados, los asesinaban con rabia y como si ofrecieran sacrificios á Dios.

Pensando, pues (Colón), que debía apaciguar los ánimos alterados y castigar á los que habían matado á los nuestros antes de venirse de allá, invitó para hablar al Rey de aquel valle, que en el libro anterior dijimos había á la raíz de los montes ciguanos. Llamábase Guarionex, el cual, para ganarse más estrechamente la amistad del Almirante, quiso casar á su hermana con Diego Colón, que se había educado desde niño con el Almirante

y le había servido de intérprete en el viaje de Cuba.

Después envió á Hojeda como Embajador á Caunaboa, señor de los montes cibanos, esto es, de la región del oro (cuyos indígenas habían tenido sitiado dentro del castillo de Santo Tomás al mismo Hojeda con cincuenta soldados por espacio de treinta días, y no habían levantado el sitio hasta que vieron que venía el mismo Almirante con gran escuadrón). Deteniéndose Hojeda con Caunaboa, varios reyezuelos de la provincia enviaron mensajeros que se esforzaran por persuadir á Caunaboa que no permitiera á los cristianos establecerse en la isla si no prefería servir á imperar; pues tenía que suceder que si los cristianos no eran arrojados completamente de la isla, todos los insulares habrían de ser siervos de ellos.

Por otra parte, Hojeda trataba con Caunaboa que fuera él mismo á ver al Almirante, y pactara con él alianza y amistad. Los legados de

los régulos se ofrecían á sí mismos y todas sus cosas para apoderarse de la provincia. Hojeda le amenaza con la muerte y la ruina de los suyos si prefería la guerra á la paz con los cristianos. Así, pues, Cuanaboa, combatido de una y otra parte, cual escollo por diversas olas en medio del mar, agitado también por la conciencia de sus delitos, porque había matado á traición á veinte de nuestros hombres cogiéndolos descuidados, aunque parecía desear la paz, sin embargo, temía presentarse al Almirante. Por fin, habiendo premeditado un fraude, se puso en camino con toda su familia y otros muchos armados á su modo para ir á ver al Almirante con ánimo de matarle á él y á los demás, bajo apariencia de paz, si se presentaba ocasión. Preguntado por qué llevaba consigo tan gran número de hombres, respondió que un Rey tan grande como era él no estaba bien que caminara y saliera de casa sin ir acompañado.

Pero sucedió muy al revés de lo que él había pensado, pues cayó en los lazos por él mismo preparados; porque Hojeda, con halagos y promesas, por fin le condujo al Almirante, disgustándose el cacique en el camino del error que había cometido saliendo de casa; fué preso y encadenado, y las almas de los nuestros separadas de los cuerpos no estuvieron mucho tiempo sin vengar.





## CAPITULO II

---

SUMARIO: Hambre en la Española.—Son causa los indígenas.—Levanta Colón otro fuerte.—Se escaman los indios.—Masa de oro.—Electro.—Ambar.

**P**RESO Caunaboa con toda su familia, el Almirante determinó recorrer la isla; pero le informaron que había tal hambre entre los insulares que habían muerto ya más de cincuenta mil hombres, y que caían todos los días, á cada paso, como reses de un rebaño apestado.

Lo cual se supo que les aconteció por su malicia. Pues viendo que los nuestros querían escoger asiento en la isla, pensando ellos que podían echarlos de allí si faltaban los alimentos insulares, determinaron, no solamente abstenerse de

sembrar y plantar, sino que cada uno comenzó en su provincia á destruir y arrancar las dos clases de pan que tenían sembrado, del cual hicimos mención en el libro primero, pero principalmente entre los montes cibanos ó cipangos, porque conocían que el oro en que aquella provincia abundaba era la causa principalísima que detenía á los nuestros en la isla.

Entretanto mandó (el Almirante) un capitán con escuadrón de armados que explorase el lado meridional de la isla. Entonces manifestó que todas las provincias que había recorrido sentían tal penuria de pan que, en el espacio de dieciséis días, nunca habían comido más que raíces de hierbas y de palmillas ó frutas silvestres de árboles del monte. Guarionex, cuyo reino no estaba tan apretado del hambre como los demás, dió á los nuestros algunos alimentos. Pocos días después, para que fuesen más cortos los trechos de viaje, y para que los nuestros tuvieran más próximos y



en mayor número los refugios, por si acaso alguna vez les amenazaba alguna violencia de los insulares, desde la ciudad Isabela hasta el castillo de Santo Tomás, en los confines de este reino de Guarionex, levantó otro fuerte, que llamó la Concepción, dentro del término del Cibao, sobre amena colina, con saludables aguas que allí brotan.

Mas cuando vieron los isleños que se iban levantando nuevos edificios, viendo en el puerto nuestras naves ya podridas y medio destruidas, comenzaron á perder toda esperanza de libertad, y con tristeza preguntaban si se irían los cristianos.

Finalmente, explorando desde el fuerte de la Concepción lo interior de los montes cibanos, obtuvieron de cierto reyezuelo una masa tosca de oro, cóncava, á modo de toba natural, más grande que el puño, que lo habían encontrado, no á la orilla de aquel río, sino en seco túmulo, y pesaba veinte onzas. Yo mismo la vi en el emporio de Cas-

tilla la Vieja, Medina del Campo, donde entonces invernaba la Corte, y tomándola en la mano la sospesé y manejé.

Vi asimismo un pedazo de electro puro, de que se pueden fundir las campanas y los morteros de los farmacéuticos y otras cosas semejantes, como de bronce de Corinto, el cual pesaba tanto que apenas podía yo, no ya levantarlo del suelo con ambas manos, sino ni moverlo á derecha é izquierda; decían que aquella masa pasaba de trescientas libras de á ocho onzas. Se la habían hallado abandonada por los antepasados en el atrio de cierto reyezuelo; mas ellos sabían, por más que durante la vida de ninguno de los insulares que vivían no se hubiera extraído nada de electro, dónde estaba la mina; mas apenas se les pudo arrancar su lugar: tanta inquina tenían ya á los nuestros. Por fin la manifestaron, aunque destruída y cegada con piedras y tierra, que habían echado; aunque se cava más ligeramente

que el hierro en las minas de este metal, piensan que se puede rehacer esta mina de electro si van operarios y mineros aptos para ese trabajo.

No lejos del mismo fuerte de la Concepción, en los mismos montes, encontraron no pequeña cantidad de ámbar, y que en otra parte destilaba en las cuevas color garzo no vulgar de qué usan los pintores. Cruzando los bosques, encontraron selvas inmensas que no criaban más árboles que los coccíneos, cuya madera vuestros mercaderes italianos llaman *vercino* y los españoles *brasil*.





## CAPITULO III

---

SUMARIO: ¿Por qué no traían más oro? — Desarreglo de algunos españoles. — Sus consecuencias. — Pacto tributario de Colón con los caciques.

**A**quí tal vez, oh Príncipe ilustrísimo, te pondrás á meditar perplejo y dirás para tus adentros: han traído los españoles unas naves como cargadas de palo del Brasil; mas de oro poco, de algodón y ámbar algo, de aromas algunos. ¿Por qué no trajeron oro y demás cosas con que, según tú ponderas, parece que brinda aquella tierra?

A esto te responderé lo que me dijeron. El mismo almirante Colón, preguntado sobre estas cosas, decía que los españoles que llevó consigo eran más dados al sueño y al

ocio que no á los trabajos, y más amigos de sediciones y novedades que de paz y tranquilidad. Pues la mayor parte se separó de él, y por eso refiere que no fué posible vencer ó subyugar más pronto á los isleños y quebrantar sus fuerzas para apoderarse libremente de toda la isla.

Los españoles dicen que no pudieron aguantar sus crueles é injustos mandatos, y le han levantado muchos testimonios, por los cuales obstáculos apenas la ganancia ha podido compensar el gasto. Pero en este año quinientos uno, en que por tu mandato escribo estas cosas, en el espacio de dos meses han recogido unas mil doscientas libras de oro, de á ocho onzas cada una. Mas volvamos á nuestro propósito, que estas cosas tocadas á la ligera, por digresión, se aclararán más latamente en su lugar.

Viendo, pues, el Almirante á los indígenas en ansiedad y perturbados sus ánimos, y no pudiendo refrenar á los nuestros de violencia y

rapiña mientras se hallasen entre aquéllos, habiendo convocado á muchos de los más principales de las comarcas colindantes, convinieron en que el Almirante no dejara vagar á los suyos por la isla, pues, so pretexto de buscar oro y otras cosas insulares, nada dejaban intacto ó impoluto. Ellos prometieron todos que cada uno, desde los catorce años hasta los setenta, darían al Almirante el tributo que quisiera de los productos de su región, y que observarían lo que él les mandara. Hízose pacto de que los habitantes de los montes cibanos enviarían á la ciudad cada tres meses, que ellos por la luna llaman lunas, cierta medida llena de oro que les fué señalada; que los que habitan las provincias donde se crían naturalmente aromas ó algodón, tributarían por cabezas cierta cantidad.

Agradó lo pactado, y se hubiera concluído que cada una de las partes guardara las promesas; pero el ímprobo hambre rescindió todas estas cosas, pues apenas tenían cuer-



pos para buscar la comida por los bosques, teniéndose que contentar por largo tiempo con raíces de hierbas y frutas de árboles silvestres; pero la mayor parte de los régulos con sus súbditos, entre aquellas estrecheces de la necesidad, presentaron parte del tributo prometido, pidiendo humildes al Almirante que se apiadara de su miseria y condonara hasta que la isla volviera á su estado primitivo, que entonces lo que ahora faltara se reintegraría en un doble.

De los del Cibao pocos guardaron los pactos, pues padecían más hambre que los demás. De éstos dicen que se diferencian en costumbres y lengua de los que habitan en lo llano, cuanto en las demás regiones los campesinos de las montañas se distinguen de los de la corte. Aunque todos en su tenor de vida se muestran rudos, sencillos y agrestes, hay, sin embargo, entre ellos alguna diferencia.





## CAPITULO IV

---

SUMARIO: Caunaboa preso.—Su astuto plan.—Va Hojeda preparado.—Los vence.—Funesto ciclón.—Muere Caunaboa camino de España.—Bartolomé Colón explora las ricas minas del Cibao.—Se embarca el Almirante para España.

**V**OLVAMOS al preso Caunaboa. Cuando él se vió aprisionado, cual león de la Libia, rechinando los dientes, rebuscando día y noche cómo se escaparía de allí, comenzó á persuadir al Almirante que, puesto que había tomado bajo su mando la provincia de Cipango, enviara guarniciones cristianas que la defendieran de las incursiones de sus antiguos enemigos fronterizos; pues decía que le había llegado noticia de que cada día era acometida con incursiones, y que todos los bienes de los suyos eran robados. Pero ha-

biendo excogitado este engaño, pensó que su hermano, que estaba en la provincia con los demás parientes, ó por violencia ó con emboscadas, cogerían á tantos de los nuestros cuantos bastaran para libertarle á él por canjeo.

Mas el Almirante, comprendiendo la trampa, envió á Hojeda, pero con tanta gente armada que pudiera vencer las armas de los cibaneses si se alzaban.

Apenas habían llegado los nuestros á la región, cuando el hermano de Caunaboa, habiendo convocado unos mil armados á su manera (pues hacen la guerra desnudos, con saetas sin puntas de hierro, con palos y mazas), los rodeó y sitió dentro de cierta casilla. Aquel cibano, como hombre no ignorante de la disciplina bélica, acercando su ejército á la distancia de un estadio, lo dividió en cinco cuerpos, señalando á cada uno de ellos su sitio alrededor, á distancias iguales, y puso su escuadrón de frente á los nuestros; después, habiéndolo dis-

puesto todo con diligencia, manda hacer señal despacio desde su escuadrón para que todos marchen á un mismo tiempo con igual paso, y dió orden á todos los escuadrones que poco á poco, todos á la vez, dando gritos, emprendan el ataque y lleguen á las naves, para que ningunos de los nuestros, así rodeados, pudieran escapar.

Pero los nuestros, juzgando que les convenía más cerrar con un pelotón que no esperar aquel ímpetu, arremetieron contra el escuadrón más numeroso que venía por campo abierto, por cuanto aquella parte era más cómoda para pelear los caballos. Se arrojaron, pues, sobre ellos los jinetes: los caballos los tiraban por tierra á pechugones; con poco trabajo fueron vencidos, muriendo todos los que esperaron. Los demás, acobardados, se dieron á huir, y abandonando sus casas se refugiaron en las montañas y en ásperos riscos, y desde allí suplicaban que se les perdonara, protestando que sufrirían gustosos todo lo que

se les mandara si se les permitía vivir en su suelo natal. Por fin, preso el hermano de Caunaboa, dejaron que cada uno de los de la plebe se fueran á su casa. Hecho esto, quedó apaciguada aquella región. Entre aquellos montes está el valle que habitaba Caunaboa, llamado Magona, felicísimo en auríferos ríos y fuentes, y sobremanera fértil.

Cuentan ellos que aquel año, en el mes de Junio, hubo inaudito torbellino de Levante, que levantaba hasta el cielo rápidos remolinos, que conmovía las raíces de los más grandes árboles y los volcaba. Este vendaval, llegado al puerto de la ciudad, á tres naves que estaban solas y ancladas, sin tormenta ni oleaje alguno del mar, rompiendo las maromas les dió tres ó cuatro vueltas y las sumergió en lo profundo, y dicen que aquel año entró el mar tierra adentro más de lo acostumbrado, y que se levantó más de un codo. Los isleños murmuraban que esta gente era la que había perturbado los elementos y

traído estos portentos. A estas tempestades del aire, como los griegos los llaman *typhones*, éstos las apellidan huracanes; y dicen que se levantan frecuentemente en aquella isla, pero nunca tan violentos y furibundos, pues ninguno de los vivos había visto en su tiempo ni había oído de los mayores que un torbellino semejante, que arrancara los árboles más grandes, hubiera sobrevenido jamás hasta el presente en aquella isla; que nunca el mar hubiera experimentado allí tempestad alguna, ni siquiera calmas abrasadoras, pues por todas partes las costas tocan alguna llanura y se encuentran prados floridos, próximos á la orilla.

Volvamos á Caunaboa. El rey Caunaboa y su hermano, cuando los traían á España para presentarlos á los Reyes, murieron de pena en el camino.

Mas el Almirante, viéndose cortado por haberse sumergido las naves en el fiero torbellino, mandó hacer de seguida dos carabelas,



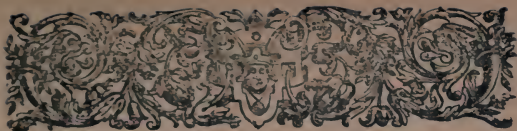
pues tenía consigo maestros de todas las artes.

Mientras las hacían, mandó á su hermano Bartolomé Colón, Adelantado de aquella isla según costumbre española, que fuera á explorar con algunos metalistas y gente armada aquellas minas de oro que, guiado por los isleños, había encontrado á sesenta leguas de la Isabela, delante de los cipangos. Encontraron en ellas pozos profundos excavados en tiempo de los antiguos. El Almirante sostiene que Salomón, rey de Jerusalén, se procuró de allí, por el golfo pérsico, aquellos inmensos tesoros de que se habla en el Antiguo Testamento. Si ello es verdad ó no, eso no me toca á mí juzgarlo, pero me parece que dista mucho de serlo.

Los metalistas, acribando la tierra superficial de las minas en diversos lugares en espacio de unos seis mil pásos, juzgaron que había allí en seco envuelta tanta abundancia de oro que cada jornalero ajustado para cavar puede sacar

fácilmente cada día tres dracmas de oro. Indagadas así estas cosas, el Adelantado, juntamente con los metalistas, se las comunicaron por carta al Almirante; lo cual sabido, de seguida, el once de Marzo del año noventa y cinco, entró alegre á bordo de las naves que ya estaban construídas para venir á presentarse á los Reyes, dejando á su hermano, el adelantado Bartolomé Colón, plenos poderes para gobernar la provincia.





## LIBRO V

---

*Al cardenal Luis de Aragón,*

SOBRINO DE NUESTRO REY

(Comprende lo que sucedió en la Española, durante la ausencia del Almirante, bajo el mando de su hermano Bartolomé Colón, desde el 10 de Marzo de 1496 al 30 de Agosto de 1498.)

### CAPÍTULO PRIMERO

---

SUMARIO: El Adelantado construye un fuerte. — Sale en busca de provisiones. — Tráenselas tres carabelas. — Envía á España 300 isleños. — Levanta el fuerte de Santo Domingo. — Traslada á él la residencia. — Anacauchoa. — Promete pagar tributos.

**S**IGUIENDO el consejo que su hermano le había dado al marcharse, el adelantado Bartolomé levantó un fuerte en las minas y le llamó el Fuerte del Oro, porque de la tierra que los peones tapialeros llevaban para construir los muros,

al amasarla recogían oro. Empleó tres meses en hacer los instrumentos con que se pudiera lavar y recoger el oro. Pero, precisado por el hambre, dejó la cosa sin concluir.

A sesenta millas de allí, adonde fué él con el mayor número de la gente armada, obtuvo de los provinciales cierta cantidad de pan á cambio de cosas nuestras; pero no pudo detenerse más allí. Dejando, pues, para guarnición de aquel fuerte diez hombres con la porción de pan insular que quedaba, y dejándoles un perro de caza para coger aquella especie de animalés que arriba dijimos hay entre ellos, semejantes á nuestros conejos y llamados *hutias*, se volvió á la Concepción. Era además aquel mes el en que el rey Guarionex y otro limítrofe suyo llamado Manicavex le habían de llevar los tributos. Pasando allí todo el mes de Junio, exigió á estos dos caciques el tributo íntegro y lo que necesitaban para comer él y la gente de su mando, que eran unos cuatrocientos.

Hacia primeros de Julio arribaron tres carabelas con alimentos, trigo, aceite, vino, carnes saladas de cerdo y de vaca; repartieronlos por cabezas con arreglo á la constitución dada desde España, aunque se quejaban de que algunas de aquellas cosas habían llegado enmohecidas y corrompidas. Por estas naves el gobernador Bartolomé recibió de los Reyes y de su hermano el Almirante, que ya antes había tratado mucho de estas cosas con los Reyes, orden de que trasladara la habitación al lado meridional de la isla, pues aquella parte estaba más próxima á las minas de oro; y también se le mandó que mandara presos á España aquellos reyezuelos que se encontrara habían matado á los cristianos, con sus súbditos participantes del delito. Envió presos trescientos isleños con sus régulos.

Después de haber explorado diligentemente las playas meridionales, trasladó la morada, y edificó allí un fuerte sobre alto collado,

junto á un puerto bien resguardado, al cual llamó el fuerte de Santo Domingo porque arribó allí en domingo.

Un río de aguas saludables, llenísimo de varias clases de óptimos peces, corre hacia el puerto entre amenísimas riberas. Cuentan que son admirables las condiciones naturales del río. Pues en toda la extensión de su curso todo es delicioso, todo útil. Los bosques de palmeras, los árboles frutales insulares de toda especie, inclinaban sobre los navegantes, á veces dándoles en la cabeza, sus ramas cargadas de flores y de frutos, y ponderan la fertilidad de su suelo, igual ó más rico que el de la Isabela.

En la Isabela dejó únicamente á los valetudinarios y algunos maestros de naves para que acabaran las dos carabelas que habían comenzado: los demás los trasladó á Santo Domingo, al Mediodía. Una vez construído el fuerte, dejando en él un destacamento de veinte hombres, se dispuso para explorar



con los demás las partes interiores del Occidente de la isla, que hasta entonces no eran conocidas sino de nombre.

Á treinta leguas de allí, esto es, noventa millas, se encontró con el río Naiba, que ya hemos dicho descendiende de las montañas del Cibao en derechura al Mediodía por medio de la isla. Pasado este río, envió por diversos lados á dos decuriones<sup>1</sup>, cada uno con su pelotón de veinticinco soldados á las tierras de los régu-los, cuyos bosques se componen de árboles del Brasil. Ellos se dirigieron hacia la izquierda; se encontraron con selvas y penetraron en ellas: las talan, caen altos y preciosos árboles intactos hasta entonces. Cada uno de los decuriones lleva de troncos del Brasil una casa insular donde se guardan hasta que vengan las naves que se los lleven.

Mas el Adelantado, encaminándose á la derecha, no lejos de la

---

<sup>1</sup> Hoy diríamos sargentos, como decimos capitán en vez de centurión.

orilla del río Naiba, encontró que cierto rey poderoso, llamado Beuchío Anacauchoa, estaba en armas con su campamento puesto contra los habitantes del Naiba, para someterlos á su poder como á otros muchos régulos insulares. La corte de este poderoso, situada hacia el cabo occidental de la isla, se llama Jaragua, distante treinta leguas del río Naiba, montuosa, áspera; pero todos los régulos que hay en medio le están sometidos. Toda aquella región, desde el Naiba hasta la última orilla del Occidente, carece de oro.

Recibió á los nuestros dejando las armas y dando señal de paz placidísimamente, si por miedo ó por humanidad no se sabe, y les preguntó qué era lo que querían.

El Adelantado dijo: «Que del mismo modo que los demás príncipes de esta isla, pagues tributos á mi hermano, Prefecto marítimo, á nombre de los Reyes de España.» Al cual él respondió: «¿Cómo podéis exigirme eso á mí, que de las

muchas regiones que me obedecen ninguna produce oro?» Pues tenía oído que había llegado á la isla una gente extranjera que buscaba con avidez el oro; pero no se imaginaba de modo alguno que desearan otra cosa más que el oro.

Entonces el Adelantado añadió: «No intentamos imponer á nadie tributos que no se puedan fácilmente pagar ó de que sus regiones carezcan; sabemos que esta provincia produce abundancia de algodón, cáñamo y otras cosas semejantes, de cuyos productos te pedimos que nos des algo.» Y él, cuando esto oyó, con rostro alegre y tranquilo aspecto prometió que les daría cuanto recibir quisieran de esas cosas; y despidiendo el ejército él mismo, enviando delante mensajeros, acompañó al Adelantado hasta el lugar en que tenía la corte, á treinta leguas, como hemos dicho; y en todo aquel trecho caminaron siempre por tierras de caciques que le obedecían, mandando á unos que pagaran tributos de cáñamo, que di-

cen no es inferior á nuestro lino para tejer los aparejos de las naves; á otros de pan , á otros de algodón, según la varia naturaleza de la tierra.





## CAPITULO II

---

SUMARIO: Recibimiento solemne.—Teatro y gladiadores como en Grecia y Roma.—Buen consejo de que siembren.—Enfermos en la Isabela.—Línea de fuertes.—Noticias de sublevación.

**P**OR fin llegaron á la corte de Jaragua. Antes de que en ella entraran, todos los habitantes salieron al encuentro para recibir honoríficamente, según su costumbre, á su rey Beuchío Anacauchoa y á los nuestros. Entre otros espectáculos, he aquí dos cosas que hicieron, memorables entre gente desnuda é inculta.

Al aproximarse, primeramente le salieron al encuentro treinta mujeres, todas esposas del Rey, llevando ramas de palma en las manos, bailando, cantando y tocando por mandato del rey, desnudo todo el

cuerpo menos las ingles, que como violadas cubren con ciertas enaguas de algodón; pues las doncellas, con el cabello tendido por los hombros y atado en la frente con una cinta, no cubren parte alguna de su cuerpo; *faciem, pectora, mammas, manus, caeteraque subalbido colore praedicant fuisse pulcherrima.*

Les pareció que veían Driadas hermosísimas ó ninfas salidas de las fuentes de que hablan las fábulas antiguas. Danzando con los manojos de palmas que llevaban en las diestras y cantando á coros, se las daban todas al Adelantado, doblando las rodillas.

Después, entrando en la casa del Rey, encontraron opípara cena preparada á su usanza, y repararon las fuerzas perdidas. Mas al llegar la noche fueron conducidos por los Ministros del Rey á los hospedajes designados, según el estado de cada uno, donde descansaron en camas colgadizas, que otra vez hemos descrito, dispuestas según la costumbre de ellos.



Al día siguiente condujeron á los nuestros á la casa que ellos se hacen á modo de teatro. Allí, tras muchas y variadas danzas y bailes, de improviso se presentaron en vasta planicie dos grandes escuadrones de gente armada, que el Rey había mandado organizar para juego y deleite (como en España se celebran muchas veces juegos troyanos, ó sea juegos de cañas). Acercándose cuerpo á cuerpo, cual enemigos que vinieran á las manos con sus banderas á luchar por sus bienes, sus hogares, sus hijos, su imperio y hasta su misma vida, así aquellos dos escuadrones trabaron batalla con dardos arrojadizos y saetas, y en breve murieron cuatro, y muchos más fueron heridos, y más sanguinaria habría sido la lucha si á instancias de los nuestros el cacique no hubiera hecho señal de que cesara.

Tres días después, habiendo aconsejado al Rey que en adelante sembrara más algodón en las orillas de las aguas, para que más fá-

cilmente pagara el tributo impuesto por hogares, se encaminó á la Isabela para ver á los enfermos y las naves que había dejado comenzadas.

Se encontró con que habían caído cerca de trescientos de varias enfermedades, por lo cual, acongojado y sin saber qué partido tomar, puesto que no solamente faltaban casi todas las cosas que eran menester para recobrar la salud, sino también las necesarias para comer, pues de España no llegaba nave alguna, vacilando así determinó distribuir los enfermos por las provincias y los castillos en ellas levantados.

Pues desde la Isabela, camino derecho á Santo Domingo, esto es, desde el Septentrión al Mediodía, edificaron en la isla estos castillos. A treinta y seis millas de la Isabela, construyó el fuerte de la Esperanza; á veinticuatro millas de la Esperanza, el de Santa Catalina; á las veinte del Catalina, el fuerte Santiago; á otras veinte de Santiago, construyó otro más defendido con torres, y le llamó la Concep-

ción, que está á raíz de los montes cibanos, en una llanura vastísima, fértil y muy poblada. Después edificó otro entre medias de la Concepción y Santo Domingo, más fortificado que la Concepción, porque se encontraba en territorio de un cacique á quien obedecían más de cinco mil indígenas. Los insulares de aquella región llaman á aquel pueblo Bonano, que es cabeza de la provincia, y por eso el Prefecto quiso que también el fuerte se llamara Bonano.

Repartidos, pues, los enfermos por estos castillos y en sus cercanías, en las casas de los isleños, él, exigiendo al paso los tributos impuestos á los caciques que en medio había, se marchó á Santo Domingo, donde, pasando algunos días, comenzó á susurrarse que todos los caciques de la provincia de la Concepción vivían desesperados contra los nuestros y que trataban de rebelarse. Tan pronto como le llegaron estas noticias, se fué hacia ellos á marchas forzadas.



### CAPITULO III

---

SUMARIO: Plan bélico de los indios.—El Adelantado se les adelanta.—Guarionex agradecido.—Nostalgia de los españoles.—Á cobrar las contribuciones.

**CU**ANDO estaba más cerca, tomó cuerpo la noticia de que todos habían elegido general á Guarionex para apoderarse de esta provincia, y que había sido seducido y solicitado por los otros, aunque medio á la fuerza, porque, habiendo experimentado ya otras veces los ardides y armas de los nuestros, tenía miedo. Se habían convenido en que un día determinado quince mil hombres armados á su modo se lanzarían á probar fortuna en la guerra.

Allí, teniendo el Adelantado consejo con el capitán de la fortaleza

y demás soldados que acaudillaba, determinaron atacar á los desprevenidos y no organizados régulos en sus propios lares antes de que formaran el ejército. Así, pues, para cada uno de los régulos fué destinado un capitán que de improviso, entrando en sus pueblos, que no tienen defendidos con murallas, ni fosos, ni parapetos, antes de que los pueblos esparcidos puedan reunirse los atacan durmiendo, los prenden, los atacan y se los llevan cada uno el suyo, conforme se les había mandado. A Guarionex, como al más poderoso, fué el mismo Adelantado y le prendió, lo mismo que los demás á los suyos en la hora determinada. Catorce fueron llevados aquella noche á la Concepción, siendo ajusticiados poco después dos de ellos que habían seducido y sobornado á Guarionex y á otros más ansiosos de alteraciones. A fin de que los indígenas, por sentimiento de sus reyes, no abandonaran los campos, lo cual habría ocasionado sumas molestias á los nues-

tros por las siembras, soltó á Guarionex y á los demás.

Había allí, según calculan, una muchedumbre de cinco mil hombres que se habían reunido sin armas y suplicaban todos la libertad de sus reyes. Los aires retumbaron y retembló la tierra de los clamores que ellos elevaban hasta el cielo.

El Adelantado amonestó á Guarionex y otros con promesas, dádivas, amenazas, que en adelante tuviesen mucho cuidado de no maquinár cosa alguna. Guarionex arengó al pueblo acerca del poder de los nuestros, de su indulgencia con los delincuentes, su liberalidad con los leales; que se aquieten, y en adelante nada emprendan ni piensen contra los cristianos, sino que les obedezcan, les estén sumisos y sirvan, si no quieren arrojarse cada día en mayores calamidades. Dicho su discurso, lo tomaron en hombros y así lo llevaron hasta el pago de su corte. De este modo la región se apaciguó por algunos días.

Sin embargo, los nuestros, ansio-



sos y tristes, abandonados en regiones extrañas, porque corría ya el décimoquinto mes desde la marcha del Almirante, andaban cabizbajos porque se iban consumiendo todos los vestidos y los alimentos. El Adelantado les consolaba del mejor modo que podía, alimentándoles con vanas esperanzas.

Mientras estas cosas sucedían, Beuchío Anacauchoa (pues así se llamaba el rey que arriba hemos mencionado de la parte occidental de Jaragua) envió al Adelantado mensajeros que manifestaron estar preparados el algodón y demás tributos que había impuesto á él y á sus indígenas.

Se dispuso para el viaje el Adelantado, marchó, recibieronle honoríficamente el rey y su hermana, que habiendo sido en otro tiempo mujer de Caunaboa, rey del Cibao, no tenía en el gobierno del reino de su hermano menos importancia y consejo que él mismo. Pues dicen que es cortés y chistosa y prudentísima, y había persuadido á su

hermano que, enseñado con el ejemplo de su marido, tratara bien á los cristianos, les obsequiara y obedeciera. Esta mujer se llama Anacaona.

Encontró allí á treinta y dos régulos, reunidos en la corte de Benchío Anacauchoa, que esperaban con los tributos, los cuales, á más de las gabelas mandadas, para ganarse la benevolencia de los nuestros llevaron regalos muy grandes de ambas clases de pan, á saber: del de raíces y del de trigo é innumerables *hutias*, esto es, conejos insulares y pescados, y para que no se corrompieran ó pudrieran los llevaron asados, y de las serpientes que arriba dijimos obtienen el primer lugar entre las cosas de comer, y que son muy semejantes á los cocodrilos: las llaman *yuanas*.





## CAPÍTULO IV

---

SUMARIO: Opíparo plato indio.—Tributos almacenados.—Tesoro de Anacaona.—Visita de Beuchío y de Anacaona á bordo.—El gran susto de ambos.—Todo lo miran y admiran.

**A**PRENDIERON más tarde que esas serpientes nacen en la isla, y los nuestros hasta ahora no se habían atrevido á gustarlas por su fealdad, que parecía causar horror, no sólo asco. El Adelantado, inducido por el gracejo de la hermana del cacique, determinó catarlas poco á poco; pero apenas el sabor de aquella carne comenzó á gustar al paladar y garganta, parecía que las deseaba á boca llena. Después ya no las probaba con la punta de los dientes ó aplicando apenas los labios, sino

que, habiéndose hecho todos gloton-  
nes, de nada hablaban ya sino del  
grato sabor de las serpientes y de  
que tales viandas eran más exquisi-  
tas que no lo son entre nosotros las  
de pavo, faisán y perdiz.

Pero si no se guisan de un modo  
determinado pierden el sabor, como  
los pavos y faisanes como no se re-  
bocen con lardo y se asen en asa-  
dores. Abriéndolas desde el cuello  
hasta la ingle, lavadas y limpiadas  
con esmero, presentadas después en  
círculo á modo de culebra que duer-  
me enroscada, las ponen apretadas  
en una olla que con ella quede lle-  
na, echándoles encima un poco de  
agua con pimienta de la isla, y po-  
niendo debajo fuego tenue de cier-  
ta leña olorosa y que no hace humo.  
Del abdomen así destilado se hace  
un caldo como néctar, según dicen,  
y cuentan que no hay género algu-  
no de viandas igual á los huevos de  
las mismas serpientes, que se digie-  
ren por sí solos y fácilmente. Así  
cocidas y frescas gustan mucho, y  
guardándolas algunos días están

sabrosísimas. Basta de comidas: vamos á otra cosa.

Habiendo llenado el Adelantado cierta casa insular con algodón de los tributos, los régulos le prometieron que le darían gustosos cuanto pan quisiera del de ellos. El, aceptando el ofrecimiento, les dió las gracias.

Entretanto, pues, mientras se hacía el pan en las regiones y lo llevaban á la corte de Beuchío Anacauchoa, cacique de Jaragua, envió mensajeros á la Isabela que mandaran en su nombre la carabela hecha, de las dos que había dejado comenzadas, pues les dijo que se les volvería á enviar cargada de pan.

Alegres los marineros se fueron con la nave, á velas desplegadas, á la costa de Jaragua, dando vuelta á la isla.

La hermana del rey Beuchío Anacauchoa, aquella mujer graciosa, prudente y de gran ingenio, Anacaona, mujer que había sido de Canaboa, tan pronto como conoció

que nuestra nave había arribado en la costa de su patria, persuadió á su hermano irse los dos á verla. La costa distaba de la corte nada más que seis millas de pasos. Mas á mitad del camino hicieron noche en una aldea en que está el tesoro de la misma hermana del Rey.

Sus tesoros no eran oro, ni plata, ni margaritas, sino sólo utensilios y cosas tocantes al uso humano, como asientos, platos, fuentes, bacías, cazuelas hechas de madera muy negra, tersa, reluciente (que tu eximio doctor de artes y Medicina, Juan Bautista Elisio, sostiene que es ébano) y labradas con arte maravillosa; pues en estas cosas ejercitan los indígenas cuanto ingenio les ha dado la naturaleza, y se las hacen á aquella mujer en su isla Guanabba (que si la ves dibujada verás que cae en la entrada occidental de la isla Española); en ellas cincelan rostros vivos de los espectros que dicen ven ellos de noche, de serpientes, hombres y otras cosas cualesquiera que una vez vean.



¿Qué piensas harían ellos, Príncipe Ilustrísimo, si lograrian hierro y acero? Pues todo eso, ablandándolo interiormente al fuego, lo vacían después y baten con guijarros de río. Regaló al Adelantado : de asientos, catorce; de utensilios de barro de mesa y cocina, sesenta; además le dió cuatro bultos de algodón neto de muchísimo peso.

Habiendo, pues, llegado el día siguiente á la costa, donde había otra aldea regia, mandó el Adelantado traer preparado un esquife de servicio, y el Rey preparó dos canoas pintadas al uso de ellos; una en que fuera él con sus familiares, y en otra su hermana Anacaona y sus siervas; pero Anacaona quiso ir con el Adelantado en el bote de servicio.

Cuando ya se acercaban á la nave dispararon á un mismo tiempo los mosquetes, llenóse el mar de estruendo y el aire del humo de la pólvora; tiemblan, se estremecen; la máquina del mundo les pareció que se quebrantaba con aquel estruen-

do; mas al ver que el Adelantado se reía mirándoles, quedan tranquilos.

Cuando se aproximaban ellos sonaron los pífanos, flautas y tímpanos como para las danzas: ellos, atraídos con la dulzura del sonido, se asombran y maravillan. Entrados en la nave, al recorrer diligentemente la popa, los castillos, los pisos, la quilla, los camarotes, volviendo los ojos el hermano á su hermana, y ésta hacia él, enmudecían, y por la demasiada admiración no sabían qué decirse mutuamente.

Mientras, atentos á estas cosas, vagaban por la nave, mandan levar anclas y al punto desenvolver de las antenas las velas y extenderlas en dirección á alta mar. Y entonces, más estupefactos, viendo volar por el mar con tanta rapidez una mole tan grande sin remos y sin fuerza de hombres, pues soplabá de tierra viento favorable para ello, y aun mucho más cuando vieron que la nave guiada por el mis-

mo viento, ya iba, ya volvía, y daba vueltas cuándo á mano derecha, cuándo á la izquierda según se quería, se quedaban asombrados.

Hechas así estas cosas, llena la nave de pan de raíces y demás regalos, y habiéndoles dado también regalos nuestros, dejó ir alegres y llenos de asombro, no sólo al rey Beuchío Anacauchoa y á su hermana, sino también á los criados y criadas de ambos; y él, encaminándose por tierra con los soldados, se marchó á la Isabela.





## CAPÍTULO V

---

SUMARIO: Rebelión de Roldán y de Guarionex.—Mayobanex entra en la conjura.—Vistas del Adelantado con Roldán.—Llegan dos naves del Almirante y les seduce Roldán.—Guarionex en campaña.

**A**LLÍ se enteró de que cierto Roldán Jimeno, facineroso á quien el Almirante de criado suyo le había hecho capaz de los mineros y taladores, y después Presidente de justicia, abrigaba malas disposiciones contra el Adelantado.

Este averiguó también que el rey Guarionex no pudo aguantar más las insolencias y rapiñas de este Roldán y de otros que allí habían quedado, y que con sus familiares y muchos de sus súbditos desesperado se había retirado á ciertos montes que distan solamente de la

Isabela diez leguas hacia el Occidente en la costa septentrional ; á aquellos montes y á sus habitantes les llaman con el mismo nombre de ciguayos, y al Rey principal de los régulos de los montes le dicen Mayobanex, y á su corte Caprón.

Los montes ásperos, altos, inaccesibles, dispuestos por la naturaleza en forma de arco, extienden sus puntas hasta el mar. Entre ambas puntas de aquel monte hay hermosa planicie, por la cual corren al mar muchos ríos de las propias montañas. La gente es fiera, belicosa, que se cree trae origen de los caníbales, pues cuando de las montañas bajan á lo llano para hacer guerra á sus vecinos, si matan á algunos se los comen.

Por eso Guarionex, acogándose á este Rey de las montañas, le dió, á usanza de ellos, muchos regalos regios de que carecen los montañeses, y le contó que los nuestros le trataban perversa, fea y violentamente, quejándose de que ni la humildad ni la altivez le servían de

nada para con ellos. Por eso viene á él suplicante y le ruega que le guarde y defienda de las injurias de hombres facinerosos; y Mayobanex le prometió toda ayuda, tutela y defensa contra los cristianos.

Se encamina, pues, el Adelantado á la Concepción, hace llamar á Roldán Jimeno, que se hospedaba con los que le seguían en las aldeas de las islas, á doce millas, y le pregunta qué significan aquellos movimientos. Él con descaro le responde: «Es visto que tu hermano el Almirante ha perecido, y que nuestros Reyes se cuidan poco de nuestras cosas; siguiéndote nos morimos de hambre; nos vemos precisados á ir buscando por la isla un alimento miserable. Además el Almirante me dejó á mí Gobernador de la isla juntamente contigo, por lo cual nos hemos propuesto no obedecer más tus órdenes.» Estas y otras cosas dijo Roldán.

Pero el Adelantado, queriendo echarle mano, no pudo; pues se le escapó y le siguieron setenta hom-



brës, acompañado de los cuales se marchó hacia Occidente, á la región de Jaragua, y allí, como ahora lo atestigua el Almirante y su hermano, comenzaron desenfrenadamente á cometer estupros, robos y muertes.

Mientras estas cosas sucedían en la isla, por fin los Reyes consignaron ocho naves al Almirante, de las cuales envió primeramente dos con alimentos desde la hercúlea Cádiz en derecha á su hermano el Adelantado.

Estas dos embarcaciones, por casualidad arribaron primeramente á aquella parte occidental de la isla, en donde Roldán Jimeno estaba con sus consortes. Sedújoles Roldán prometiéndoles que en vez de la azada manejarían... (lo que no debían, *puellarum papillas*); y en vez de trabajo, placeres; en vez de hambre, abundancia, y descanso en vez de cansancio y vigiliass.

Entretanto Guarionex, haciéndose con fuerza de los amigos, bajaba muchas veces á lo llano y ma-

taba á los insulares amigos de los nuestros y á cuantos cristianos alcanzaban, devastaba hostilmente los campos, destruía los sembrados y talaba las poblaciones.

Roldán y sus compañeros, aunque entendieron que vendría pronto el Almirante, supuesto que habían sobornado á los nuevos hombres que habían venido con las dos embarcaciones antedichas, no se amedrentaban.

Mientras el pobre Adelantado luchaba entre estas borrascas, esperando á su hermano día por día, el Almirante su hermano salió de las costas españolas con las restantes naves; mas no derechamente á la Española, pues se ladeó al Mediodía.

Contemos primero lo que hizo en esta navegación, qué mares y qué tierras recorrió, qué halló descubriendo nuevas regiones. Pues el resultado de estas sediciones y tumultos lo referiremos extensamente en el siguiente libro. *Vale.*





## LIBRO VI

---

*Al mismo cardenal Luis de Aragón.*

(Comprende el tercer viaje del Almirante, desde que salió de España el 30 de Mayo de 1498 hasta que llegó á la Española el 30 de Agosto del mismo año.)

### CAPÍTULO PRIMERO

---

SUMARIO : Sale Colón de Sanlúcar con rumbo á Madera.

—Desde allí envía tres naves á la Española, y él se dirige á la línea equinoccial.—Prosigue desde Buena-vista.—Sufrimientos en las latitudes calmosas.—Viento oportuno.—Isla de la Trinidad.

**C**OLÓN se dió á la vela con ocho naves cargadas, el treinta de Mayo del año noventa y ocho, en el pueblo de Barrameda, desembocadura del Betis, poco distante de Cádiz, y torció su acostumbrado camino de las Afortunadas á causa de ciertos piratas

franceses que estaban esperando en el camino derecho para atacarle.

Quien se encamine á las Afortunadas, á las setecientas veinte millas se encuentra á mano izquierda con la isla Madera, que está cuatro grados más al Sur que Sevilla. Pues en ésta el polo ártico tiene treinta y seis grados de elevación, y en aquella isla treinta y dos, según cuentan los marinos.

Navegó, pues, primeramente á la isla Madera: enviando de allí, en derecha á la Española, las otras naves, que llevaban bastimentos con una nave cubierta y dos carabelas mercantes, tomo él el derrotero de la parte austral para encaminarse á la línea equinoccial, y con ánimo de seguir después hacia Occidente é investigar la naturaleza de los lugares que encontrara, dejando al Septentrión la Española, á mano derecha.

Á mitad de aquel trecho están las trece islas Hespérides de los portugueses, habitadas todas menos una, á las cuales llaman Cabo Verde. Se

encuentran próximas á la Etiopía interior, enfrente de ella, al Poniente, á la sola distancia de dos días de navegación. Á una de éstas llaman los portugueses Buenavista, y con las tortugas de ella todos los años se curan de su plaga muchos leprosos.

Marchándose de allí prontamente, porque aquel aire era contagioso, navegó cuatrocientas ochenta millas de pasos con rumbo al Abrego que media entre el Sur y el Poniente. Allí se vió, según dice, tan oprimido de calmas y calores, pues era el mes de Junio, que casi se le incendiaban las naves, saltaban y se rompían los aros de los toneles, el agua se derramaba. Los hombres no podían sufrir aquellos ardores, pues, como él lo refirió, el polo no se levantaba para ellos más que cinco grados sobre el horizonte. De los ocho días que sufrió esto, el primero fué sereno, los otros nublados y lluviosos, mas no por eso menos ardientes; por lo cual muchas veces se arrepintió mucho de haber ido.

Pasados estos ocho días en aquel peligro y angustia, se les levantó el favorable Sudeste; y siguiendo en derechura al Occidente, dice el Almirante que encontró otro aspecto de las estrellas de aquel paralelo y otro aire agradable; pues dicen todos que á los tres días experimentaron temperatura amenísima; y asegura el Almirante que de las calmas y ardores fué siempre subiendo por la prominencia del mar, al modo que por alto monte se sube al cielo, y, sin embargo, aún no había visto tierra alguna en todo lo que se extendía la vista.

Por fin, desde la cofa de la nave mayor, el treinta de Junio, un marinero vigía, alzando la voz hasta el cielo por la alegría, grita que ha visto tres montes altísimos, les exhorta á que no se desanimen, pues estaban tristes, ya como abrasados por los ardores del sol, ya porque les faltaba el agua, por cuanto los toneles, que habían saltado por el excesivo calor, habían dejado ir el agua por las hendiduras.



Alegres, pues, fueron allá; mas luego que llegaron á la costa, por cuanto el mar era allí vadoso, aunque vieron á lo lejos un puerto bastante cómodo, no pudieron tomar tierra. Desde las naves comprendieron que era región habitada y bien cultivada, pues veían huertos muy cuidados y amenos jardines, de cuyas hierbas y árboles los rocíos de la mañana hacían llegar á ellos suaves olores.

Á veinte millas de allí halló un puerto bastante apto para recibir naves; pero no desaguaba en él río alguno. Siguiendo, pues, adelante, encontró por fin un puerto á propósito para reparar las naves, y acomodado para hacer aguada y tomar madera; á esta tierra la llamó Punta del Arenal.





## CAPITULO II

---

SUMARIO: En la Punta del Arenal. — Conjeturas. — Indios recelosos. — La Boca del Dragón.

No encontraron ningunos domicilios vecinos al puerto; pero hallaron innumerables huellas de ciertos animales como de cabra, de cuya especie vieron uno muerto, según dicen, casi semejante á la cabra.

Al día siguiente echaron de ver, á lo lejos, una canoa que venía, en la cual iban veinticuatro hombres, todos jóvenes, elegantes y de alta estatura, armados de escudos á más de los arcos y las saetas, fuera de la costumbre de los demás, con el pelo largo, plano y partido en la frente casi á la manera española.

Cubríanse las ingles con una venda de algodón tejida de varios colores; fuera de eso, iban desnudos.

Entonces creyó que aquella tierra estaba más próxima al cielo que las demás regiones de aquel paralelo, y más remota de los crasos vapores de valles y lagunas, cuanto las más altas cimas de otros montes distan de los profundos valles.

Por cuanto el Almirante afirma con insistencia que en toda aquella navegación no salió nunca de los paralelos de Etiopía, y como hay tanta variedad de naturaleza en los indígenas de una y otra tierra, es á saber, del continente etiope y de las islas, pues los etiopes son negros, crispados, con lana y no con cabellos, pero éstos son blancos, de largos cabellos extendidos y rubios, no veo de qué otra causa pueda originarse diferencia tan grande. Esa variedad, pues, la causa la disposición de la tierra, no el soplo del cielo. Sabemos que en las montañas de la zona tórrida caen nieves y duran; sabemos también que en regio-

nes muy distantes de ella, hacia el Septentrión, los habitantes pasan mucho calor.

El Almirante, para ganarse á los jóvenes que le habían salido al encuentro, mandó que les enseñaran espejos, cosas de bronce, tersas, brillantes, cascabeles y otros objetos así que aquéllos no conocían; pero ellos, cuanto más les llamaban, tanto más temerosos de que hubiera y se les preparara fraude retrocedían, mirando, sin embargo, de hito en hito con suma admiración á los nuestros y sus cosas y naves, y con los remos siempre en la mano. Viendo el Almirante que no los podía atraer con regalos, mandó que desde el puente de la nave mayor tocaran los atábares y pífanos, y abajo cantaran y organizaran danzas, creyendo que podría ganarlos con la suavidad del canto y de sonidos desacostumbrados. Mas aquellos jóvenes, pensando que los nuestros daban desde el puente la señal de combatir, en un abrir y cerrar de ojos, dejando los remos, pusieron las

saetas en los arcos, embrazaron los escudos, y apuntando á los nuestros esperaban preparados á ver qué significaban aquellos sonidos.

Los nuestros, por el contrario, con las saetas preparadas, se ponen en movimiento avanzando poco á poco; mas ellos, apartándose de la nave capitana, confiados en la destreza de remar se dirigieron á una de las naves menores; y tanto se juntaron á ella, que su piloto pudo alargar desde popa al indio principal su sayo y su casquete.

Por señas convinieron que el piloto de aquella nave bajara á la playa para hablar allí unos con otros, dando palabra de paz del mejor modo que podían. Pero cuando advirtieron que el mismo piloto de la nave se acercaba á la nave capitana para pedir permiso de hablar con ellos, recelando asechanzas saltaron de repente á la canoa, y huyeron más veloces que el viento.

Á poca distancia de aquella isla, siempre hacia al Occidente, dice el Almirante que encontró furiosa co-

rriente de agua de Oriente á Occidente, y tan impetuosa que no le aventajaría vasto torrente que cayera de altos montes; y confiesa él que, desde que comenzó á navegar de tierna edad, jamás había tenido tanto miedo como allí.

Pasando algo más adelante por aquel peligro, encontró ciertas estrechuras de ocho millas, como la entrada de algún puerto muy grande, á las cuales se precipitaba aquella corriente de aguas; llamó á aquellas gargantas la Boca del Dragón, y á la isla que había frente á la Boca del Dragón la apellidó Margarita, y de las gargantas empujaba por salir no menor ímpetu de aguas dulces, encontrándose con las saladas que venían, de modo que allí luchaban con empuje una y otra corriente.







## CAPITULO III

---

SUMARIO: En el Orinoco.—Prosigue Colón explorando el golfo de Paria.—En la anhelada Tierra Firme sin saberlo.—Obsequiados por los indios.

**P**ENETRANDO, por fin, en la ensenada, conoció que las aguas eran potables y suaves, y aun me contaron otra cosa más grande el mismo Almirante y los demás compañeros fidedignos de su navegación, preguntándoles yo de todo con mucha diligencia; es á saber: que navegaron, siempre por aguas dulces, veintiséis leguas, esto es, ciento cuatro millas de pasos, y cuanto más avanzaban, en particular al Occidente, tanto más dulces dicen que eran.

Se encontró después con un monte muy alto, habitado únicamente

en aquella parte oriental por multitud de cercopitecos (monos). Aquel lado es áspero, y por eso no le habitan los hombres; sin embargo, los enviados á explorar la tierra por la playa volvieron diciendo que habían encontrado la mayor parte de los campos en cultivo y sembrados, pero gente ni casas ningunas, al modo también que nuestros campesinos muchas veces se van acaso para sembrar lejos de los pueblos ó estaciones que habitan.

Al lado occidental de aquella montaña vieron que se extendía amplia llanura; fueron allá alegres, y echaron anclas en un ancho río. Tan pronto como los indígenas conocieron que había arribado á sus costas una gente nueva, á porfía acuden presurosos á los nuestros sin miedo alguno con anhelo de verles, de los cuales coligieron por señas que aquella tierra se llamaba Paria, que era muy grande, y cuanto más al Occidente tanto más poblada estaba.

Tomando, pues, en su nave cua-

tro hombres de los indígenas de aquella tierra, prosiguió por el lado occidental.

Por la temperatura del aire, por la amenidad del terreno, por la amplitud de los pueblos con que se encontraban más y más cada día que iban navegando, todos formaron juicio de que aquella región prometía algo grande, y no se equivocaron, como en su lugar veremos.

Cierto día, antes de salir el sol, pero cuando ya quería levantarse, atraídos por la suavidad de los lugares, pues sentían que los prados de aquella tierra exhalaban olores gratísimos, tomaron tierra.

Allí comprendieron que había más numerosa multitud de habitantes que en ninguna otra parte, y al punto, aproximándose más cerca los nuestros, en nombre del cacique del territorio se presentaron mensajeros al Almirante, ofreciéndose por señas y gestos á sí mismos y todas sus cosas con alegre aspecto, y le pidieron que bajara á tierra sin recelo alguno.

Rehusándolo el Almirante, he aquí que, con el anhelo de ver, innumerables de ellos concurrieron con sus canoas á las naves. Al cuello y en los brazos llevaban collares y brazaletes, la mayor parte de oro y perlas de India, y esto como tan ordinario que las mujeres de nuestros países no llevan mayores sartas de cuentas de vidrio.

Preguntándoles dónde se cogía aquello que llevaban, señalaron con el dedo la propia playa; y torciendo y moviendo las manos y los labios, parecían dar á entender que las perlas no tienen gran estima entre ellos, y hasta tomando canastos en la mano parecían insinuar que, si querían permanecer con ellos, podrían recogerse por canastillos.

Mas por cuanto el trigo que llevaban á la Española ya casi se corrompía del mareo, determinó diferir aquel comercio para tiempo más oportuno. Sin embargo, envió á tierra dos botes de servicio con varios hombres que trajeran algunas sartas de perlas á cambio de cosas

nuestras, é indagaran lo que pudieran acerca de la índole de aquellos lugares y gentes. Ellos, acudiendo á los nuestros, les recibieron alegres y contentos. Era maravilloso el número de los que se les reunieron, como para ver algo portentoso. Iban delante dos hombres graves, seguidos de toda la demás turba, que salieron los primeros al encuentro de los nuestros, anciano el uno y joven el otro; piensan que eran el padre y el hijo que le había de suceder.

Hechos los saludos por ambas partes, condujeron á los nuestros á cierta casa esférica que tiene junto á una gran plaza. Llevaron muchos asientos de madera muy negra, maravillosamente labrada. Después que se sentaron los nuestros y los principales de ellos, se presentaron los criados, unos con viandas, otros con vino; pero sus comidas eran sólo frutas, mas de varias especies enteramente desconocidas de los nuestros, y los vinos, tanto blancos como tintos, no de uvas, sino

exprimidos de diversas frutas, pero que no eran desagradables.

Después de haber comido en la casa del anciano, el más joven los llevó á su tienda. Había muchos hombres y mujeres, pero en todas partes los varones separados siempre de las hembras. Los indígenas de ambos sexos son blancos como en nuestra tierra, excepto los que pasan la vida al sol, pacíficos y hospitalarios: cubren sus vergüenzas con un velo de algodón, tejido de varios colores; en lo demás van desnudos. Ninguno había que no llevara ó collares ó brazaletes de perlas y oro; muchos ambas cosas, pues los llevan como nuestros campesinos las cuentas de cristal.

Preguntados dónde se criaba el oro aquel que llevaban, señalaron con el dedo que en ciertos montes de enfrente; mas parecían disuadir á los nuestros, como quien amenaza, de que fueran allá, pues con el gesto y con las manos indicaban que allí se comen á los hombres, aunque no pudieron entender bien si lo de-



cían por caníbales ó por fieras silvestres. Les molestaba mucho el no poder entender á los nuestros ni ser de ellos entendidos.





## CAPITULO IV

---

SUMARIO: Prosigue Colón explorando el golfo.—El río Paria.— Conjeturas cosmográficas.— El paraíso terrenal.—Columbra ya que es el continente.

**V**UELTO á las naves los enviados, á las tres de la tarde, con algunas sartas de perlas, levaron anclas, y no se detuvo más por el trigo que llevaba, como él lo dice, mas con intención de volver á los pocos días, en arreglando las cosas de la Española: pero el premio de tan gran descubrimiento se lo quitó otro. Influyó también la escasa profundidad de aquel mar y el precipitado curso de las aguas, que con continuos encuentros quebrantaban la nave mayor si se levantaba algún viento fuerte.

Para evitar los peligros de los vados siempre enviaba delante, como exploradora, la más ligera de las carabelas, que le bastaba poco fondo, para que sondeara con plomos la profundidad, y las otras iban detrás. Cumana y Manacapana llamaban los indígenas á aquellas pequeñas regiones, en la extensa provincia de Paria, en espacio de doscientas treinta millas, y de ellas dista sesenta leguas otra región llamada Curiana.

Mas habiendo recorrido tan largo trecho de mar pensando siempre que era isla, y dudando si podría volver por el Occidente al Septentrión para encaminarse á la Española, se encontró con un río de treinta codos de profundidad y de latitud inaudita, pues dice que tenía veintiocho leguas; y un poco más allá, pero siempre hacia el Occidente y algo hacia Mediodía, exigiéndolo así la condición de las costas, que se inclinaban, entró en un mar de hierba. La semilla flotante de las hierbas se asemejaba al

fruto del lentisco, por lo cual la densidad de las hierbas impedía que las naves anduvieran bien.

Allí, cuenta el Almirante que no hay en todo el año ningún día que sea mucho más largo ó más corto que otro. Sostiene que en aquella región el polo ártico se eleva sólo cinco grados como en Paria, en cuya situación caen todas estas costas. También refiere acerca de la diferencia del polo ciertas cosas que, por parecerme que van en contra del sentir de todos los astrónomos, las tocaré ligeramente.

Es cosa sabida, Ilmo. Príncipe, que aquella estrella polar que los marinos llaman Tramontana no es el punto del polo ártico sobre el cual gira el eje de los cielos; y esto se conoce fácilmente si, cuando salen las estrellas, miras á esa estrella por algún agujero pequeño; y si en la última vigilia, cuando la aurora las oculta, miras por el mismo agujero, encontrarás que ha mudado de sitio.

Mas cómo pueda suceder que en

el primer crepúsculo de la noche se eleve en aquella región solos cinco grados en Junio, y, al retirarse las estrellas por los rayos solares que vienen, se eleve quince grados tomando el mismo cuadrante, no lo entiendo, y las razones que él da no me satisfacen del todo, ni tampoco en parte; pues dice que ha conjeturado que el orbe de la tierra no es esférico, sino que en su redondez, al ser criado, se levantó cierto lomo, de modo que no tomó la forma de una pelota ó de una manzana, como otros sienten, sino la de una pera pendiente del árbol, y que la Paria es la región que ocupa la eminencia aquella más próxima al cielo.

Y así afirma y sostiene que en la cima de aquellos tres montes, que hemos dicho vió desde lejos el marino vigía desde la atalaya, está el paraíso terrenal, y que aquel ímpetu de aguas dulces que se esfuerza en salir desde la ensenada y gargantas sobredichas al encuentro del flujo del mar que viene, es de las aguas

que se precipitan de las cimas de aquellos montes. Basta ya de estas cosas, que me parecen fabulosas. Volvamos á la historia de que nos hemos apartado.

Viéndose metido, contra su deseo, en tan vasto golfo, y no teniendo ya esperanza ninguna de encontrar por el Septentión una salida por la que pudiera volver las proas hacia la Española, se volvió por donde mismo había venido, y tomó su derrotero por el Septentrión de aquella tierra desde el Oriente á la Española.

Los que después la han investigado con más diligencia por causa de utilidad, quieren que sea el continente indio, y que no lo es Cuba, como piensa el Almirante; pues no faltan quien se atrevan á decir que han dado la vuelta á Cuba.

Si ello es así, ó si por envidia de tan gran descubrimiento buscan ocasiones contra este hombre, no me meto á juzgarlo: dirálo el tiempo, en el cual vigila el verdadero juez. Pero sobre que Paria sea ó no



sea continente, el Almirante no disputa: él piensa que lo es, y refiere que Paria está ochocientas ochenta y dos millas de pasos más al Sur que la Española.

Por fin, el treinta de Agosto del año noventa y ocho, caminó á la Española con sumo deseo de ver á los soldados, que había dejado allí con sus hermanos. Pero, como suele acontecer en la mayor parte de las cosas de los mortales, entre tantos sucesos favorables, dulces y alegres, la fortuna arrojó en medio semilla de ajeno, y la cizaña echó á perder para todos sus dulzuras.







## LIBRO VII

---

*Al mismo cardenal Luis de Aragón.*

(Comprende las alteraciones de la Española, hasta la prisión del Almirante en el año 1500.)

### CAPITULO PRIMERO

---

SUMARIO: Llega Colón á la Española. — Acusaciones de los rebeldes contra el Almirante y de este contra aquéllos. — Expedición del Adelantado contra los ciguanos.

**L**EGANDO el Almirante á la isla, contra todo lo que esperaba, encontró perturbadas todas las cosas y cayendo ya al precipicio. Pues Roldán, que en su ausencia se había separado de su hermano, confiando en la muchedumbre que le seguía, no solamen-

te resolvió no presentarse al Almirante, que en otro tiempo era su amo y le había levantado, sino que comenzó á ofenderle con insultos y á escribir cosas nefandas á los Reyes acerca de ambos hermanos.

Mas el Almirante envió á los Reyes mensajeros que les informaran de la rebelión de aquéllos, é instó al mismo tiempo que se le enviaran soldados con los cuales pudiera quebrantar las fuerzas de ellos y castigar á cada uno según su delito. Ellos, quejándose gravemente de ambos hermanos, les llamaban injustos, impíos, enemigos y malversadores de la sangre española, y decían que se complacían en dar tormento por causas leves y degollar y cortar cabezas y matar de todos modos: proclamaban que eran ambiciosos, soberbios, envidiosos, tiranos intolerables; que por eso se habían apartado de ellos, como de fieras que se gozan en la sangre, y como de enemigos de los Reyes, pues decían que habían visto que no trataban de otra cosa ni lleva-

ban otra intención que de usurpar el mando de las islas; y argumentaban que lo averiguaron por mil conjeturas , pero principalmente porque no permitían que nadie, fuera de sus familiares, fuera á las minas á recoger oro.

Mas el Almirante, por el contrario, al pedir á los Reyes auxilios con los cuales pudiera imponerles el merecido castigo, exponía que aquellos hombres que tales cosas le achacaban eran todos criminales, facinerosos, rufianes, ladrones, estupradores, raptos, vagos, gente de ningún valer ni razón, perjuros, falsos, convictos en los tribunales, ó que por sus fechorías temían las amenazas de los jueces; que se habían separado, y que allí, violando, cometiendo rapiñas, entregados al ocio, á comer, dormir y á liviandades, á nadie perdonaban; y que habiendo sido llevados para cavar y hacer leña, ahora ni un estadio salen á pie desde casa, pues los infelices isleños los llevan en hombros por toda la isla, cual si fueran edi-

les curules. Y también que, por diversión, para que la mano no pierda la costumbre de derramar sangre, para ejercitar las fuerzas de los brazos, desenvainando las espadas, disputaban entre sí sobre cortar de un golpe las cabezas de los inocentes; y el que con más agilidad echaba á tierra de un golpe la cabeza de un desgraciado, aquél era reputado entre ellos por más esforzado y de más honra <sup>1</sup>. Ellos decían aquéllas cosas contra el Almirante, el Almirante contra ellos estas y otras muchas.

Mientras estas cosas sucedían así, para ir á la mano á los pueblos ciguanos arriba nombrados, que al mando de Guarionex hacían muchos daños, envió á su hermano el Adelantado con solos noventa infantes y pocos jinetes, pero seguidos de tres mil isleños, que, hostigados acremente en otro tiempo por

---

<sup>1</sup> Si eso fuera verdad, los nombres de tales desalmados merecían la execración universal; pero sería injusto quien los tomara por representantes del noble pueblo español.



los ciguanos, les tenían enemistad mortal.

Habiendo, pues, el Adelantado llevado su ejército á la orilla de cierto río grande, por la llanura aquella que arriba hemos dicho hay entre los cabos de las montañas de los ciguanos y el mar, encontró á dos espías de los enemigos entre unos espinos, de los cuales el uno, arrojándose al mar, se escapó de su gente por las estrechuras del río, cruzándolo; mas preso el otro, decía que al lado opuesto del río había ocultos en el bosque seis mil ciguanos armados, para echarse sobre los nuestros cuando pasaran descuidados.

Por esto, el Adelantado subió orilla arriba buscando un vado para pasar, y, habiéndole por fin encontrado en ancha llanura, los ciguanos salieron de los bosques en escuadrón cerrado, con feroz y formidable aspecto, lanzando á la vez horribles gritos en contra de los nuestros, que querían pasar el río. Así salen los agatirsos de Virgi-

lio, todos pintados y salpicados de manchas, pues se pintan desde la frente hasta las rodillas de color negro y encarnado, extraído de ciertas frutas semejantes á la pera, que para eso cultivan en huertos con sumo cuidado; prendido de mil modos el pelo, que crían negro y largo artificialmente si la naturaleza no se les da. Parecían unos vestiglos que salieran de las cavernas infernales.





## CAPÍTULO II

---

SUMARIO : Prosigue el Adelantado su expedición.— Resistencia de los ciguanos.—Reclama á Guarionex.—Negativa de Mayobanex.

**E**SFORZÁNDOSE los nuestros en pasar el río, se les pusieron enfrente impidiendo el paso, disparándoles saetas y lanzas arrojadizas de madera. Tantos eran los dardos, que casi les hacían sombra; y si no los hubieran recibido con los escudos, mal lo habrían pasado.

El Adelantado, heridos no pocos de ambas partes en aquella pelea, cruzó, por fin, el río; huyeron los enemigos, persíguenles los nuestros y los matan, aunque á pocos, pues corren ellos más. En seguida se refugiaron en las selvas, desde las cuales asestaban seguros con sus

arcos á los nuestros que se les acercaban; pues ellos, acostumbrados á los bosques, se deslizan desnudos entre las zarzas y espinos y arbus-tos, como jabalíes, sin obstáculo alguno; pero á los nuestros les estor-ban entre los espinos sus escudos y vestidos, sus largas picas y el des-conocimiento de los lugares.

Por lo cual, habiendo pasado allí la noche en vano, y no sintiendo al día siguiente que se moviera nadie en las selvas, por consejo y con la guía de los insulares, que tenían antiguo odio á los ciguanos, se encaminó á las montañas en que el rey Mayobanex tenía su corte, el pueblo Caprón, y á la distancia de doce millas fijó el campamento, en el pueblo de otro cacique, abando-nado de todos sus habitantes por miedo; alcanzaron á dos, y por ellos supieron que había con Mayoba-nex, en su corte Caprón, diez ré-gulos con ocho mil ciguanos reuni-dos. En dos ligeras incursiones se fatigaron mutuamente, y el Ade-lantado no se atrevió á pasar ade-

lante hasta que explorara con más diligencia la región.

Á altas horas de la noche siguiente fueron enviados exploradores guiados por los isleños, que conocían el terreno; los ciguanos, desde los montes, sintieron á los nuestros; se preparan á luchar alzando gritería como suelen, y, sin embargo, no se atreven á salir de los bosques pensando que estaba allí el Adelantado con todo el ejército.

Al día siguiente, conduciendo el Adelantado el ejército hacia ellos, probaron fortuna dos veces saliendo á pelear desde las selvas; cayeron con gran ímpetu sobre los nuestros, é hirieron á la mayor parte antes de que pudieran cubrirse con los escudos. Los nuestros los derrotan, persiguen, matan, cogen á muchos, y ellos se vuelven á sus bosques para no salir más de ellos.

El Adelantado envía á uno de los prisioneros con otro isleño de los amigos con el siguiente recado para Mayobanex: «No para hacerte guerra á ti ni á tus súbditos, oh

Mayobanex, ha traído su ejército el Adelantado, pues deseo tu amistad; pero pido que Guarionex, que se ha refugiado ahí y te persuadió á que tomaras las armas con gran perjuicio de tu gente, hecho preso pague la pena de su delito, por lo cual te exhorto me entregues á Guarionex. Si lo haces, el Prefecto del mar, mi hermano, te admitirá á su amistad, y guardará y defenderá la amplitud íntegra de tus reinos: si te niegas á entregarlo, se hará lo necesario para que tengas que arrepentirte. Todo el reino que tienes será devastado á sangre y fuego, y todas tus cosas tomadas.»

Pero Mayobanex, oída aquella proposición, les respondió: Que, como lo sabía todo el mundo, Guarionex es un hombre bueno y adornado de todas las virtudes, y así le juzgo digno de auxilio y defensa; pero ellos son hombres violentos y malos, tan codiciosos de lo ajeno, siempre sedientos de sangre inocente, y que no quiere tener relaciones con hombres malvados.





### CAPITULO III

---

SUMARIO: Insiste en su reclamación el Adelantado.—Mayobanex consulta á su pueblo.—Pero no se conforma con el voto popular.—Rómpense las hostilidades.—Se queda el Adelantado con solos treinta españoles.

Oído esto, el Adelantado mandó quemar la aldea en que acampaba y otras muchas vecinas; y acercándose más á Mayobanex, le manda otra vez quien trate con él de que mande venir á alguno de sus familiares íntimos, con quien el Adelantado pueda tratar de la paz. El cacique manda ir á uno muy querido de entre los principales acompañado de otros dos: á éste le propuso el Adelantado, le persuadió y exhortó que no consienta Mayobanex que su floreciente reino sea devastado por causa de Guarionex; le exhorta que lo en-

tregue si no quiere perderse él y todas sus cosas, y que sean presos juntamente sus súbditos.

Al volver el mensajero, Mayobanex convoca al pueblo y le expone lo que ha pasado. Mas el pueblo proclama que debe ser entregado Guarionex, y comienzan á maldecir y execrar el día en que había venido á turbar su tranquilidad. Pero Mayobanex respondió que Guarionex era un hombre bueno y benemérito de él porque le había traído muchos regalos regios cuando vino á él, y había enseñado á su mujer y á él á cantar y danzar, lo cual estimaba no poco, y que estaba á su cuidado, por lo cual de modo ninguno le abandonaría, puesto que se había refugiado en su casa y se le había dado palabra de guardarle, y que más quería sufrirlo todo con él que dar á los detractores motivo de decir que había entregado á un huésped.

Así, despidiendo al pueblo que sollozaba, llamó á Guarionex, le prometió de nuevo toda su ayuda y

que quería esperar con él, mientras viviera, cuanto pudiera ocurrir, y opina que al Adelantado no hay que responderle nada; antes, á aquel que primeramente había enviado le colocó bien custodiado en el camino por donde solían ir á él los enviados del Adelantado, mandándole que mate á los que vengan y no admita conversación de ninguno.

Dos mandó el Adelantado, uno de los cautivos ciguanos, otro de los isleños amigos, y á los dos les cortaron la cabeza. Detrás de ellos fué el Adelantado con solos diez de á pie y cuatro jinetes : encontró muertos en el camino á sus enviados, con lo cual, irritado, determinó castigar más rigurosamente á Mayobanex. Dispuesto el ejército, toma el camino de la corte Caprón; huyen por varias partes los régulos y abandonan á su general Mayobanex. Este huye con toda su familia á ásperas montañas, y otros ciguanos buscan á Guarionex para matarle porque había sido la causa de tantos males; pero salvó la vida

con los pies, escondiéndose casi solo entre los riscos de montes desiertos.

Hallándose ya fatigados los soldados del Adelantado por la larga campaña, vigiliass, trabajos y hambre (pues hacía ya tres meses que se había comenzado), muchos pidieron permiso para poder volverse á la Concepción, donde la mayor parte tenían predios muy cultivados, á usanza de la isla: dánseles bastimentos y regresan muchos; sólo treinta compañeros quedaron con el Adelantado.

Esa campaña de tres meses la hicieron con bastantes trabajos, pues en todo el trimestre no lograron ningunas viandas, fuera de cazabi, es decir, su pan de raíces, y de éste pocas veces se hartaron, y algunas hutías, es decir, conejos de allí, si cazaban algunos con sus perros; y la bebida algunas veces agradable, pero con frecuencia aguas fangosas y palustres; en medio de estas delicias, estar siempre á la intemperie y en un perpetuo moverse, pues así lo exigía la condición de la guerra.



## CAPITULO IV

---

SUMARIO : Á caza de los dos caciques. — Prisión de Mayobanex. — Idem de Guarionex. — Otro cacique agradecido. — Nombramiento de Bobadilla. — Prisión de Colón. — La desaprueban los Reyes Católicos.

CON estos pocos, pues, determinó el Adelantado registrar las montañas y rebuscar los escondrijos, por seguir la pista de Mayobanex ó Guarionex. Por casualidad, unos cazadores del mismo Adelantado, obligados por el hambre á buscar donde podrían cazar hutías no teniendo otra cosa, dieron con dos de la familia de Mayobanex, que, enviados á ciertos caseríos del mismo, llevaban pan que los habitantes les habían dado. Les obligaron á manifestar dónde se ocultaba su señor, y, sirviendo ellos de guía, doce de los nuestros,

pintándose como los ciguanos, prendieron con este ardid á Mayobanex con su mujer é hijos, y se los llevaron al Almirante en la Concepción.

Pocos días después el hambre obligó á Guarionex á salir de sus cuevas, y los isleños, temiendo al Almirante, se lo descubrieron á unos que iban cazando. Supo el Almirante dónde estaba; envió un pelotón de infantes, que, emboscándose, lo asaltaran cuando quisiera volver de la llanura á las montañas. Van, le cogen y le llevan. De este modo quedaron apaciguadas y tranquilas todas las cercanías de aquella región.

A Mayobanex le acompañaba en estas desgracias una parienta, esposa de otro cacique, cuyo reino estaba intacto aún. Todos ponderan que era la más hermosa de todas las mujeres que la naturaleza crió en aquella isla. Deseando tenerla su marido, como ella lo merecía, loco y sin juicio desde que la habían preso, andaba vagabundo por los desiertos sin saber qué partido to-



mar: por fin se presentó al Almirante, prometiendo que se pondría bajo su mando, á sí mismo y á todas sus cosas sin ningún obstáculo, si le devolvían su mujer: se la entregaron juntamente con muchos principales de sus súbditos, y se obligaron todos con juramento á hacer lo que se les mandara.

Este mismo régulo, espontáneamente, llevando consigo á cinco mil indígenas inermes con sus instrumentos de agricultura, fué al Almirante, y á costa suya dejó una gran siembra cultivada en los predios de aquel amplísimo valle. Habiéndole hecho regalos el Almirante, él se marchó contento.

Llevada esta noticia á los ciguanos, infundió en los ánimos de los caciques la esperanza de clemencia. Fueron, pues, espontáneamente; dieron palabra de que en adelante harían lo que se les mandara, y suplicaron por su rey y toda su familia. Á ruego de los caciques fueron puestos en libertad la mujer y toda su casa, mas el rey quedó preso.

Eso hacía en la isla el Almirante sin saber lo que sus enemigos maquinaban contra él ante nuestros Reyes.

Éstos entretanto, combatidos con tantas quejas de todos lados, y principalmente en vista de que de tanta abundancia de oro y de otras cosas se traía poco por causa de las discordias y sediciones, instituyeron un nuevo Gobernador que averiguie diligentemente todas estas cosas, y corrija á los que resulten delincuentes ó los envíe á su real presencia.

Qué se haya investigado respecto del Almirante y de su hermano, ó de los que estuvieron en contra de ellos, no lo veo bien; sólo sé una cosa: los dos hermanos fueron presos y encadenados y despojados de todos sus bienes, como estás viendo, Príncipe Ilustrísimo.

Sin embargo, tan pronto como los Reyes supieron que habían llegado presos á Cádiz, al punto mandaron por postas aceleradas que los soltaran, y les dieron permiso

para que fueran libres, manifestando que han llevado muy á mal la injuria que se les ha hecho.

Aquel nuevo Gobernador dicen que ha enviado á los Reyes cartas escritas por mano del Almirante en caracteres desconocidos, en las cuales exhortaba y avisaba á su hermano el Adelantado, que estaba ausente, que viniera con gente armada para que, si el Gobernador se disponía á hacerle violencia, le defendiera de su injuria. Por eso, como el Adelantado precedió á la gente de armas, el Gobernador los prendió á los dos, desprevenidos, antes de que se reuniera la muchedumbre.

Lo que haya de suceder lo descubrirá el tiempo, juez prudentísimo de todas las cosas. — *Vale.*







## LIBRO VIII

---

*El mismo cardenal Luis de Aragón.*

(Comprende las exploraciones de Alíonso Niño:  
1499-1500.)

### CAPITULO PRIMERO

---

SUMARIO: Se da á la vela con rumbo á Paria.—En Cumaná con buena suerte.

**H**E dedicado, Príncipe Ilustrísimo, á tu grandeza el rico Océano (*los libros acerca de él*), oculto hasta el presente y descubierto por Cristóbal, Prefecto de mar, con los auspicios de nuestros Reyes, como quien regala un collar de oro aunque mal

elaborado por la impericia de las manos del artífice. Mas ahora recibe un aderezo de perlas que, colgado del collar, haga las veces de dije.

La mayor parte de los pilotos de las naves del Almirante, que habían anotado diligentemente la marcha de los vientos, impetrado de los Reyes permiso de hacer investigaciones ulteriores á sus propias expensas, aunque debiendo dar á los Reyes la parte correspondiente, que es la quinta, acometieron esa empresa.

Mas por cuanto cierto Pedro Alonso, por sobrenombre Niño, navegó al Mediodía con mejor suerte, he creído que debía comenzar por él. Omitiendo todo lo demás del viaje, dispuesta una sola nave á costa suya (aunque alguien dice que ajena), tomando mandato real de no aportar á menos de cincuenta leguas en ningún lugar donde hubiera tocado el Almirante, se dirigió á Paria, donde hemos dicho arriba que el Almirante encontró, así á los



hombres como á las mujeres, con sus collares y brazaletes de perlas.

Siguiendo, conforme al real mandato por la misma costa, y dejadas atrás las regiones Cumana y Manacapana, llegó á una región que dice llaman los indígenas Curiana, en la cual refiere que encontró un puerto muy semejante al de Cádiz. Entrando en él, vió en la playa algunas casas; se acercó y encontró una aldea de ocho casas solas; pero de otra población numerosa, que distaba sólo tres millas, vinieron corriendo cincuenta hombres con el principal, y pidieron á Alfonso Niño que fuera á la costa de ellos.

Este, bajando él mismo á tierra, se llevó consigo cascabeles, alfileres, brazaletes, pulseras, sartas de cristal, anillos y otros objetos tales de comercio, y los permutó en un momento por quince onzas de perlas, que llevaban colgadas al cuello y en los brazos.

Entonces ellos, abrazando amistosamente á Niño, instaron más y más para que fuera navegando á

su orilla ; indicaban que allí tendrían cuanta abundancia de perlas desearan.

Al salir la aurora del día siguiente zarparon hacia ellos, llegaron, echaron anclas, y todo el pueblo concurrió, y le suplicaban que bajara á tierra. Pero Niño, viendo que había innumerable muchedumbre de ellos, y que él sólo tenía consigo treinta y tres hombres, no se atrevió á entregarse á ellos, sino que con gestos y señas les dió á entender que se le acercaran con sus canoas. Tiénenlas de un solo madero, como los demás, pero más toscas y menos aptas que las de los caníbales y los isleños de la Española. Las llaman *galitas*.

Ellos, pues, con sumo deseo de nuestras mercancías, llevaban todos á porfía sartas de perlas : llaman á éstas *tenoras*. En veinte días que los trataron, conocieron que son mansos, sencillos, inocentes y hospitalarios.

Comenzaron á estar con ellos dentro de sus casas, que son de made-

ra cubiertas con hojas de palma. Su comida es, en su mayor parte, de las conchas de que sacan las perlas, de que están llenas las costas, y animales silvestres que se comen. Cría aquella tierra en abundancia ciervos, jabalíes, conejos, en el vello, en el color y en el tamaño semejantes á las liebres, y palomas y tórtolas : las mujeres crían en las casas patos y ánades, como entre nosotros. En los bosques revoloteaban á cada paso los pavos (mas no pintados y de varios colores, pues el macho se diferencia poco de la hembra), y por los arbustos de las lagunas, los faisanes.

Son los curianos diestros cazadores, y matan fácilmente con ciertos saetazos cualesquier cuadrúpedos ó aves. Los nuestros pasaron allí muy bien algunos días, pues al que les llevaba un pavo le daban cuatro alfileres ó pulseras ; por un faisán dos, por una paloma ó tórtola una, por un pato lo mismo ó una cuenta de cristal. En esta permuta trataban replicando, rega-

teando y dejándolo, igual que lo hacen nuestras mujeres cuando se enredan con los vendedores. Como estaban desnudos, preguntaban que para qué les podrían servir los alfileres : los nuestros los dejaron satisfechos con hábil respuesta, pues por señas les hicieron entender que les venían muy bien para sacarse las espinas que muchísimas veces se les clavan en la carne, y para limpiarse los dientes. Entonces ellos comenzaron á estimar mucho los alfileres; pero gustándoles el color y el sonido de los cascabeles, daban mucho por lograr uno.

En las selvas, que dicen son espesísimas, de varios y muy altos árboles, oían de noche, desde las casas de los indígenas, mugidos horrendos de animales grandes pero inofensivos <sup>1</sup>, pues los indígenas de continuo salen desnudos libremente por las selvas, para cazarlos con arcos y saetas, y no hay memoria de que ninguno haya sido

---

<sup>1</sup> Véase la nota de la página 39.

matado por algún animal. Cuantos ciervos, cuantos jabalíes les mandaban coger los nuestros, tantos les traían matados á saetazos. No tienen bueyes ni cabras, ni ovejas; comen pan de raíces y de trigo, como los isleños de la Española.





## CAPÍTULO II

---

SUMARIO : Retrato de aquellos indios.—Sospechan ya los españoles que están en tierra firme.—Pasan á Cau-chieto.—Les va muy bien allí.

**E**STA raza tiene el pelo negro, espeso, semicrispado, pero largo; se ponen blancos los dientes: para ello casi todo el día llevan entre los labios cierta hierba á propósito, y cuando la tiran se lavan la boca. Las mujeres atienden á las cosas de la familia y á la agricultura más que los hombres, y éstos se dedican más á cazar, á las cosas de la guerra, á bailes y juegos.

Tienen orzas, cántaros, ollas y demás utensilios de varias clases de alfarería, compradas de otra parte. Pues celebran sus ferias en-



tresí, á las cuales cada vecino, por lograr algo de otras partes, lleva de los productos de su región, pero de cerca; pues no hay ninguno que no se deleite en hacerse con algo nuevo, siendo natural á todos los hombres el tener afición y deleite á las cosas nuevas. Unían á las perlas avecillas y otros muchos animales primorosamente formados de oro, aunque no puro, pero se les llevan de otras partes á cambio, pues aquel oro es como el alemán de que se acuñan los florines. *Ibi homines cucurbitula quadam, in anterioris brachulae caligarum nostrarum similitudinem scissa, vel testa marina, mentulam et genitalia includunt: funiculo ad lumbos alligato cucurbitula sustinetur: de caetero nudi. Alibi in eo tractu intra vaginam mentularem nervum reducunt, funiculoque praeputium alligant.*

Los animales de que arriba hicimos mención, y otras muchas cosas que no se encuentran en ninguna isla, atestiguan que es tierra

continente; pero la principal conjetura con que quieren probar que es así, es que navegaron por las costas de aquel territorio, desde Paria hacia el Occidente, cerca de tres mil millas, y no encontraron señal alguna de fin.

Preguntados los curianenses de dónde conseguían aquel oro, indicaban que lo traen de cierta región llamada Cauchieto, que distaba hacia el Occidente, por costa derecha, seis soles, esto es, camino de seis días, y que lo labraban dándole aquellas formas los operarios de aquel país.

Fuéronse allá los nuestros, encontraron la región, y el día primero de Noviembre del año mil quinientos echaron anclas en la playa de Cauchieto. Presentáronse sin miedo los indígenas, y llevaron oro, que es nativo entre ellos. También éstos llevaban perlas al cuello, pero se les proporcionaban de Curiana á cambio de oro. Ninguno de ellos quiso permutar nada que hubiera conseguido de otra parte;

como, por ejemplo, ni los curianenses el oro, ni los de Cauchieto las perlas; pero encontraron un poco de oro recogido entre los de Cauchieto.

Lleváronse de allí muy hermosos cercopitecos (monos) y muchos loros de varios colores. En el mes de Noviembre hacía por allá muy suave temperatura, frío ninguno.

Las estrellas del polo ártico que llaman guardias, se les ponían á ambos pueblos; tan cercanos estaban al equinoccio. No saben dar otra razón de los grados polares.

Hombres de buena intención y nada suspicaces, casi toda la noche andaban con sus canoas acercándose á los nuestros, como los de Curiana, y se entraban sin temor en la nave. Estos llaman á las perlas *corixas*: son celosos, pues si va á ellos algún extranjero, siempre se ponen las mujeres detrás de ellos, para que ellas vean también estas novedades como prodigios. El algodón se cría abundante y natural en Cauchieto como entre nosotros los arbustos silvestres; por eso se ha-

cen calzoncillos, con que en la mayor parte de las regiones se cubren las ingles.

Habiéndose adelantado después por la misma costa, he aquí que se presentan casi dos mil hombres, armados á su modo, para impedirles que desembarquen, los cuales se manifestaron tan agrestes y fieros que no consintieron nunca en tener con los nuestros comercio ni trato ninguno; y así éstos, contentándose con sus perlas, se volvieron por donde habían ido, y se detuvieron otros veinte días con los de Curiana, comiendo muy bien.





### CAPITULO III

---

SUMARIO: Son atacados por una flota de caríbes.—Los derrotan.—La víctima libertada.—Su relato.—Su venganza.—Salinas especiales.—Cómo embalsamaban por allá.—El botín.—Alfonso Niño encausado como defraudador de contribuciones.

**P**ARÉCEME que no es absurdo ni ajeno de la historia el insertar lo que les sucedió cuando, viniendo, veían ya las costas de Paria. Encontráronse con una flota de dieciocho canoas de caníbales que iban á cazar hombres junto á la Boca del Dragón y las gargantas del golfo de Paria. Los caníbales, cuando vieron á los nuestros, acometieron intrépidos á nuestra nave y la rodearon, y los atacaban con sus flechas y armas arrojadizas; mas los nuestros los atemorizaron tanto con los tiros, que al punto se

pusieron en fuga. Persiguiéndoles con el bote y alcanzando una de sus canoas, cogieron á un solo caníbal y á otro hombre atado, habiéndose escapado los otros á nado.

Este que llevaban atado, saltándole las lágrimas, con gestos de las manos, ojos y cabeza, dió á entender que aquella gente nefanda se había comido á seis compañeros suyos miserables, sacándoles las entrañas y cortándolos cruelmente en pedazos, y que lo mismo iban á hacer con él al día siguiente. Le pusieron, pues, el caníbal á su disposición, y él, furioso, comenzó á maltratarle á palos, puñetazos y patadas: y aún le parecía que no había vengado bastante la matanza de sus compañeros viéndole exánime y todo acardenalado de los palos y puntapiés.

Habiéndole preguntado de la índole y costumbres de los caníbales cuando asaltan de esa manera las tierras extrañas, dijo que los caníbales, adonde quiera que van, llevan consigo un fardo de palos, y



cuando desembarcan los clavan en el suelo y, hecho el campamento, se colocan dentro en círculo para poder pasar la noche seguros.

En la Curiana encontraron la cabeza de un caníbal clavada en la puerta de cierto principal, cual bandera ó yelmo tomado al enemigo y conservado cual preclaro timbre.

En aquella playa de Paria hay una región llamada Haraia, que es notable por una nueva especie de salinas; pues agitado allí el mar por la fuerza de los vientos, empuja las aguas á una vasta planicie que hay allí junto, y saliendo el sol, cuando se tranquiliza el mar se coagulan en blanquísima y óptima sal; y si acudieran allí pronto antes de que llueva, podrían cargar-se cuantas naves surcan el mar, porque, en lloviendo, al punto se liquida y la absorbe la arena, y por los poros de la tierra vuelve á su origen, de donde había sido arrojada. Dicen otros que el llano aquel no lo llena el mar, sino ciertas fuentes que brotan más amargas que

agua de mar, y en habiendo tempestad se remueven aquellas aguas. Los indígenas hacen mucha estima de aquellas salinas, pues no sólo usan la sal para los usos domésticos, sino que, formando con ella como ladrillos, la venden á los extraños á cambio de cosas ajenas.

Allí los cadáveres de los principales los extienden sobre parrillas, poniendo debajo fuego lento para que, consumiéndose la carne poco á poco, se conserven desecados los huesos dentro de la piel, y después les dan honra y los guardan como penates. Recuerdan que vieron allí un hombre, y en otra parte una mujer, colocados y conservados de esa manera.

Cuando iban á marcharse de Curiána, el seis de Febrero, para venir á presentarse á los Reyes, echaron de ver que habían adquirido noventa y seis libras de perlas, de á ocho onzas cada libra, en precio tal vez de cinco sueldos; poniéndose, pues, en marcha, emplearon en el viaje sesenta y un días, aunque es más

corto que desde la Española, por las continuas corrientes del mar hacia Occidente, que no sólo detenían la embarcación, sino que á veces hasta la hacían atrás. Llegaron por fin los marineros cargados de perlas, como si lo fueran de paja.

Pero el piloto Pedro Alfonso, de sobrenombre Niño, por cuanto había ocultado no pequeña cantidad de perlas preciosas y defraudado las rentas reales, que son el quinto, fué acusado por sus compañeros, y le prendió Fernando de Vega, varón de muchas letras y experiencia, gobernador de Galicia, adonde arribaron; y después de tenerle preso mucho tiempo, por fin salió libre. Pero aún niega haber recibido la parte de perlas que le correspondía.

Muchas de las perlas son como avellanas y semejantes á las orientales, mas por estar mal perforadas no son de tanto precio. En mi presencia, estando comiendo en Sevilla convidado en casa del ilustre duque de Medinasidonia, le llevaron á vender ciento una onzas. Por

cierto que me gustó verlas tan hermosas y brillantes.

Hay quien dice que Niño no se hizo con las perlas en Curiana, que dista de la Boca del Dragón más de ciento veinte leguas, sino en las pequeñas regiones de Cumana y Manacapana, próximas á la Boca y á la isla Margarita, y dicen que la Curiana no da margaritas. Todavía no está en claro; vamos nosotros á otra cosa.

He aquí la utilidad que se puede esperar, andando los tiempos, de estas tierras poco ha descubiertas, de estas playas del Occidente, supuesto que á primera vista dan tales muestras de riqueza.





## LIBRO IX

---

*Al mismo cardenal Luis de Aragón.*

(Comprende la expedición desgraciada de Vicente Pinzón,  
Diciembre de 1499 á Septiembre de 1500.)

### CAPITULO PRIMERO

---

SUMARIO: De Palos á Canarias.—Cruzan la línea equinoccial.—En el Brasil.—Mal recibimiento.

VICENTE Yáñez, de sobrenombre Pinzón, y Alonso Pinzón, hijo de su hermano, que habían acompañado en la primera navegación al Prefecto marítimo Colón, llevados por él y dueños de aquellas dos naves menores que, como arriba dijimos, se llaman carabelas, atraídos por la amplitud de las nuevas regiones

y nuevas tierras, construyeron á sus expensas cuatro carabelas en el puerto que los españoles llaman Palos, de donde ellos eran naturales, que está en el mar occidental, y obtenido permiso de los Reyes zarparon hacia primeros de Diciembre de mil cuatrocientos noventa y nueve.

Está este puerto de Palos setenta y dos millas de Cádiz y sesenta y cuatro de Sevilla, emporio de la Bética. Todos los del pueblo, sin exceptuar ninguno, están dedicados á las cosas de mar y ocupados en continuas navegaciones.

Ellos se encaminaron primeramente á las islas Afortunadas por las Hespérides, esto es, por las islas llamadas Cabo Verde, que otros llaman las Gorgadas de Medusa. Tomaron rumbo derecho al Mediodía. Desde la Hespéride que los portugueses, sus poseedores, llaman Santiago, saliendo el trece de Enero, marcharon con viento ábrego de proa, que llaman Sudeste, y es medio entre el Austro y el Céfiro.



Cuando les parecía que habían navegado ya trescientas leguas siguiendo aquel viento, dicen que perdieron de vista el polo ártico, y cuando se les ponía, se levantó al punto fiera tempestad de vientos, torbellinos y calores. Sin embargo, prosiguieron adelante, si bien con sumo peligro, doscientas cuarenta leguas, siguiendo siempre el mismo viento por el ya perdido polo. Por lo cual, si es habitable ó inaccesible la línea equinoccial, discútanlo éstos y los antiguos filósofos, poetas y cosmógrafos. Pues éstos sostienen que está habitada de pueblos numerosos, pero aquéllos dicen que es inhabitable por lo perpendicular del sol. No faltó, sin embargo, entre los antiguos quien intentara probar que es habitable.

Preguntando yo á esos marineros si veían el polo antártico, dicen que no conocieron ninguna estrella semejante á esta del ártico que pueda distinguirse cerca del punto, y afirman que vieron otro aspecto de estrellas y cierta obscuridad vapo-

rosa por el horizonte, que casi obscurecía la vista. Sostienen ellos que en el medio de la tierra se levanta una prominencia que hasta que la pasan del todo impide que se vea el antártico; pero creen haber visto figuras de estrellas muy diversas de las de nuestro hemisferio. Esto me han contado, esto cuento. Son Davos, no Edipos <sup>1</sup>.

Por fin el veintiséis de Enero vieron tierra de lejos; y observando que estaba turbia el agua del mar, echando la sonda encontraron profundidad de dieciséis brazas. Fueron allá, bajaron á tierra, estuvieron allí dos días, porque no vieron hombre ninguno aunque advirtieron huellas humanas en la playa; y dejando señalados en los árboles y en las peñas próximas á la orilla los nombres de los Reyes y los suyos con noticia de su llegada, se marcharon.

No lejos de aquella estación, si-

---

<sup>1</sup> Alusión á la literatura clásica, queriendo significar que los de quien habla no eran hombres de saber.

guiendo fuegos que vieron de noche á modo de campamento, encontraron gente que pernoctaba al raso. Determinaron no perturbarlos hasta que amaneciera. Pero cuando salió el sol, fueron hacia ellos cuarenta de los nuestros con armas. Salieronles al encuentro treinta y dos armados con sus arcos y dardos arrojadizos, dispuestos á pelear, y los seguían los demás en la misma disposición. Dicen que aquellos indígenas son más altos que los germanos y los de la Panonia. Esperaban á los nuestros con torva mirada y en actitud amenazadora.

Los nuestros juzgaron que no era cosa de pelear, sin que yo sepa si fué por miedo ó para que aquéllos no huyeran; esforzáronse por atraerlos con halagos y ofreciéndoles regalos. Pero ellos, como resueltos á no admitir trato alguno con los nuestros, rechazaron toda plática, y recibían la conversación y los ademanes preparados siempre á la pelea: así se retiraron unos y otros. Pero, entrada la noche, huyeron ellos,

abandonando los lugares que habían ocupado. Se piensa que son raza ambulante como los escitas, que sin casas fijas siguen con sus mujeres é hijos á los frutos de la tierra. Los que han medido en la arena las huellas de los pies de aquéllos, afirman con juramento que tienen casi el doble que los pies de un hombre regular de nosotros.





## CAPITULO II

---

SUMARIO: Indios á caza de españoles.— En la desembo-  
cadura del Marañón.—Conjeturas.

**P**ROSIGUIENDO más adelante hallaron otro río, pero no tan profundo que sepudiera recorrer con las carabelas. Enviaron, pues, á tierra dos botes de servicio con hombres armados que investigaran. Vieron una caterva de indígenas sobre alto collado próximo. Los nuestros, por un peón que se adelantó, los invitaron á tratar.

Ellos pareció que querían coger á alguno de los nuestros y llevárselo. Pues desde lejos le echaron un canuto dorado de un codo, porque antes él les había echado un cascabel para atraerlos. Cuando el espa-

ñol se inclinó para coger el canuto que le habían tirado, en un abrir de ojos le rodearon los indígenas para cogerlo; y éste, con su escudo y espada de que iba armado, se defendió de ellos hasta que los compañeros le auxiliaron con los botes.

Para decirlo brevemente (ya que con tales ansias me alegas tu viaje), con sus flechas y astas arrojadizas mataron á ocho de los nuestros é hirieron á la mayor parte. Dentro del río rodearon los botes, llegaron temerariamente á las manos, y desde la orilla agarraban los bordes de los botes : con las lanzas y las espadas eran muertos como ovejas, porque iban desnudos; mas no por eso cedían. Se apoderaron de un bote nuestro, aunque sin gente, y traspasado el que lo mandaba con una saeta y muerto, escaparon los otros botes. Así dejaron á aquellos hombres belicosos.

Dirigíanse hacia el Occidente septentrional por la misma costa, tristes por los que habían muerto, y recorrieron casi cuarenta leguas



cuando dieron con un mar de aguas tan dulces que pudieron renovar allí la de las pipas. Examinando la causa de esto, encontraron que de vastas montañas fluían con gran ímpetu rápidas corrientes de ríos. Dicen que dentro de aquel mar hay varias islas dotadas de muy fértil suelo y llenas de pueblos.

Cuentan que los indígenas de esta región son pacíficos y sociables; mas poco útiles para los nuestros, porque no consiguieron ningunas ventajas apetecibles, como oro y piedras preciosas. Se llevaron por eso de allí treinta y seis cautivos. Los indígenas llaman á la región Mariatambal; pero la región por el Oriente de su río se dice Camomoro, y por el Occidente, Paricora.

En lo interior de aquella comarca indicaban los indígenas que había no despreciable cantidad de oro, pues prosiguiendo al Septentrión de este río, por exigirlo así los rodeos de las orillas, volvieron á ver el polo ártico. Toda aquella costa es de Paria, que dijimos halló rica

de perlas el mismo Colón, autor de este gran descubrimiento.

Dicen que esa costa es contigua y una misma con la Boca del Dragón, de que hemos hablado en otra parte, y con las demás playas, como Cumana, Manacapana, Curiana, Cauchieto y Cuchivachoa, por lo cual la tienen por el continente de la India del Ganges; pues tan vasto ámbito no parece sufrir que sea isla, por más que todo el orbe de la tierra, tomándolo latamente, se puede llamar isla.

Desde aquella punta de tierra donde se pierde el polo ártico, viniendo casi trescientas leguas en continuo trecho al Occidente, hacia Paria, como á mitad del espacio, dicen que dieron con un río llamado Marañón, tan ancho que sospecho es fábula. Preguntados después por mí si sería un mar dividiendo tierras, respondieron que son dulces de beber aquellas corrientes, y que cuanto más se avanza río arriba tanto más dulces son, y que está lleno de islas y de pescado. Se atre-

ven á decir que tiene más de treinta leguas de ancho, y que con curso arrebatado corre al mar, que cede á su furor.

No obstante, si reflexionamos lo grandes que se dicen las bocas del Danubio, la *boriostomea* y la *spireostomea*, y por cuánto trecho empujan á las olas del mar y dan agua dulce á los navegantes, dejaremos de maravillarnos, aunque este río se afirma que es mayor. ¿Quién quitará á la naturaleza que pueda formar este río más grande que aquél? El que menciona el almirante Colón recorriendo aquellas costas, pienso que es ése. Algún día entenderemos estas cosas más claramente. Ahora volvamos á los productos de la tierra.

Hallaron selvas de árboles coccídeos en la mayor parte de las islas de Paria : han traído tres mil libras. Los italianos le llaman *vercino*, los españoles *brasil*. Dicen que los tales árboles de la Española son mucho mejores que éstos para dar color á las lanas.



## CAPÍTULO III

---

SUMARIO : En las islas Bahamas.—El primer kanguro.—  
Lastimosa borrasca.—Regresan al patrio hogar.

**S**IGUIENDO después al aquilón, que los marinos españoles llaman nordueste y los italianos griego, encontraron muchas islas abandonadas por la sevicia de los caníbales, pero feraces. Desembarcaron en muchos lugares, y encontraron restos de pueblos destruídos. Sin embargo, en algunas partes vieron hombres, pero temerosos, que, al ver cualquier nave cercana, huían á los riscos de las montañas y á recónditos bosques, vagando ya sin casa fija por temor á las emboscadas de los caníbales.

Encontraron á cada paso árboles

muy grandes, que producen naturalmente la caña canela, como se llama vulgarmente. Cuentan que ésta no es inferior á la que los calenturientos piden á los farmacéuticos; pero no estaba aún madura cuando ya iba de viaje. Prefiero creer en ellos y en otros que refieren estas cosas, á investigarlas más laboriosamente. Llegan á decir que hay allí árboles tan corpulentos que muchos de ellos no los pueden abarcar con los brazos entre dieciséis hombres que los rodeen dándose las manos.

Entre esos árboles se halló un animal monstruoso, con cara de zorra, cola de mono, orejas de murciélago, manos de hombre, pies como de mona, que adonde quiera que va lleva sus hijos en un vientre exterior á modo de bolsa grande <sup>1</sup>.

Aquel animal, aunque muerto, le viste conmigo tú mismo, le diste vueltas y admiraste aquella bol-

---

<sup>1</sup> El kanguro ó a'gún otro de los marsupiales.

sa, nuevo vientre, nuevo remedio de la naturaleza, con que, llevándose á sus hijos, los libra de los cazadores, ó también de otros animales violentos y rapaces. Dicen que se ha averiguado por observación que ese animal lleva siempre consigo á sus hijos en aquel vientre-bolsa, y que nunca los echa de allí sino para retozar ó para darles de mamar, hasta que aprenden á buscarse por sí mismos el alimento. Le habían cogido con los hijos; pero en las naves se murieron pronto los cachorros, y la madre les sobrevivió algunos meses, pero al fin tampoco ella pudo sufrir tal cambio de aire y alimentos. Basta ya de este animal. Volvamos á los autores de la empresa.

Estos dos Pinzones, tío y sobrino, pasaron horrendos trabajos en esta navegación. Por la costa de Paria habían recorrido ya seiscientas leguas, y, según ellos piensan, más allá de la ciudad de Catayo y de la costa de la India, más allá del Ganges, cuando en el mes de



Julio les sobrevino de repente en aquellas regiones tan fiera tempestad que, de cuatro carabelas que llevaban, echó á pique dos á la vista de ellos, y al punto, arrancando de las áncoras con su violencia á la tercera, se la llevó, haciéndosela perder de vista, y la cuarta, que estaba anclada, la sacudió de modo que ya se abrían todas las juntas. Y así se bajaron, sin embargo, á tierra de esa última, perdida toda esperanza de que se salvara.

Por lo cual, habido consejo, pensaban, ya en prepararse domicilios en aquellas regiones, ya en matar á todos los habitantes vecinos, no fuera que, convocando alguna vez á los comarcanos, se convinieran para quitarles la vida á ellos. Pero salieron mejor: cedió la tempestad: volvió la carabela que la tormenta se había llevado, en la cual iban dieciocho hombres, y la que se había quedado anclada á la vista de ellos se salvó.

Con estas dos naves, pues, se hicieron á la mar con rumbo á Espa-

ña. El treinta de Septiembre, destrozados por las olas y habiendo perdido no pocos amigos, arribaron á Palos, su suelo natal, á reunirse con sus mujeres é hijos.

Trajeron muchos trozos de los árboles que suponen ser del cinamomo y del jengibre; mas esto no útil, porque no está adobado, como dicen para excusarse de que no han traído ninguna otra cosa preciosa. Pero tu Bautista Elysio, eximio filósofo y médico no inferior, me parece que nos contó á ti y á mí que les había visto en las manos piedras traídas de allá, recogidas de las playas de aquellas regiones, que afirma eran verdaderos topacios.

Detrás de ellos, también otros, por emulación de sus vecinos, recorrieron por el Mediodía trechos larguísimo, mas por lo que otros habían descubierto y por las huellas del almirante Colón, como, por ejemplo, la costa de Paria. Estos encontraron también caña-canela y aquella cosa preciosa para quitar con su sahumero la pesadez de cabeza,

que los españoles la llaman en eldo blanco <sup>1</sup>.

Acerca de estas cosas no he sabido ninguna otra novedad que sea digna de tu ingenio. Daré, pues, fin á este librito, porque me acosas otra vez con tu partida.

---

<sup>1</sup> Sospecho que se refiere al tabaco. La primera noticia del tabaco la dió Colón en su Diario (*martes 6 de Noviembre*) con estas palabras: «Hallaron los dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaba á sus pueblos, mujeres y hombres con un tizón en la mano, hierbas para tomar sus sahumeros que acostumbraban.» El obispo Las Casas amplía la curiosa noticia diciendo: «Hallaron estos dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaban á su pueblo: mujeres y hombres; siempre los hombres con un tizón en las manos y ciertas hierbas para tomar sus sahumeros, que son unas hierbas secas metidas en una cierta hoja, seca también, á manera de mosquete, hecho de papel de los que hacen los muchachos la Pascua del Espíritu Santo; y encendido por una parte de él, por la otra chupan ó sorben ó reciben con el resuello para adentro aquel humo, con el cual se adormecen las carnes y cuasi emborracha, y así diz que no sienten el cansancio. Estos mosquetes, ó como los llamáremos, llaman ellos *tabacos*. Españoles cognosci yo en esta isla Española que los acostumbraron á tomar, que siendo reprendidos por ello diciéndoseles que aquello era vicio, respondían que no era en su mano dejarlos de tomar. No sé qué sabor ó provecho hallaban en ellos.» (*Hist. gen. de las Indias*, cap. XLVI.)



## CAPITULO IV

---

SUMARIO: Que los indios tienen su religión.—El ermitaño Román.—Apariciones nocturnas.—Los zemes.

**S**IN embargo, he aquí otro que complete la Década acerca de las supersticiones vanas de la isla Española. Si no es una década de Tito Livio, sábete que la causa es que éste tu Mártir no ha recibido el espíritu de Livio, según lo entiende Pitágoras <sup>1</sup>. Si dan de sí algo más estos montes que están de parto, lo sabrás. Por ahora he aquí las ilusiones de los isleños, tan superiores á las narraciones de Luciano cuanto éstas,

---

<sup>1</sup> Alude en broma al error pitagórico de la metempsicosis ó transmigración de las almas de unos en otros.

aunque infantiles, las están usando los hombres; pero aquello todo es fingido por diversión, ó compuesto para reirse de los que se lo crean.

Vivieron mucho tiempo los nuestros en la Española antes de que supieran que los indígenas adorasen algo más que las lumbreras del cielo ó profesaran religión alguna; pues arriba hemos hecho mención varias veces de que no adoraban nada más que las lumbreras visibles del cielo. Pero cuando ya la mayor parte de los nuestros trabaron un trato más familiar, mezclándose las lenguas de unos y otros, averiguaron que ellos observaban varias ceremonias y varios ritos.

De los escritos de cierto hermano Ramón, ermitaño, que por mandato de Colón vivió mucho tiempo entre los caciques isleños para que los educara en el Cristianismo, y que escribió en español un librito acerca de los ritos de los insulares, me he propuesto escoger estas pocas cosas omitiendo otras más leves. Hélas aquí:

Que se les aparecen de noche fantasmas á los isleños y les inducen á errores fatuos, se conoce claramente por los simulacros que en público veneran. Pues forman imágenes sedentes de algodón tejido y tupido por dentro, las cuales se asemejan á los espectros cual nuestros pintores los pintan en las paredes. Habiendo tú visto cuatro de esos simulacros que te fueron enviados por intervención mía, podrás manifestar al serenísimo Rey, tu tío, cómo son mejor que no puedo yo describírtelos.

Á estos simulacros los indígenas los llaman *zemes*, de los cuales los más pequeños, que representan á los diablos chicos, cuando van á pelear con los enemigos se los atan en la frente; por eso llevan los cordeles que viste. De éstos se imaginan que impetran la lluvia cuando hace falta, y sol si sol necesitan; pues juzgan que los *zemes* son mensajeros del que confiesan que es único, sin fin, omnipotente é invisible. Cada cacique tiene su *zeme*, á quien



venera. Los antepasados de ellos pusieron al Dios Eterno del cielo estos nombres : *Jocauna*, *Guamao-nocon* <sup>1</sup>. El mismo Dios dicen que tiene madre, llamada con estos cinco nombres , á saber : Attabeira, Mamona, Guacarapita, Iella, Guimazoa.

---

<sup>1</sup> Los filólogos no dejan de pensar acerca de la relación patente que estos nombres y otros muchos americanos tienen con el idioma vascuence.





## CAPÍTULO V

---

SUMARIO : Supersticiones acerca del origen del hombre.—Metamorfosis en ruiñeñor.—Idem en ranas.—Origen de la mujer.—Idem del mar.—Caverna venerada cual cuna de la luna y del sol.

**P**ERO las niñerías que profesan acerca del origen del hombre, hélas aquí : Hay en la isla una región llamada Cauanáná, donde dicen que salió el linaje humano de dos cuevas de cierto monte : la mayor parte de los hombres brotó de las bocas más anchas del antro ; la menor parte, de las más estrechás. La roca en que se abren las cuevas la llaman Cauta : la cueva mayor, Cazibaxaguá ; la menor , Amayauna.

Dicen con simpleza que antes de que pudieran salir de allí los hombres, solía cuidar las bocas del antro

todas las noches un hombre llamado Machóchael. Este Machóchael, habiéndose apartado excesivamente de la cueva por deseo de ver, sorprendido por el sol, cuyo aspecto no se le permitía poder sufrir, dicen que se convirtió en piedra. Disparatan además de otras muchas cosas; que habiendo salido de la cueva de noche, por codicia de pescar, tan lejos que no pudieron regresar antes de la salida del sol, al cual no les era lícito mirar, fueron transformados en árboles mirobalanos, que aquella tierra produce espontáneamente en abundancia.

Dicen además que Vaguoniona, que era cierto principal de la cueva, envió á pescar á uno de sus familiares, dejando cerrados los demás, el cual se convirtió en ruiseñor por el mismo motivo de haber salido el sol antes de que se recogiera. Afirman que todos los años, al tiempo que se volvió avecilla, de noche, con su canto, lamenta su suerte é implora el auxilio de su señor Vaguoniona. Por este motivo

piensan ellos que canta de noche el ruiseñor; pero Vaguoniona, echando de menos á su familiar, á quien amaba ardientemente, y dejando á los varones en la cueva, sacó únicamente á las hembras con las criaturas que amamantaban. Y dicen que dejó las niñas en una de las islas de aquella región que llaman Mathinino, y que los niños se los llevó consigo, y que estos pobrecitos, acosados de hambre en la orilla de cierto río, clamando *toa, toa*, esto es, mama, mama, se convirtieron en ranas, y que por esto les quedó á las ranas aquella voz en tiempo de primavera. Así disparataban que en aquellos antros, de los cuales se esparcieron los hombres por la Española, quedaron sólo varones sin hembras.

Cuentan además que el mismo Vaguoniona, errante por varias partes y nunca cambiado por gracia especial, descendió hacia una mujer que vió hermosa en el fondo del mar, y que de ella obtuvo unas piedrecitas de mármol y las que lla-

man *cibas*, y ciertas laminitas amarillas de latón, que llaman *guaninos*. Estas joyas las tienen por sagradas los Reyes hasta el día de hoy.

De los hombres aquellos que dijimos habían sido dejados sin mujeres en las cuevas, cuentan que salieron de noche para lavarse en las balsas de agua llovediza, y que una noche vieron desde lejos que trepaban por los árboles mirobalanos, como escuadrones de hormigas, ciertos animales semejantes á las mujeres: acudieron corriendo hacia aquellos animales femeninos, cogieron algunos y se les fueron de las manos como anguilas.

Entonces adoptaron esta resolución. Por consejo de un anciano buscaron los sarnosos y leprosos que hubiese entre ellos, y tuviesen las manos ásperas y callosas para que más fácilmente pudieran retener lo que cogieran. Á estos hombres ellos les llaman *caracacoles*. Salieron á cazar, y de muchas que cogían retuvieron sólo á

cuatro: ellos procuraron usar de ellas como mujeres, pero averiguaron que no tenían naturaleza femenina.

Reuniendo otra vez á los ancianos, consultaron qué harían. Resolvieron que se buscara el ave pico, que con su agudo pico les hiciera un agujero entre las ingles, teniendo los mismos hombres *caracaracoles* calludos á las mujeres *aper-tis cruribus*. Así como trajeron el ave pico, ésta abrió el sexo á las mujeres; de esta manera tan graciosa la isla tuvo las mujeres que deseaba: así se procreó descendencia.

Ea; deja ya de admirar lo que la veraz Grecia contó en tantos volúmenes acerca de los mirmidones, como el haber sido procreados de hormigas.

Estas y otras muchas cosas semejantes, con tranquilo y sereno rostro, persuaden los más sabios desde sus tribunas y balconcillos á la turba simple maravillada, y se lo cuentan como cosas sagradas.

Lo del origen del mar es más se-



rio. Tocante á esto, cuentan que hubo antiguamente en la isla un potentado llamado *Jaia*, que, muriéndosele su hijo único varón, lo metió á modo de sepulcro en una calabaza. Este *Jaia*, pasados pocos meses, impaciente por la muerte del hijo fué á ver la calabaza; y habiéndola abierto, salieron las enormes ballenas y grandes cetáceos, por lo cual divulgó á ciertos convecinos que aquella calabaza incluía el mar. Excitados por la noticia, cuatro hermanos jóvenes nacidos de un mismo parto, pero parto en que murió la madre, se fueron á la calabaza con esperanza de obtener peces, y la tomaron en la mano. Llegando entonces *Jaia*, que frecuentemente volvía á ver los encerrados huesos de su hijo, se atemorizaron los jóvenes. Cogidos en sacrilegio y en sospecha de hurto, como quien reverenciaban á *Jaia*, por huir más rápidamente soltaron de la mano la calabaza, y ésta, por el demasiado peso, se quebró. Por sus grietas se derramó el mar, llenáronse los va-

lles; aquella vasta planicie que ocupaba todo aquel mundo de la isla quedó sumergida, y sólo se libraron, por su altura, de aquella inundación las montañas que forman aquellas islas que están á la vista.

He ahí, Príncipe Ilustrísimo, el origen del mar, digno de la mayor celebridad: y no creas que ellos estiman poco al que haya aprendido á recitar estas cosas. Dicen asimismo que estos hermanos de *Jaia*, de miedo, anduvieron errantes por varias partes tanto tiempo, que ya casi se morían de hambre, porque no se atrevían á pararse en parte alguna. Y porque ya les apretaba cruelmente, comenzaron á llamar en la casa de un panadero pidiendo *caza-bi*, es decir, pan; pero cuentan que el panadero escupió tan acremente al primero que entró, que del golpe del esputo le salió un tumor tan hinchado que casi murió; pero por consejo de sus hermanos, tomando una piedra aguda lo abrieron, y de la llaga cuentan que nació una mujer, de la cual usaron mutuamente

todos los hermanos , y de ella engendraron hijos é hijas.

Escucha otra cosa más agradable, Príncipe Ilustrísimo. Existe una caverna llamada *Jouanaboina* en el territorio de cierto cacique llamado *Machinech*, la cual reverencian y veneran más religiosamente que antiguamente los griegos á Corinto ó á *Cyrrha* y á *Nisa*, y la tienen adornada con mil formas de pinturas. Á la entrada de esta caverna tienen grabados dos zemes, de los cuales llaman al uno *Binthaitel* y al otro *Maroho*. Preguntándoles por qué tenían en tan piadosa veneración á la caverna, responden grave y sensatamente que porque salieron de allí el sol y la luna que habían de dar luz al mundo. Frecuentan las cavernas en procesiones, como nosotros á Roma y al Vaticano, cabeza de nuestra Religión, ó á Compostella y Jerusalén, sepulcro del Señor.





## CAPITULO VI

---

SUMARIO: Apariciones de los muertos.—Antigüedad de tan groseras supersticiones.—Los médicos indios.

**A**MBIÉN están sumidos en otro género de supersticiones. Piensan que los muertos andan vagando de noche y comen la fruta guannaba, desconocida de nosotros y semejante al membrillo, y que andan entre los vivos en las camas, y engañan á las mujeres; pues tomando la forma de hombre parece que quieren cohabitar, mas cuando á ello se llega desaparecen. Y si cualquiera, advirtiendo alguna novedad en la cama, sospecha tal vez que tiene consigo un muerto, disparatan que sale de la duda tocándole la barriga ; pues

dicen que los muertos pueden tomar todos los miembros humanos excepto el ombligo ; si, pues, por el ombligo conoce que es un muerto, tocándole se desvanece al punto. Creen que los muertos salen al encuentro de los vivos de noche y con mucha frecuencia, principalmente en los caminos y vías públicas, y que si el caminante se planta intrépido frente á ellos, la fantasma se disuelve; pero si tiene miedo lo aterroriza tanto yéndose á él, que frecuentemente por ese miedo muchos enferman y se quedan lelos.

Habiendo preguntado los nuestros á los isleños de dónde han sacado esos ritos vanos á modo de contagio, responden que los han heredado de sus antepasados, y que así están referidos en rimas inmemoriales, que no es lícito enseñar á nadie más que á los hijos de los caciques. Los aprenden de memoria, pues letras no han tenido jamás, y cantándoselos al pueblo en los días festivos los proponen como solemnidades sagradas. Tie-

nen un solo instrumento de madera, cóncavo, retumbante, que se golpea como el atabal.

En estas supersticiones los imbu-  
yen sus augures, á quien llaman  
boicios, los cuales son también mé-  
dicos, que cometen mil fraudes con  
la pobre plebe ignorante. Estos  
agoreros hacen creer á la plebe,  
pues gozan de gran autoridad en-  
tre ella, que los zemes les hablan á  
ellos y les predicen lo futuro. Y si  
algún enfermo se pone bueno, le  
persuaden que lo ha conseguido por  
merced del zeme.

Los boicios se obligan á ayunar  
y á purgarse cuando se encargan  
del cuidado de algún principal, y  
comen una hierba que embriaga,  
la cual, cuando la sorben en polvo,  
poniéndose furiosos cual bacantes,  
se les oye decir que han oído de los  
zemes muchas cosas. Al enfermo le  
visitan tomando en la boca un hue-  
so ó una piedrecita y un pedacito  
de carne, y echan del hemicyclelo á  
todos, excepto uno ó dos, que el  
mismo enfermo escoja.



El boicio da tres ó cuatro vueltas alrededor del personaje estirando la cara, los labios, las narices, con feos gestos: le alienta en la frente, sienes y cuello, aspirando el aliento del enfermo; después de esto dice que extrae la enfermedad de las venas del paciente. Frotando luego al enfermo por los hombros, muslos y piernas, retira de los pies las manos entrelazadas, y con ellas así juntas sale corriendo á la puerta, que está abierta, y abriendo las manos las sacude y persuade que ha quitado la enfermedad y que pronto quedará bueno el enfermo.

Pero, acercándosele por la espalda, le quita de la boca el pedacito de carne como un prestidigitador, y le grita al enfermo diciendo: «Mira lo que habías comido *scere* lo necesario: te pondrás bueno porque te lo he quitado.»

Pero si quiere engañar al enfermo aún más gravemente, le persuade que está enojado su zeme, ó porque no le construyó una casa, ó no le dió bastante culto religioso, ó

no le dedicó una finca. Si acontece que se muere el enfermo, sus parientes, con hechizos, hacen que el muerto declare si murió por disposición del hado ó por descuido del boicio, porque no ayunó íntegramente, ó porque no dió al enfermo la medicina que correspondía. Si murió por culpa del médico boicio, toman venganza de éste.

Si las mujeres logran alguna de las piedrecitas ó huesos que se cree llevó en la boca algún boicio, los guardan religiosísimamente envueltos en pañitos, pues creen que pueden servir mucho en los partos, y las mujeres tienen esas piedrecitas en vez de zemes.

Son diferentes los zemes que diferentes insulares veneran. Algunos, advertidos por sombras nocturnas entre los árboles, los construyen de madera. Otros, si obtuvieron respuestas entre las rocas, los hacen de mármol. Otros son venerados en raíces, como encontrados entre los *ages*, es decir, en la clase de alimento de que arriba ha-

blamos. De estos zemes juzgan que son los que cuidan de que se críe aquel pan. Como en lo antiguo pensaban que las dríadas, hamadríadas, sátiros, danos y nereides tenían cuidado de las fuentes, las selvas y el mar, y señalaron á cada cosa un dios para que cada género estuviera protegido por su deidad. así estos isleños piensan que, invocados los zemes, escuchan lo que se desea.






## CAPITULO VII

---

SUMARIO: Las consultas de los caciques á los zemes.—Los zemes de Guamareto.—Antiguos anuncios del descubrimiento.

 así, cuando los caciques consultan á los zemes del resultado de la guerra, de los comestibles, de la salud, se entran en la casa dedicada al zeme, y allí, absorbiendo por las narices la *cohobba*, que así llaman á la hierba que embriaga, con la cual también los boicios se ponen furiosos al punto, de seguida dicen que comienzan á ver que la casa se mueve, poniéndose lo de arriba abajo, y que los hombres andan al revés; tanta es la eficacia de aquel polvo majado de la *cohobba*, que al que lo toma luego le quita todo sentido.

Así que se le pasa la locura se pone cabizbajo, cogiéndose las piernas con los brazos; y permaneciendo atónito un rato en ese estado, levanta la cabeza cual soñoliento, y alzando los ojos al cielo primero habla entre sí ciertas cosas confusas, y entonces los magnates de su corte que le rodean (pues á estos actos sagrados no es admitido ningún plebeyo) le dan gracias á gritos porque ha vuelto á ellos del coloquio con los zemes, y le preguntan qué es lo que ha visto. Y él, abriendo la boca, delira que el zeme le ha hablado durante aquel tiempo, y, á manera de un frenético, les explica que el zeme le ha predicho, ó la victoria ó la ruina si vinieran á las manos con los enemigos; hambre ó abundancia, peste ó salud, y cuanto le viene á la boca.

Ea, Príncipe Ilustrísimo, después de esto, ¿cómo te has de admirar del espíritu de Apolo que agita sus sibilas con inmensa rabia? ¡Y pensabas que había termi-

nado aquella antigüedad supersticiosa! Puesto que hemos contado tantas cosas generales de los zemes, paréceme que no debo pasar en silencio lo que se cuenta de algunos en particular.

Cierto cacique Guamareto cuentan que tuvo un zeme llamado Corochoto, el cual dicen que de lo más alto de la casa donde Guamareto lo guardaba atado, rompiendo las ataduras se bajó muchas veces, ya para cohabitar, ya por comer, ya para esconderse, y que á veces estuvo escondido algunos días, enojado de que el cacique Guamareto había faltado en su culto y ceremonias.

Cuentan que en el pueblo regio de Guamareto nacen algunas veces niños que tienen dos coronas, y opinan que son hijos del zeme Corochoto. Cuentan asimismo que Guamareto fué vencido en la lucha por sus enemigos, y que su población y su real casa fueron devastadas por completo á sangre y fuego; pero que Corochoto, cuando pren-



dieron fuego á la casa, saltó de sus ataduras hasta un estadio, y que después fué hallado.

Tiene otro zeme llamado Epileguanita, de madera, y cuadrúpedo, que muchas veces se escapó, según dicen, á los bosques desde el lugar en que era venerado. Este, cuantas veces advertían que se había escapado, formándose en piables plegarias le iban buscando solícitos, y encontrado, le volvían en hombros religiosamente al sagrario que le tenían dedicado, pero se quejaban de que, al ir los cristianos á la isla, huyó y ya no le han vuelto á encontrar; por lo cual auguran la ruina de su patria. Estas cosas se han oído de los ancianos.

Veneraban otro zeme de mármol, de sexo femenino, al cual asistían como ministros dos masculinos. El uno de éstos, por mandato de la hembra, desempeñaba el oficio de pregonero para con los demás zemes que, mandados por ella, prestan auxilio para conjurar los vientos,

lluvias y nubes, y el otro dicen que por orden de la misma congregaba en los valles las aguas que corrían de las altas montañas, para que, soltándose con el ímpetu de un torrente, devastasen los campos si los indígenas no habían dado al simulacro los debidos y anhelados honores.

Oye, por fin, Príncipe Ilustrísimo, esta otra cosa digna de memoria con que termine ya el libro. Los nuestros hallaron entre los insulares la noticia tristísima de que hubo en otro tiempo dos caciques, uno de los cuales fué progenitor de Guarionex, de quien arriba hicimos mención, los cuales se abstuvieron de comer y beber por espacio de cinco días continuos para que los zemes les enseñaran algo de las cosas futuras. Habiéndose hecho agradables á los zemes con aquel ayuno, contaron que les habían respondido que después de algunos años vendría á aquella isla gente vestida que acabaría con todos los ritos y ceremonias de la isla

y á todos sus hijos los mataría ó los privaría de libertad.

Conjeturando los modernos acerca de los cãníbales, así que los veían acercarse tenían resuelto salvarse por la fuga, y nunca más entraron en lucha con ellos; pero cuando vieron á los españoles penetrar en su isla, consultando entre sí acerca de este asunto, auguraron que ésta era la gente anunciada. Y no se equivocaron: ya están todos sometidos á los cristianos, y muertos todos los obstinados en contra: ni hay ya memoria de zemes, que todos han sido transportados á España para que conociéramos el ludibrio de ellos y las falacias de los demonios: de aquéllos has visto tú muchos, Príncipe Ilustrísimo, por diligencia mía.

Paso por alto muchas cosas, porque me has advertido que mañana sin falta marcharás á la patria para volver á la Reina tu tía, á quien acompañaste acá por mandato de tu tío el rey Federico. Tú dispuesto á viajar, y yo cansado; con-

que pásalo bien y acuérdate de tu Mártir, al cual, en nombre de tu tío Federico, has obligado á entre- sacar estas pocas cosas de entre muchas.





## LIBRO X

---

*A Iñigo López de Mendoza,*

CONDE DE TENDILLA, VIRREY DE GRANADA

(Comprende un apéndice con varios puntos.)

### CAPITULO PRIMERO

---

SUMARIO: Explica el autor cómo escribió estos libros.

**D**ESDE el primer origen y designio reciente de acometer Colón esta empresa del Océano, amigos y príncipes me estimulaban con cartas desde Roma á que escribiera lo que había sucedido; pues estaban llenos de suma admiración al saber que se habían descubierto nuevos territorios y nuevas gentes, que vivían desnudas

y á lo natural, y así tenían ardiente deseo de saber estas cosas.

La fortuna precipitó á Ascanio cuando los franceses echaron de Milán á su hermano Luis: su autoridad no me dejaba dormir, y me hacía manejar asiduamente la pluma. Á él le había dirigido dos libros anteriores de esta Década, á más de otras muchas cosas que algún día verás de mis comentarios, aún no publicados. La fortuna me quitó á mí el gusto de escribir, así como derribó á Ascanio del poder.

Cesó de persuadirme él, agitado de luchas; perdí yo también el calor de investigar estas cosas, hasta que el año mil quinientos, hallándose la Corte en Granada, donde tú eras Virrey, el cardenal Luis de Aragón, sobrino del rey Federico por parte de su hermano, que estaba en Granada con la reina de Nápoles, hermana de nuestro Rey católico, me enseñó las cartas que me dirigía el propio rey Federico, en las cuales me exhortaba á que compilara todas las cosas que seguían á las de



los dos libros dirigidos á Ascanio, pues ambos declaraban que habían tenido en sus manos lo que yo le había escrito al Cardenal.

Me encontraba yo entonces mal de salud, como lo sabes; sin embargo, puse manos á la obra y me determiné á escribir. He escogido estas pocas cosas de entre el gran cúmulo de las dignas de memoria, que supe por relación de los mismos autores que las descubrían. Mas ahora (supuesto que tú te has empeñado en arrancarme un ejemplar íntegro de mis obras, para juntar mis libros con los volúmenes innumerables que tienes en tu biblioteca) me he propuesto añadir en breves palabras lo que se ha descubierto desde aquel año mil quinientos hasta éste, que es el mil quinientos diez. Algún día se escribirá con extensión, si vivimos.

Acerca de las supersticiones de los isleños, había yo escrito un librito aparte para completar la Década: ahora me ha parecido bien intitular libro diez al apéndice di-

rigido á ti, como último y zaguero de la reata, y unir al nono el que antes era décimo, no quitando el epígrafe que encabezaba el décimo por no verme obligado á transcribir tantas veces toda la obra, ó á mandarla con tachaduras. Por lo cual no te maravillará si, al leer el noveno, encuentras frustrada la promesa: no siempre conviene estar á lo prometido. Entremos en materia.





## CAPITULO II

---

SUMARIO : Nuevas expediciones.— Varias noticias.— El Rey Católico piensa en colonizar.— Rectificaciones acerca de la Española.

**V**ARIOS navegantes han recorrido en estos diez años varias costas, pero siguiendo los descubrimientos de Colón. Pues rodeando en derrotero continuo las costas de Paria, que ellos creen que es el continente de la India, han dado éstos con muchas regiones nuevas orientales, aquéllos con occidentales, feraces de oro y de aromas; pues han traído de allí la mayor parte de ellos joyas de oro y abundancia de incienso, parte á cambio de cosas nuestras con los isleños, y parte vencéndolos en cruda guerra.

En otros puntos los indígenas, aunque desnudos, derrotaron á los nuestros y mataron escuadrones enteros; pues son muy feroces, pelean con flechas envenenadas y con palos de punta chamuscada. Encontraron animales reptiles, insectos y también cuadrúpedos, desemejantes de los nuestros, de muchas formas, varios, innumerables, pero inofensivos, fuera de los leones, tigres y cocodrilos: digo en varias regiones de aquel gran territorio de Paria, en las islas no, ni siquiera uno. Todos los animales de las islas son mansos, excepto los hombres en la mayor parte de ellas, como ya lo dijimos, que se comen las carnes humanas y se llaman caribes ó caníbales.

También son de diverso género las aves. En la mayor parte de los lugares, los murciélagos no son menores que tortugas; volaban á los hombres con gran furor en el primer crepúsculo de la noche, y con su venenosa mordedura ponían rabiosos á los heridos; de suerte que

se vieron obligados á huir de allí como de harpías.

En otra parte, durmiendo algunos de noche en la arena del suelo, un monstruo que salió del mar agarró á uno por medio á escondidas y se lo llevó á la vista de sus compañeros; y dando voces el infeliz, no pudieron socorrerle hasta que la fiera se echó al mar con su presa.

En esas tierras el Rey tiene el propósito de establecerse y levantar castillos, y no falta quien desee tomar á su cargo el sujetar y apaciguar el territorio, y suplican al Rey que les confíe tal empresa. Son grandes trechos y vasta amplitud de territorios. Cuentan que estas regiones, ya continentes, ya insulares, tienen triple extensión que toda Europa, aparte de las que los portugueses han descubierto al Mediodía, que son muy grandes.

Grandes alabanzas merece en estos nuestros tiempos España, que tantos millares de antípodas ocultos hasta estos días, ha dado á

conocer á nuestra gente; y á los que tienen ingenio les ha suministrado amplia materia de escribir, á los cuales yo les he abierto el camino, coleccionando estas cosas sin aliño, como ves, ya porque yo no sé adornar cosa alguna con más elegantes vestidos, ya también porque nunca tomé la pluma para escribir históricamente, sino para dar gusto, con cartas escritas de prisa, á personas cuyos mandatos no podía pasar por alto. Basta ya de digresión: volvamos á la Española.

Reconocen que el pan de la isla es de poco alimento para los que están acostumbrados á nuestro pan de trigo, y que por este camino se debilitan las fuerzas de los hombres. Por eso el Rey ha mandado, hace poco, que siembren en diversos lugares y en varios tiempos del año, pues se formaban pajas vanas á modo de cañas con pocas espigas, aunque éstas gruesas y llenas.

Idéntica flojedad advierten en las hierbas: se hacen tan altas como las mieses, engordan el ga-



nado admirablemente , pero dan carnes insípidas, y aun dicen que sin médulas, ó que si las tienen son acuosas. Los puercos, al revés, se dice que son saludables y sabrosos, por ciertas frutas silvestres de la isla que comen con avidez; en los macelos no cortan otra cosa. Ha crecido la multitud de puercos, y los que se escaparon de los porque-rizos se han hecho silvestres. Ya no tienen necesidad de que se les lleve de otra parte ninguna clase de cuadrúpedos ó aves. Las crías de todos los animales, por la exuberancia de la hierba, se hacen mayores que sus padres, aunque coman sólo hierbas, sin cebada ú otro grano. Y basta ya acerca de la Española.





## CAPÍTULO III

---

SUMARIO: Cuba es isla.—La isla de San Juan.—Los famosos repartimientos.—No eran esclavizados los indios, sino que trabajaban y se educaban.—Abundancia de oro.—Su administración.

**V**AMOS ahora á su vecina. Han comprobado que Cuba, aquella tierra que mucho tiempo, por su gran extensión, creyeron era continente, es una isla. Y no debe maravillar que sus indígenas, cuando la recorrían los nuestros, dijeran que no tenía fin; porque esta gente desnuda, que se contenta con poco y con sus límites natales, no se cuidaba de saber lo que hicieran sus vecinos: ellos no sabían si, fuera de lo que pisaban con sus pies, había ó no algo más debajo del cielo.

Cuba es de Oriente á Occidente mucho más larga que la Española,

y ancha de Septentrión á Mediodía mucho menos, en contra de lo que antes opinaban. Es muy estrecha si se mira á la longitud, pero tierra en su mayor parte feraz y amena.

No lejos de la Española, por la parte de Oriente, hay una isla menos que la mitad de aquélla, casi cuadrada, á la cual los nuestros pusieron el nombre de San Juan. En ésta encuentran que hay minas riquísimas de oro; pero atentos ahora á las minas de la Española, no han enviado aún operarios á aquella isla, aunque ya comienzan á disponerse poco á poco para ello. Pero los otros productos de la Española están desatendidos, y todo el cuidado se pone en recoger oro, en la cual obra se ha establecido el orden siguiente.

A cada hombre industrioso que tenga alguna importancia, se le señalan uno ó varios caciques ó régulos con sus súbditos. El cacique, en ciertos tiempos del año, según tiene pactado, acude con un pelotón

de indígenas á la mina de aquel á quien fué asignado. Allí se les facilitan instrumentos de cavar, y al cacique y á los indígenas les está señalado cierto premio de su trabajo á más de la comida; pues cuando se retiran de las minas á sus sementeras, que cuidan á su tiempo para que no falten los alimentos, se llevan, quien un chaleco, quien una camisa; otro, sayo ó montera, pues ya les gustan estas cosas y no van desnudos. De esta manera los indígenas trabajan en el oro y en la agricultura, no de otra manera que los esclavos. Llevan de mala gana el yugo, pero lo llevan. Á estos jornaleros isleños les llaman anaborias; pero el Rey no consiente que sean tenidos por esclavos.

En el tiempo que los llaman los caciques sus régulos, como los capitanes á los soldados ó cavadores, los indígenas, si pueden, se van muchos á los bosques y las montañas, pasándolo durante aquel tiempo con frutas silvestres, y escondiéndose para no sufrir aquel tra-

bajo. Pero son dóciles, se han olvidado completamente de sus ritos antiguos; creen piadosamente y recitan lo que se les enseña de nuestra fe.

Los principales de los nuestros instruyen en casa á los hijos de los caciques y aprenden fácilmente las letras, pero vulgares, y las costumbres de ciudadanos. Cuando son mayores los envían á sus casas natales, principalmente si han muerto sus padres, para que gobiernen á sus antiguos indígenas. Estos tienen ya fe en Cristo, y aman á los nuestros y á sus indígenas, y con suave persuasión les conducen contentos á las minas, las cuales están en dos regiones de la isla, la una como á treinta millas de la ciudad de Santo Domingo, llamada de San Cristóbal; la otra, como á noventa millas, que se llama Cíbana, donde está Puerto Real.

Son de grandes trechos estas regiones, donde á cada paso, á veces en la superficie, en alguna parte entre las peñas, se encuentran pe-

pititas ó láminas de oro, á veces pequeñas, y en muchos lugares de gran peso, pepitas de trescientos pesos y á veces más. Una se halló de tres mil trescientos diez pesos, la cual, como alguna vez lo oíste, la traían entera para los Reyes en aquella nave en que volvía á España el gobernador Bobadilla, y, por el mucho peso de gente y de oro, se sumergió y pereció con todos los que en ella iban. Ese trozo de oro lo vieron más de mil hombres y lo manejaron. Mas ese peso que yo he llamado con este nombre no quiero que se entienda una libra, sino la suma de un ducado y una cuarta parte de él; ellos le llaman *peso*, y la suma de ese peso la llaman los españoles *castellano de oro*.

Todo el oro que se extrae en las montañas del Cibao y en Puerto Real se lleva á la Concepción, pueblo así llamado, donde oficinas que hay dispuestas reciben el oro y lo funden en barras, y, reteniendo la parte del Rey, que es el quinto, dan



á cada uno la porción que presentó de su trabajo. Mas el oro que se recoge en la región de San Cristóbal lo llevan á las oficinas del pueblo Buenaventura. Sobre trescientos mil pesos de oro se recogen cada año en ambas oficinas.





## CAPÍTULO IV

---

SUMARIO : Castigo de las defraudaciones.—Los magistrados que entonces componían el Tribunal Supremo.—Alabanza de España.—Indicaciones sobre el cuarto viaje de Cristóbal Colón.

Si á uno se le coge que ha defraudado reteniendo algo y no consignándolo á los magistrados regios, la ley le castiga privándole de todo el oro que se le encuentra. Muchas veces sobrevienen entre ellos pleitos; y cuando el magistrado de la isla no puede componerlos, el litigio es deferido por apelación al Senado de la Corte,

de cuya sentencia no es lícito apartarse en todos los reinos de Castilla.

Y en nuestro tiempo hay senadores insignes, varones nobles, todos de limpia sangre, que me propongo ponerlos aquí nominalmente por el mismo orden con que se sientan en el Senado para juzgar los asuntos dudosos.

El primer asiento lo tiene Antonio Rojas, arzobispo de Granada, pariente tuyo, varón principal de índole catoniana, que ni á sí mismo ni á sus parientes, si delinquieran, sabría perdonar, de vida integérrima y cultivador de las letras: éste es el Príncipe del Senado: vosotros le llamáis Presidente. Los demás le rodean por el orden que el tiempo ha marcado, pues el que primero entró en el Senado se sienta antes: todos son doctores, ó designados, ó decorados con insignias. Á los designados, la lengua española llama Licenciados, todos escogidos entre los jurisconsultos de los reinos. Junto al Presidente se sienta un veterano, cuyo nombre es Pe-

dro, el apellido Oropesa; sigue á este Luis Zapata; después Fernando Tello; el cuarto asiento lo tiene García Moxica; en el quinto lugar se sienta Lorenzo Carvajal; á su lado está Toribio Santiago; sigue Juan López Palacios Rubios; después Luis Polanco; detrás de él Francisco Vargas, que á la vez es Tesorero real; los últimos lugares los ocupan dos ordenados *in sacris*, Losa y Cabrero, peritos en Derecho pontificio: éstos no pueden dar voto en ninguna causa criminal. Sobre los hombros de todos éstos pesa cualquier litigio ó disputa que sobreviene. Volvamos ya á los nuevos territorios de que nos hemos apartado.

Son tan innumerables, varios y ricos, que nuestros modernos españoles no son menos que Saturno ó Hércules, ó cualquiera de los antiguos que investigaron nuevas regiones y las pusieron en cultura. ¡Oh, cuán latamente extendida verán los venideros la Religión cristiana! ¡Qué largos viajes podrán

hacer ya los hombres! Lo que entiendo acerca de estas cosas, ni de palabra ni con la pluma me es posible expresarlo.

Cierro, pues, el epílogo perpendicular de la Década, pero con ánimo de explorar y reunir particularmente todas las cosas, para poderlas escribir cuando el tiempo me lo permita; pues el mismo almirante Colón, con cuatro naves y ciento setenta hombres que le han dado los Reyes, recorrió en el año 1502 la tierra que mira el último cabo occidental de Cuba, hasta unas ciento treinta leguas, á mitad del cual espacio hay una isla feracísima en producciones y frutas de árboles, llamada Guanasa, y se volvió de allí al Oriente por las regiones de aquella costa, pensando que volviendo los pasos encontraría la costa de Paria; pero no salió con ello.

También se dice que han recorrido aquellas costas occidentales Vicente Inés (*Yáñez Pinzón*), de quien arriba hablamos, y un Juan

Díaz Solís de Nebrija y otros muchos, cuyas cosas no conozco aún bien, si vivo, se podrán ver algún día.—Ahora *vale*.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO DE LA PRIMERA  
DÉCADA OCEÁNICA







## APÉNDICE

---

### CARTA DEL ALMIRANTE DON CRISTÓBAL COLÓN Á SU SANTIDAD

**B***eatissime Pater* : Luego que yo tomé esta empresa, y fuí á descubrir las Indias, prepuse en mi voluntad de venir personalmente á V. Santidad con la relación de todo : nació á ese tiempo diferencia entre el Señor Rey de Portugal y el Rey é la Reina mis Señores, diciendo el Rey de Portugal que también quería ir á descubrir y ganar tierras en aquel camino hacia aquellas partes, y se refería á la justicia.

El Rey é la Reina, mis Señores, me reenviaron á priesa á la empresa para descubrir y ganar todo ; y ansí non pudo haber efecto mi venida á V. Santidad. Descubrí deste camino, y gané mil é cuatrocientas islas, y trescientas y treinta y tres leguas de la tierra-firme de Asia, sin otras islas famosísi-

mas, grandes y muchas al Oriente de la Isla Española, en la cual yo hice asiento, y la cual bojó ochocientas leguas de cuatro millas cada una, y es *populatissima*, de la cual hice yo en breve tiempo tributaria la gente della toda al Rey y á la Reina mis Señores. En ella hay mineros de todos metales, en especial de oro y cobre: hay brasil, sándalos, linaloes y otras muchas especias, y hay encenso, el árbol de donde él sale es de mirabolanos. Esta isla es Tarsis, es Cethia, es Ofir y Ophaz é Cipanga, y nos la habemos llamado Española. Deste viaje navegué tanto al Occidente que cuando en la noche se me ponía el sol le cobraban los de Calis en España dende á dos horas por Oriente, en manera que yo anduve diez líneas del otro hemisferio; y non pudo haber yerro porque hubo entonces eclipsis de la luna en catorce de Setiembre. Después fué necesario de venir á España apriesa, y dejé allá dos hermanos con mucha gente en mucha necesidad y peligro.

Torné á ellos con remedio y hice navegación nueva hacia al austro, adonde yo fallé tierras infinitísimas y el agua de la mar dulce. Creí y creo aquello que creyeron y creen tantos santos y sabios teólogos que allí en la comarca es el Paraiso terrenal. La necesidad en que yo habia dejado á mis hermanos y aquella gente fué causa que yo non me detuviese á experimentar mas esas partes, y volviese á más andar á ellos. Allí fallé grandísima pesquería de perlas, y en la Isla Española la mitad de la gente alzada vagamundeando, y donde yo pensaba haber

sosiego ya de tanto tiempo que yo comencé, que fasta entonces no me habia dejado una hora la muerte de estar abrazada conmigo, refresqué el peligro y trabajos. Gozara mi ánima y descansara si agora en fin pudiera venir á V. Santidad con mi escriptura, la cual tengo para ello que es en la forma de los Comentarios é uso de César, en que he proseguido desde el primero dia fasta agora que se atravesó á que yo haya de hacer en nombre de la Santa Trinidad viaje nuevo, el cual será á su gloria y honra de la Santa Religión Cristiana, la cual razón me descansa y hace que yo non tema peligros ni me dé nada de tantas fatigas é muertes que en esta empresa yo he pasado, con tan poco agradecimiento del mundo. Yo espero de aquel eterno Dios la vitoria desto como de todo lo pasado. Y cierto, sin ninguna duda, después de vuelto aquí non sosegaré fasta que venga á V. Santidad con la palabra y escriptura del todo, el cual es magnánimo y ferviente en la honra y acrescentamiento de la Santa Fe Cristiana.

Agora, *Beatissime Pater*, suplico á V. Santidad que por mi consolación, y por otros respectos que tocan á esta tan santa é noble empresa, que me dé ayuda de algunos Sacerdotes y Religiosos que para ello conosco que son idóneos y por su Breve mande á todos los Superiores de cualquier Orden de S. Benito, de Cartuja, de S. Hierónimo, de menores é mendicantes que pueda yo, ó quien mi poder tuviere, escoger dellos fasta seis, los cuales negocien adonde quier que fuere menester en esta tan santa empre-

sa, porque yo espero en nuestro Señor de divulgar su Santo Nombre y Evangelio en el Universo. Así que los Superiores destos Religiosos que yo escogeré de cualquier Casa ó Monasterio de las Ordenes suso nombradas, ó por nombrar, cualquier que sea, non les impidan nin pongan contradicción por privilegios que tengan, ni por otra causa alguna; antes los apremien á ello y ayuden é socorran cuanto pudieren, y ellos hayan por bien de aquiescer y trabajar é obedecer en tan Santa y Católica negociacion y empresa; para lo cual plega eso mesmo á V. Santidad de dispensar con los dichos Religiosos *in administratione spiritualium non obstantibus quibuscumque*, etc. Concediéndoles *insuper* y mandando que siempre que quisiesen volver á su monasterio sean recebidos y bien tratados como antes, y mejor si sus obras lo demandan. Grandísima merced recibiré de V. Santidad desto, y seré muy consolado y será gran provecho de la Religión Cristiana.

Esta empresa se tomó con fin de gastar lo que della se hobiese en presidio de la Casa Santa á la Santa Iglesia. Después que fuí en ella, y visto la tierra, escrebí al Rey y á la Reina, mis Señores, que dende á siete años yo le pagaría cincuenta mil de pie y cinco mil de caballo en la conquista della, y dende á cinco años otros cincuenta mil de pie y otros cinco mil de caballo, que serían diez mil de caballo é cien mil de pie para esto; nuestro Señor muy bien amostró que yo cumpliría por experiencia amostrar que podía dar este año á SS. AA. ciento y veinte

quintales de oro y certeza que sería así de otro tanto al término de los otros cinco años. Satanás ha destorbado todo esto , y con sus fuerzas ha puesto esto en término que non haya efecto ni el uno ni el otro si nuestro Señor no lo ataja. La gobernación de todo esto me habían dado perpetua , ahora con furor fué sacado de ella : por muy cierto se ve que fué malicia del enemigo , y porque non venga á luz tan santo propósito. De todo esto será bien que yo deje de hablar antes que escrebir poco <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> De esta carta no se conserva el final, ni la firma ni la fecha; sólo tiene una nota de que fué escrita *por Febrero de 1502*.







# INDICE

## PRÓLOGO

*Págs.*

I.—SUMARIO : 1. El centenario.—2. Sus frutos de concordia.—3. Ejemplo de los obispos hispano-americanos.—4. Cuestiones inoportunas.—5. Acusaciones contra España.—6. Los compañeros de Colón.—7. Dificultades interiores.....	v
II.—SUMARIO : 1. Nuestras leyes de Indias.—2. ¿Fueron esclavizados los indios?—3. ¿Hay ingratitud contra Colón?.....	xiii
III.—SUMARIO : 1. Preocupaciones contra el Rey Católico.—2. La gloria de Colón es gloria de España.—3. No se le debe mermar el mérito del descubrimiento.....	xx
IV.—SUMARIO : 1. Patria y primeros años del autor.—2. De Milán á Roma y de Roma á España.—3. Prefiere la milicia.—4. Sacerdote y maestro en la Corte.—5. Embajador.—6. Otros cargos.—7. Su muerte.....	xxviii
V.—SUMARIO : 1. Era remiso para escribir.—2. Poeta.—3. En Salamanca.—4. Sus obras.....	xxxvi
VI.—SUMARIO : 1. Autoridad historial de Pedro Mártir Angleria.—2. Plagio de Cadamusto.—3. Advertencias sobre esta versión.....	xliv

## CARTAS

CARTA de Cristóbal Colón, escrita en el mar cuando regresaba del primer viaje, y enviada desde Lisboa, en Marzo de 1493, á Barcelona, donde se encontraban los Reyes Católicos.....	1
CARTA CXXX.—Al caballero Juan Borromeo, conde de Arona (de la familia de San Carlos Borromeo).	17
CARTA CXXXIII.—Al conde de Tendilla y al arzobispo de Granada (Fr. Hernando de Talavera)...	18
CARTA CXXXIV.—Al vizconde Ascanio Sforzia, Cardenal Vicecanciller.....	20
CARTA CXXXV.—Al arzobispo de Braga.....	22
CARTA CXXXVIII.—Al vizconde Cardenal Ascanio..	24
CARTA CXL.—Al arzobispo de Granada.....	24
CARTA CXLII.—Al conde Borromeo.....	25
CARTA CXLIV.—A los obispos de Braga y Pamplona.	26
CARTA CXLVI.—A Pomponio Leto, varón insigne...	27
CARTA CLII.—A su amigo Pomponio Leto.....	30
CARTA CLVI.—Al mismo.....	33
CARTA CLVIII.—Al arzobispo de Granada.....	36
CARTA CLX.—Al cardenal Bernardino Carvajal....	36

CARTA CLXIV.—Al mismo.....	36
CARTA CLXVIII.—Al mismo.....	40
CARTA CLXXVII.—A su amigo Pomponio.....	42
CARTA CLXXX.—Al cardenal de Santa Cruz.....	44
CARTA CXC.—A los obispos de Praga y de Pamplona.	46
CARTA CCH.—A Pomponio Leto, varón eruditísimo..	47
CARTA DXXXII.—Al hijo del conde de Tendilla,....	48
CARTA DXL.—Al mismo Luis Hurtado de Mendoza..	51
CARTA DXLV.—A Luis Hurtado de Mendoza.....	53
CARTA DXLVII.—A Luis Hurtado de Mendoza.....	54
CARTA DLX.—Al marqués de Mondéjar.....	55
CARTA DLXI.—Al Marqués de Vélez.....	57
CARTA DLXII.—Al Papa León X.....	58
CARTA DCXXXIV.—A los Marqueses de Vélez y de Mondéjar (discípulos suyos).....	61
CARTA DCL.—A los Marqueses.....	62
CARTA DCLXV.—A los Marqueses.....	64
CARTA DCCXV.—Al Gran Canciller.....	65
CARTA DCCXVII.—A los Marqueses.....	65
CARTA DCCLXIII.—Al arzobispo de Cosenza.....	71
CARTA DCCLXX.—A los Marqueses.....	72
CARTA DCCLXXI.—Al arzobispo de Cosenza.....	74
CARTA DCCLXXIX.—Al arzobispo de Cosenza.....	77
CARTA DCCLXXXII.—Al Sumo Pontífice Adriano VI.	79
CARTA DCCXCVII.—Al arzobispo de Cosenza.....	80
CARTA DCCC.—Al arzobispo de Cosenza.....	83
CARTA DCCCII.—Al arzobispo de Cosenza.....	86
CARTA DCCCIII.—A los Marqueses.....	89
CARTA DCCCVI.—Al arzobispo de Cosenza.....	89
CARTA DCCCIX.—Al arzobispo de Cosenza.....	91
CARTA DCCCXI.—Al arzobispo de Cosenza.....	93

## PRIMERA DÉCADA OCÉANICA.—LIBRO I.

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: Introducción.—Colón ante los Reyes Católicos.—Su embarque.—Las Canarias.—Disgusto de la tripulación.—Ven tierra.....	97
CAP. II.—Sumario: Primeros descubrimientos.— Encalla la <i>Santa María</i> .—Desembarcan en la Es- pañola.—Sencillez de los indios.—Sus canoas.....	104
CAP. III.—Sumario: Los caribes.—Religión de los indios.—Su alimentos.—El oro.—Los animales de allá.—Productos de aquella tierra.....	109
CAP. IV.—Sumario: Regreso de Colón á España.— Recibimiento que le hacen los Reyes.....	116
CAP. V.—Sumario: Segundo viaje de Colón.—Lo que lleva consigo.—La salida de Cádiz.—Idem de Canarias.....	119

## LIBRO II

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: Llegada de Antonio Torres.—Viaje segundo de Colón desde Canarias á Santo Domingo.—La isla de Guadalupe.....	123
CAP. II.—Sumario: Casas de los canibales.—Lo que se halló dentro de ellas.—Los papagayos.....	127
CAP. III.—Sumario: Prisa de volver á la Concepción.—Isla Mathinino.—Cuento de las Amazonas.—Otras islas.—Cautivos de los canibales.—Canoa enemiga.....	133
CAP. IV.—Sumario: El Archipiélago.—La isla de San Juan.—Llega Colón á la Española.—Encuentra que han sido muertos los treinta y ocho españoles.—Perfidia del cacique Guacanaril.....	139
CAP. V.—Sumario: Fuga de las indias.—Puerto Real.—Otro cacique enemigo.....	148
CAP. VI.—Sumario: Más exploraciones.—El oro en las arenas.—El cacique Caunaboa.—Conjeturas astronómicas.—Colón le escribe al autor.—Misa cantada allá.—El Almirante envía doce naves á España.—Muestras de lo que trajeron.....	153

## LIBRO III

Prefación.....	159
CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: Descripción de la isla Española.—Resuelve Colón edificar la Isabela.—Fertilidad de su suelo.—Exploración de la provincia del Cibao.....	162
CAP. II.—Sumario: Construcción de la Isabela.—Marcha Colón al Cibao.—Levanta un fuerte.—Le llevan oro.—Envía á Luján que explore más la isla.	167
CAP. III.—Sumario: Pasa Colón á explorar la isla de Cuba.—Pretensiones portuguesas.—Jamaica.	173
CAP. IV.—Sumario: Conjeturas equivocadas.—Costeo de Cuba.—Puerto Grande.—Banquete inesperado.—Colón al habla con setenta indios.....	178
CAP. V.—Sumario: Prosigue Colón costeanado á Cuba.—Generosidad de los indios.—Aguas calientes.—Un pez pescador.—Otros indios amigos....	184
CAP. VI.—Sumario: En la bahía de Batabano.—Grullas que ni eran frailes del otro mundo, ni mandarines orientales.—Frondosidad del país...	190
CAP. VII.—Sumario: Prosigue Colón el costeo de Cuba.—Vuelve atrás.—Misa en la playa.—Discreto sermón de un indio.....	194
CAP. VIII.—Sumario: Respuesta de Colón.—Alegría del anciano indio.—Edad de oro.—Vuelve á Jamaica.—Llévanle muy enfermo á la Isabela....	199

## LIBRO IV

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: Piensa el Almirante volver á España.—Los indios se soliviantan.—Se trata de asegurar á los caciques.—Plan homicida de Caunaboa.....	205
CAP. II.—Sumario: Hambre en la Española.—Son causa los indígenas.—Levanta Colón otro fuerte.—Se escaman los indios.—Masa de oro.—Electro.—Ambar.....	211
CAP. III.—Sumario: ¿Por qué no traían más oro?—Desarreglo de algunos españoles.—Sus consecuencias.—Pacto tributario con los caciques.....	216
CAP. IV.—Sumario: Caunaboa preso.—Su astuto plan.—Va Hojeda preparado.—Los vence.—Furioso ciclón.—Muere Caunaboa camino de España.—Bartolomé Colón explora las ricas minas de Cibao.—Se embarca el Almirante para España..	220

## LIBRO V

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: El Adelantado construye un fuerte.—Sale en busca de provisiones.—Tráenselas tres carabelas.—Envía á España 300 isleños.—Levanta el fuerte de Santo Domingo.—Trasladan á él la residencia.—Anacauchoa.—Promete pagar tributos.....	227
CAP. II.—Sumario: Recibimiento solemne.—Teatro y gladiadores, como en Grecia y Roma.—Buen consejo de que siembren.—Enfermos en la Isabela.—Línea de fuertes.—Noticias de sublevación..	235
CAP. III.—Sumario: Plan bélico de los indios.—El Adelantado se les adelanta.—Guarionex agradecido.—Nostalgia de los españoles.—Á cobrar las contribuciones.....	240
CAP. IV.—Sumario: Opíparo plato indio.—Tributos almacenados.—Tesoro de Anacaona.—Visita de Benchio y de Anacaona á bordo.—El gran susto de ambos.—Todo lo miran y admiran.....	244
CAP. V.—Sumario: Rebelión de Roldán y de Guarionex.—Mayobanex entra en la conjura.—Vistas del Adelantado con Roldán.—Llegan dos naves del Almirante y les seduce Roldán.—Guarionex en campaña.....	252

## LIBRO VI

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: Sale Colón de Sanlúcar con rumbo á Madera.—Desde allí envía tres naves á la Española, y él se dirige á la línea equinoccial.—Prosigue desde Buenavista.—Sufrimien-
---

tos en las latitudes calmosas.—Viento oportuno.	
—Isla de la Trinidad.....	257
CAP. II.—Sumario: En la Punta del Arenal.—Conjeturas.—Indios recelosos.—La Boca del Dragón.	262
CAP. III.—Sumario: El Orinoco.—Prosigue Colón explorando el golfo de Paria.—En la anhelada tierra firme sin saberlo.—Obsequiados por los indios..	267
CAP. IV.—Sumario: Prosigue Colón explorando el golfo.—El río Paria.—Conjeturas cosmográficas.—El paraíso terrenal.—Columbra que es continente.....	274

## LIBRO VII

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: Llega Colón á la Española.—Acusaciones de los rebeldes contra el Almirante y de éste contra aquéllos.—Expedición del Adelantado contra los Ciguanos.....	281
CAP. II.—Sumario: Prosigue el Adelantado su expedición.—Resistencia de los Ciguanos.—Reclama á Guarionex.—Negativa de Mayobanex .....	287
CAP. III.—Sumario: Insiste en su reclamación el Adelantado.—Mayobanex consulta á su pueblo.—Pero no se conforma con el voto popular.—Rompen las hostilidades.—Se queda el Adelantado con sólo treinta españoles.....	291
CAP. IV.—Sumario: Á caza de los dos caciques.—Prisión de Mayobanex.—Idem de Guarionex.—Otro cacique agradecido.—Nombramiento de Bobadilla.—Prisión de Colón.—La desaprueban los Reyes Católicos.....	295

## LIBRO VIII

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: Se da á la vela con rumbo á Paria.—En Cumana con buena suerte..	301
CAP. II.—Sumario: Retrato de aquellos indios.—Sospechan ya los españoles que están en tierra firme.—Pasan á Cauchieta.—Le va muy bien allí..	308
CAP. III.—Sumario: Son atacados por una flota de caribes.—Los derratan.—La víctima libertada.—Su relato.—Su venganza.—Salinas especiales.—Como embalsaman por allá.—El botín.—Alfonso Niño encausado como defraudador.....	313

## LIBRO IX

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: De Palos á Canarias.—Cruzan la línea equinoccial.—En el Brasil.—Mal recibimiento.....	319
CAP. II.—Sumario: Indios á caza de españoles.—	

En la desembocadura del Marañón.—Conjeturas.	325
CAP. III.—Sumario : En las islas Bahamas.—El primer kanguro.—Lastimosa borrasca.—Regresan al patrio hogar.....	330
CAP. IV.—Sumario : Que los indios tienen su religión.—El ermitaño Román.—Apariciones nocturnas.—Los zemes.....	336
CAP. V.—Sumario: Supersticiones sobre el origen del hombre.—Metamorfosis en ruiseñor.—Id. en ranas.—Origen de la mujer.—Id. del mar.—Caverna venerada cual cuna de la luna y del sol...	340
CAP. VI.—Sumario: Apariciones de los muertos.—Antigüedad de tan groseras supersticiones.—Los médicos indios.....	348
CAP. VII.—Sumario : Las consultas de los caciques á los zemes.—Los zemes de Guamareto.—Antiguos anuncios del descubrimiento.....	354

## LIBRO X

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario : Explica el autor cómo escribió estos libros.....	361
CAP. II.—Sumario : Nuevas expediciones.—Varias noticias.—El Rey Católico piensa en colonizar.—Rectificaciones acerca de la Española.....	365
CAP. III.—Sumario : Cuba es isla.—La isla de San Juan.—Los <i>repartimientos</i> .—No eran esclavizados los indios, sino que trabajaban y se educaban.—Abundancia de oro.—Su administración.....	370
CAP. IV.—Sumario : Castigo de las defraudaciones.—Los magistrados que entonces componían el Tribunal Supremo.—Alabanza de España.—Indicaciones sobre el cuarto viaje de Colón.....	376

## APÉNDICE

CARTA de D. Cristóbal Colón á Su Santidad.....	381
--	-----









211698

HAm.

A5878f

Author Anghiera, Pietro Martire d'

Title Colon y América. Vol.1.

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU

